

*Selecta*

Idilios de temporada II



*Una alianza  
lujuriosa*



*Eneida Wolf*

Una alianza lujuriosa  
Trilogía Idilios de temporada 2

*Eneida Wolf*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleer  
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

## Capítulo 1

### CONOCERÁS A UN ALTO, MORENO Y ATRACTIVO DESCONOCIDO

Debían ser las diez de la noche cuando Elena Connynham se bebió la tercera copa de champán en lo que iba de la velada. Sus pies la estaban matando, se le había ocurrido ponerse los zapatos nuevos y ahora le rozaban la parte del tobillo. Se sentía ridícula con el peinado que Myrna, la nueva doncella, había insistido en hacerle, pues ya de normal odiaba llevar el cabello recogido, le gustaba que su larga melena ondulase salvajemente mostrando los rizos propios de las Connynham, pero con aquel esperpento parecía que llevase un sombrero con demasiados adornos. A nadie parecía importarle que ella estuviese allí, salvo a su hermana y su nuevo y flamante marido, por supuesto.

Físicamente eran parecidas, salvo por el hecho de que su hermana era un poco más alta y ella se había quedado con la estatura de las muchachas que solían tener trece años. La nariz menuda y chata, la boca fina y descarada y la tez blanquecida. Por lo demás, su hermana había salido a su difunta madre, con unos ojos azulados que impactaban a todo aquel que los mirase y el cabello marrón oscuro, mientras que de ella decían que se parecía a su padre, de cabellos muy rubios y ojos negros como la noche.

De todas formas, ella estaba convencida de que no era así, pues ni el rubio era de la misma tonalidad ni los ojos eran iguales. Pero pocas personas se fijaban lo suficiente como para ver que el color de los ojos podía variar, así como el brillo, la forma, la aureola del iris... esos detalles que solían captar su atención.

Había bailado con Franklin, era un buen tipo, perfecto para Wendoline, y es que su hermana era un caso especial. Estaba convencida de que así habría seguido siendo de no ser por él. Haberse casado con el hombre más decente de Londres, siendo Wendoline la dama inglesa más atípica, resultaba demasiado irónico, y más todavía cuando ese mismo hombre era un duque. También había bailado con alguna otra alma caritativa, cuyos nombres no recordaba. No eran lo suficientemente atractivos como para haberse sentido tentada y a todos les había encontrado notables defectos.

Era su pequeña maldición, no había nadie con quien se hubiese cruzado a quien hubiese considerado digno de su amor, ni siquiera un poco de su aprecio. Quizás tenía un concepto demasiado alto de sí misma, quizás un gusto exquisito para los hombres o, simple y llanamente, el

amor no había llamado a su puerta.

Estaba aburriéndose en extremo en esa velada, nunca había tenido más que un par de amigas que, más que eso, las consideraba rivales. Si tenía que achacarse algún defecto, ese era el ser competitiva y tener mal perder. No, nadie la echaría de menos sí, con disimulo, abandonaba el salón y se dirigía a su habitación. Sabía que no era correcto, que su hermana había hecho la fiesta expresamente para que socializase, conociese a sus amistades al ser esa su primera temporada.

Mientras cogía la última copa, caminó decidida hasta la puerta y, al ver que nadie miraba, se escabulló de allí.

Subió las escaleras como alma que lleva al diablo, con el corazón latiéndole a trompicones. Abrió la puerta de su habitación y entró, sintiéndose a salvo.

No se percató de que no estaba sola. Ni siquiera pensó que alguien se hubiese atrevido a subir hasta allí, eran sus aposentos privados en los que raras veces entraba alguien que no fuese ella, incluso Myrna se guardaba de llamar siempre, cuando lo hacía. Era su refugio, su templo, y más que una habitación aquello parecía el estudio de un intelectual.

\*\*\*

Eso mismo pensó Christian Bradford cuando había entrado en ella hacía poco más de diez minutos. Sus apariciones en los eventos eran escuetas, pero a veces no podía negarse ante la insistencia de su hermana Jane. Simplemente no era de los que les gustase seguir las normas a rajatabla, la hipocresía de la gente lo ponía nervioso y odiaba hablar por hablar. Era el ser más seco en cuanto a conversaciones aburridas y tediosas se trataba. Solo aparecía para, de vez en cuando, divertirse. Le gustaba sobre todo hablar con Beatriz de Velarde, ahora Hayes, cierta duquesa y condesa hilarante sin pelos en la lengua, medio española y medio inglesa que no hacía mucho que había aterrizado en Londres tras la muerte de su padre.

Solía decirle que era una lástima que su hermana no les hubiese presentado antes, pues entonces probablemente no se hubiese casado con el de Rutland y habría caído rendida a sus pies, o eso era lo que él decía, haciendo alarde de su descaro. Era muy atractiva, exótica y habladora, pero por desgracia también muy fiel a su marido. Se habían convertido en amigos después de haberle vendido su parte en una sociedad cuyo negocio original era un prostíbulo, pero que él había transformado en una casa de apuestas y, con posterioridad, un club selecto de caballeros.

El *Red House* se estaba convirtiendo en un lugar donde los aristócratas y burgueses se sentían cómodos, se divertían, jugaban y se acostaban con mujeres bonitas. Era un lugar con clase, el personal era discreto y ahí erradicaba su éxito.

Había acudido a esa velada a regañadientes, pero una vez allí se había dejado arrastrar por cierta dama encantadora y, tras cierto coqueteo, le había susurrado al oído que la esperaba dentro de la primera habitación a la derecha subiendo las escaleras. Así que allí estaba, esperando a que la dama subiera para poder meterle mano y, si había suerte, algo más. No pensó que la habitación en cuestión fuese tan peculiar. Estaba casi rodeado de estanterías, llenas a rebosar de libros. Solo la cama y el armario le decían que era una habitación, pues el resto de mobiliario, incluido el escritorio con la silla, no encajaban. Al oír que la puerta se abría, imaginó que la descarada y

provocativa lady Penélope habría llegado, pero no era ella, así que se escondió detrás del diván.

Desde luego, esa mujer no era Penélope. Mucho más baja, joven y bonita era la muchacha que había entrado. Parecía aliviada por algo, y pronto se dio cuenta de que debía ser la dueña de tal habitación, pues con ligereza se quitó las horquillas de la cabeza dejando suelto su cabello, casi blanco de lo rubio que era, largo hasta media cintura y ondulado. Con aquellos rasgos parecía un ser de otro mundo, y más cuando se dio cuenta de lo oscuros que eran sus ojos, enmarcados en largas y tupidas pestañas.

Pronto vio que la chica no se contentaba con dejar suelta su melena, sino que se quitaba los guantes blancos y también se desabrochaba el lazo del vestido de detrás, quitándose y quedándose solo con una camisola y, por encima, un corsé de medio cuerpo. Tragó saliva con dificultad al darse cuenta de lo que esa menuda criatura escondía bajo el vestido: unos abundantes y firmes pechos se asomaban por el escote. Desde luego, con el cambio de dama había salido ganando.

Pero sabía que tenía que tomar una decisión; o se iba antes de que la muchacha terminase de desnudarse, o esperaba a que se quedase dormida, y teniendo en cuenta que esto último podía tomar mucho tiempo, prefirió retirarse a tiempo.

—Debería cerciorarse de estar a solas completamente antes de desnudarse —pronunció esas palabras en un susurro, para espantar a la joven lo menos posible.

Salió de detrás del diván y, abalanzándose hasta ella le tapó la boca con la mano para evitar que gritase, viendo enseguida que tal era la intención, pero aun así no lo hizo.

Elena al principio se asustó, pero al ver que el hombre era un completo desconocido y que lo había pillado por sorpresa, pensó con rapidez. ¿Qué estaría haciendo allí? Esperar a alguien, y ese alguien no era ella.

«Estaba esperando a su amante, por supuesto» dedujo.

Lo miró, escrutó su rostro para ver quién era ese crápula y se sobresaltó. No por el hecho de que fuese un allanador de habitaciones, y posiblemente un seductor, sino porque ese seductor tenía la cara de un dios griego bajado directamente del Olimpo. Era el mismo Apolo, sí, estaba segura de que el dios debía de tener ese rostro de facciones elegantes, esos ojos grandes y azules casi transparentes, las pestañas oscuras y alargadas y el cabello negro, muy oscuro. El corazón empezó a palparle desbocadamente, careciendo de sentido. Abrió los ojos desmesuradamente ante tal descubrimiento, no era posible, no, era imposible. Debía de tener algún defecto. Su nariz era un poco más grande que la media, pero eso lo hacía parecer más interesante. Quizás si hubiese sido menos fornido, o no tan alto...

—Voy a quitarle la mano, pero no grite.

Elena asintió, pero cuando recobró el sentido, se dio cuenta de que no iba a dejar que se fuera de rositas, por muy atractivo que fuera y por muy aspecto de Apolo que tuviera.

—Es usted un indecente, colándose en habitaciones ajenas. Váyase inmediatamente —exclamó, tan altiva como siempre, poniendo los brazos en jarra, olvidándose de su falta de ropa.

—Tranquila, no había venido a por usted. Aunque está claro que, viéndoos, no voy a despreciaros.

Recorrió el cuerpo de aquella chica desde los pies hasta cruzarse con su mirada brillante y

oscura. Esos dos ónix que tenía por ojos lo observaban igual que si le robasen el alma, así se sentía, flaqueando ante la mirada de solo una chiquilla.

—Es usted un perverso, un depravado, un vicioso sin remedio —lo insultó ella, casi escupiendo.

Lejos de sentirse insultado, las palabras que salían de su boca no hacían más que alimentar ese deseo que se había instalado en él desde que la había visto.

—¿Se sabe más sinónimos? Escúpalos, si así se siente mejor —la incentivó él.

—Lo único que me va a hacer sentir mejor es veros salir de aquí. A-ho-ra —puntualizó ella, señalando la puerta.

Dejó ir un suspiro junto con una débil risa mientras la cogía de la cintura acercándola a su cuerpo. Elena quiso detenerlo, zafarse de ese abrazo, pero se quedó paralizada ante tal atrevimiento, y el olor a champán y a bosque húmedo y lluvioso que desprendía aquella sabandija la golpeó. ¿Por qué demonios olía así de bien ese hombre?

—«Negros como cuervos son sus ojos,/ enlutados porque esos artificios/ con falsedad difaman lo creado». Ha sido ver tus ojos y recordar ese soneto —murmuró Christian.

Le costó respirar después de escuchar sus palabras. ¿No se suponía que era un hombre dado a la mala vida, al mal comportamiento, a la mala reputación? ¿Qué hacía recitando sonetos?

—Muy inspirador, pero lárguese —logró decir, tragando con dificultad.

—Antes quiero saber a qué sabe una ninfa.

No le dio tiempo a decirle que, si quería averiguarlo, se fuera a buscar una y que tuviese suerte con ello ya que era un ser mitológico y fantástico, pero notó que no podía hablar debido a que sus labios se habían posado sobre los suyos devorándolos lenta y deliciosamente.

Estaban dándole su primer beso. Con un nerviosismo impropio de ella y demasiado anonadada, no pudo más que abrir la boca y seguir moviendo sus labios al ritmo de los de él, quedándose demasiado petrificada por el hecho de que le estuviese gustando.

Algo inesperado ocurrió con la dulce presión de los labios de aquella muchacha, pues sintió un terrible dolor apretando, oprimiendo y empujando su corazón, hasta que la pared que lo envolvía se resquebrajó, y el calor se coló en él. Nunca había saboreado unos labios tan excitantes, y no, no eran dulces sino más bien salados, delirantes.

La sensación de gozo llegó con demasiada violencia, demasiado rápida, y Elena quedó congelada, sin saber dónde poner sus manos.

«Elena, te está besando un desconocido y sin tu permiso, ¡haz algo!» se reprochó a sí misma.

Reaccionó y apartó de ella a empujones el cuerpo de ese hombre, y añadió una sonora bofetada a su mejilla. Sin dejar de mirarlo azorosamente, con enfado y crispada, se fue hasta la otra punta de la habitación.

—Váyase —dijo en una voz más floja que con anterioridad, pero más firme.

A Christian se le removió todo y la culpabilidad lo inundó. Estuvo tentado de decirle que había sido un impulso, que él no era así pero no quería causarle ningún perjuicio ni daño alguno. Pero no lo hizo, simplemente caminó hasta la puerta y salió de allí diciéndose a sí mismo que aquello no había pasado.

Pero era absurdo, sí había pasado y la visión de la chica que parecía una ninfa no se le iba de la

cabeza, así como su atracción y su chispeante personalidad. Maldijo en silencio ese beso que le había robado, pues había desatado algo en él que creía que no existía. Era absurdo, completamente absurdo que la muchacha que apenas había visto hubiese logrado despertar en él sensaciones inauditas, nuevas y poderosas.

Elena, aún con el cuerpo temblando y los ojos desorbitados, se sentó en su cama sin poder creer que, apenas unos minutos antes, le hubieran dado un beso. Podría haber sido una visión, un sueño. Sí, a lo mejor se había quedado dormida y ahora despertaría y todo habría sido irreal. Pero no despertaba, no, aquello era la vida real y un desconocido demasiado atractivo y que recitaba sonetos de Shakespeare la había besado, y, sorprendentemente, le había gustado.

## Capítulo 2

### UN BRIBÓN

El viento azotaba sin piedad aquella fría noche de primavera. En todos los callejones se arremolinaban hojas de los árboles o papeles de periódicos del día anterior que sobrevolaban las piedras irregulares del pavimento. No tenía más destino que errar hasta el resto de sus días en esa maldita ciudad donde la delgada línea entre lo moralmente correcto y lo incorrecto estaba a veces demasiado difuminada.

No era un buen hombre, nunca se definiría como tal, pecaba de varios vicios que, a los ojos de algunos, eran imperdonables, mientras que otros decían que siempre se ocultasen, eran permitidos. Para otros, directamente, no eran pecados sino pequeños defectos, y otros decían que eran la chispa de la vida, que sin ellos no valía la pena estar en ese mundo.

Le gustaba la buena vida, pero había descubierto que no a toda costa, y había encontrado una faceta de sí mismo sensible y benevolente, que a la vez hizo que lo tildasen de blando y de mediocre. Hacía por lo menos seis meses que había vendido la compañía que su padre había creado de la nada, esa que había levantado con su esfuerzo y que tantos y lucrosos beneficios había obtenido, sobre todo los últimos años antes de su muerte. Era tanto su crecimiento que la Compañía de las Indias había permitido su ingreso y operaba bajo su estandarte.

Pero su conciencia parecía ser que, a diferencia de lo que siempre había creído, existía, y no le permitía ciertas cosas, tales como el trato de seres humanos como perros o su uso para realizar expoliaciones en otros países.

Su estancia en la isla de Goreé fue un factor decisivo para abandonar aquel negocio sucio, manchado de sangre y grotesco. Era una isla pequeña, situada en África occidental, donde en una casa llamada La casa de los esclavos, tenían allí retenidos como a animales a hombres, mujeres y niños, por separado, esperando a ser comprados por los esclavistas y llevados a otro continente como mano de obra.

Nunca pensó que uno de los esclavistas tuviese que ser él.

Pero antes que él lo había sido su padre, que pese a camuflar su compañía en otros menesteres, como las transacciones de seda oriental o el arroz, en los esclavos tenía una fuente de dinero excepcional y un pilar básico.

En cuanto le dijo a su hermana pequeña Jane lo que había hecho, esta montó en cólera. Lo entendió a la perfección, al fin y al cabo, ese era su único sustento. Podría habérselo explicado,

decirle lo que su padre hacía realmente, pero no quiso manchar su memoria, al menos a los ojos de su hermana. Ella adoraba a su padre, y no deseaba quitarle su grato recuerdo.

La puerta del elegante edificio estaba abierta, aunque eran las cinco de la mañana. Pero el *Red House*, el club social para caballeros más de moda de la ciudad, prácticamente estaba abierto a todas horas. El nombre le gustaba, y quiso darle un toque ambiental pues, como decían, en París las casas de mala vida tenían todas un pequeño farol de luz roja, así que en la puerta hizo colocar uno en su honor.

Y es que Christian Bradford creía firmemente en aquel dicho de «cuando una puerta se cierra, se abre una ventana», y esa última fue la posibilidad de adquirir tal local. Su falta de dirección hizo fácil la entrada de alguien como él, que pusiese orden y concierto y las cuentas sobre la mesa. Era bueno contando el dinero, y es que como jugador empedernido que era, hubo contado mucho cuando, en su época, cogía prestado el dinero de su padre, teniendo que devolverle íntegra la cantidad, sin que se diese cuenta.

Se había encontrado el local en muy buenas condiciones, cuya decoración era excelente y de cierto gusto aristocrático. Decidió que las prostitutas estuviesen en el segundo piso, y que, si bajaban a la zona de juego, lo hiciesen de forma recatada y para nada vulgar.

—Llegas pronto, jefe —dijo Gratz, su segundo al mando.

No sabía a ciencia cierta de dónde había salido, aunque tenía ciertas sospechas de su pasado, antes de que trabajase para él. Gratz era de constitución fuerte, robusta, de espaldas anchas, con aspecto de boxeador, y estaba seguro de que en algún momento de su vida lo había sido. La cicatriz que le cruzaba la mejilla derecha era de un navajazo de una pelea, aunque no sabía ni cuándo ni por qué ni con quién. De cabello rubio oscuro, largo hasta los hombros, solía llevarlo recogido en una coleta, aunque algo desaliñado y grasiento, pues no era un admirador de los baños. Creía firmemente en aquello que se decía, que una vez al año era suficiente, y que las enfermedades eran más propicias cuando uno iba más limpio. Aun así, había logrado que los aumentase a una vez al mes, pues su pestilente olor ahuyentaba a la clientela, y eso era algo que no se podía permitir.

Las mujeres decían de él que tenía un aspecto intimidante, pero facciones atractivas, y así era, pues bajo unas cejas pobladas se escondían unos ojos grisáceos, centelleantes y sosegados en cuyo iris las féminas solían perderse, una nariz recta y puntiaguda que le confería un aspecto elegante, en contraste con su cuerpo más brusco y tosco.

—No he podido dormir. ¿Algo relevante?

Gratz alzó una ceja, señal de que algo no iba del todo bien.

—Hay un hombre que le espera en el despacho. No me agrada —sentenció.

Esa afirmación, viniendo de un hombre de un talante tan instintivo y supersticioso, solo quería decir una cosa: problemas.

—Voy a ver quién es —respondió Christian, intrigado por quién podría ser.

Subió las escaleras hasta el tercer y último piso, donde tenía un salón privado, una habitación particular por si alguna noche estaba demasiado cansado como para volver a casa, y el despacho. En él solía tratar con los proveedores, los jugadores deudores en su primer aviso y, en general, con todo el que pidiese verle, así como las entrevistas para la gente en los nuevos puestos de

trabajo del *Red House*.

En cuanto abrió la puerta y echó un vistazo, supo por el cabello negro enmarañado, corto y canoso, la chaqueta negra de caballero y el bastón, de quién se trataba.

Apretó ligeramente los labios y arrugó la nariz, sintiendo cómo una mezcla de rabia y asco lo envolvía y lo sumergía en una especie de mal humor del que hacía tiempo que no disfrutaba. Sabía de quién se trataba.

—Señor Farewell, ¿qué hace aquí? —dijo con desprecio, casi escupiendo las palabras mientras que caminaba hasta su silla, frente al escritorio de madera de sauce.

Mantuvo la compostura, intentando no parecer enfadado ni rencoroso, solo molesto, pero había ciertas cosas difíciles de lograr, y tratar con amabilidad a ese sujeto era una empresa casi imposible.

Aquel hombre, que no se había movido de su posición desde que Christian entró, por fin abrió la boca y parpadeó, dejando entrever unos dientes amarillentos. Su espesa barba cubría una piel algo morena, desde medio cuello hasta casi bajo las ojeras. Pero ese aspecto en sí mismo no era lo que le daba un aire perverso, sino la forma en la que observaba a la gente, igual que si, de un momento a otro, fuese a arrancarles los ojos.

La frialdad de sus maliciosos y concentrados ojos amarillentos era algo que Christian recordaba a la perfección desde aquel terrible día en que lo conoció.

—Sabes muy bien qué es lo que hago aquí, Bradford. Quiero la caja.

Hacia un año que aquel hombre se había cruzado en su camino, lo había engañado para participar en una partida de cartas, lo había drogado y, gracias a eso, había obtenido una suma considerable de su herencia. Gracias a eso su *buena* fama se hubo extendido, la de jugador empedernido y, en definitiva, de bribón. Pero Christian Bardford podía ser muchas cosas, pero era bueno jugando a las cartas, nunca arriesgaba demasiado y siempre que debía, se retiraba a tiempo.

Lo de bribón ya era otro tema.

Aquel hombre vino después a decirle que podría recuperar lo perdido si le entregaba algo a cambio: una caja que había en el despacho de su padre. Dijo que se lo pensaría, pero la guardó a buen recaudo y finalmente se negó. Tampoco era estúpido, sabía qué significaba esa caja, y dedujo quién era aquel hombre en cuanto se la había pedido.

—Dije que no estaba en venta y sigue sin estarlo. Ahora vete de aquí antes de que mis hombres te echen a patadas.

Ser el amo y señor de un sitio como el *Red House*, un club de caballeros, tenía sus ventajas, entre las cuales estaba disponer de algunos hombres de fuerza física y cerebro de guisante dispuestos a mancharse las manos de sangre, necesarios para mantener a raya a estafadores y deudores. O a ratas inmundas como Farewell.

Este dejó de sonreír, se levantó de golpe y pronunció una amenaza en voz baja.

—Quiero la caja, y la quiero antes de que termine la semana, o va a ocurrir algo, Bradford, algo desagradable —le amenazó.

No le dio tiempo a responderle, pues en dos pasos caminó hasta la puerta y la cerró de un golpe, saliendo antes de que él mismo llamase a Gratz.

Maldijo en silencio, en el fondo le hubiese dado una inmensa satisfacción verle humillado, como había hecho con él.

Las amenazas de hombres como Farewell no debían tomarse a la ligera, eso Christian lo sabía. Era un hombre peligroso, un contrabandista a gran escala que, como tapadera, tenía un negocio de importación y exportación de lana. Pero no iba a dejar que se saliese con la suya, no le daría la caja sin más, o al menos sin averiguar si la historia que su padre le había contado era o no cierta. Porque si realmente lo era, estaría ante algo inverosímil y muy curioso, además de lucrativo.

Pero Farewell no era el único que tenía otra de las pistas, eran tres en total, y sin todas ellas no se podía encontrar nada, pero dos eran más que una, de eso no había duda, así que no perdía nada por intentarlo.

Tampoco tenía esposa ni hijos de los que preocuparse, su hermana pequeña, Jane, se había casado con el conde de sus sueños el otoño pasado y sus otros hermanos se fueron a las Américas para hacer fortuna. Solo su madre seguía viviendo con él, y era muy independiente, tanto que a veces ni siquiera la veía al llegar a casa. No era una dama convencional, y su pasado era turbio y secreto, pues nunca quiso hablar de él. Podía cuidarse sola, no había dudas.

—¿Todo bien?

Christian levantó la vista ante la visión de Gratz al preguntar aquello.

—Todo en orden. Hoy, Gratz, que no dejen pasar a gente sospechosa, que estén más alerta, por si acaso.

—Claro, jefe. Ese hombre no es trigo limpio —sentenció.

—No, no lo es. Quiere algo que yo tengo, y dudo mucho que se dé por vencido.

Gratz soltó una carcajada, mirando al suelo.

—Jefe, yo podría ponerlo en su sitio. No es más que... —se ofreció él.

No hacía mucho que estaba a su servicio, pero le apreciaba, era un hombre leal y agradecido, consciente de que antes que Christian lo contratase no tenía dónde caerse muerto.

—No, Gratz —le interrumpió—, ese hombre era Paul Farewell, el famoso contrabandista. Estoy seguro de que has oído hablar de él.

Vio cómo al escucharlo se tensaba y alzaba una ceja.

—Demonios, por supuesto que sé quién es. ¿Cómo se te ocurrió hacer negocios con él?

—No soy tan estúpido como para hacer algo así. Me tendió una trampa hace bastante tiempo, pero salí de ella sin que obtuviese lo que quería. Por eso ha vuelto.

—¿Tan importante es eso? —preguntó, sopesando la posibilidad de deshacerse del problema de raíz—. A no ser que sea por una mujer...

Christian suspiró, negando por la cabeza. Gratz podía ser un bruto que no le gustaba lavarse, un mal hablado y sin demasiada educación, pero en cuanto a las mujeres se trataba, no dejaba pasar ni una. Decía de ellas que eran lo mejor que el Creador hizo, y no toleraba ni una falta de respeto hacia ellas, ni siquiera hacia las prostitutas del club.

—No es por una mujer. Es por un tesoro, Gratz.

Pero la mención de mujeres le dio que pensar, ya que toda precaución era poca tratándose de Farewell. Y el tercer implicado bien podría ser una mujer. En realidad, se trataba de alguien del sexo femenino, pues el vizconde de Cassynham solo había tenido dos hijas y ningún heredero.

Aquella mañana, en vez de zambullirse en números, o versos desconocidos, buscó lo que tenía de la historia que le hubo contado su padre, y cuando encontró un libro en su extensa estantería, indagó sobre él. Sin duda, el hombre había existido y bien podría haber algo de cierto en su historia. Tendría que hacer una visita esa noche a la casa de los Cassynham.

## Capítulo 3

### UNA DAMA

*Más allá de sus deberes, de su moral y de su deber, más allá de que aquel hombre fuese, con toda probabilidad, un asesino y un ladrón, Madeleine sentía una curiosidad impregnada con algo de atracción...*

No, no era eso lo que quería transmitir. Elena emborronó las letras con tachaduras y volvió a pensar en la frase, pero no pudo concentrarse. Todo por culpa de aquel engreído, petulante y canalla...

¡Dios! No podía dejar de pensar en aquel beso.

Había sido su primer beso, ¿qué clase de dama se dejaba besar a la primera de turno? Ninguna dama que se preciase, a menos que estuviese locamente enamorada, y ella no lo estaba. Por favor, si ni siquiera le conocía, no sabía ni quién era. Un desconocido, su primer beso había sido con un completo desconocido.

Su hermana le había presentado a todos los jóvenes nobles o de buena posición que valían la pena, y aquel hombre no estaba entre ellos, así que seguramente era un casanova cualquiera, o peor, un cazadotes. De lo que estaba convencida era de que no le convenía, ni una pizca.

Miró el reloj de encima de la mesa y vio que iba a llegar tarde a tomar el té con Susan Frayes, una chica a la que le habían presentado, bastante tímida. La había invitado a pasar la tarde en los jardines de Vauxhall, lugar donde la sociedad solía pasear, tomar el té o incluso cenar, y que en fechas señaladas daban un espectáculo de fuegos artificiales fastuoso al que aún no había tenido el placer de acudir, no por falta de ganas sino porque aún no había sido presentada en sociedad cuando se había realizado.

Sin demasiadas ganas, se levantó del escritorio de su alcoba y cogió uno de los sombreros de paja adornado con un tafetán azul marino y una cinta del mismo color para atárselo. Buscó también un chal de ese color para cubrirse los brazos desnudos, pues, aunque el día se había levantado caluroso, aquello era Londres y el sol podía desaparecer en cualquier momento.

—¿Myrna? —llamó a su doncella en cuanto hubo bajado las escaleras de la gran mansión.

Ahora que su hermana se había casado y por fin había vuelto de su luna de miel, estaba claro que no podía seguir viviendo en la casa de sus difuntos padres, pues su tutor automáticamente había pasado de ser un pariente muy lejano, un tío abuelo que se hallaba postrado en la cama en un pueblo de Gales —por lo que su hermana le hubo contado—, a serlo Franklin, su cuñado, y era

sabido por todos que se tomaba muy en serio sus deberes legales.

Así que era de suponer que ya no podría seguir prácticamente viviendo sola, como venía haciendo durante todo aquel tiempo, en la mansión de su difunto padre, sino que debía trasladarse con su hermana. Sin embargo, estaba dispuesta a alargarlo todo cuanto pudiese, pues su hermana entendía esas ansias de independencia. Ella mejor que nadie lo comprendía, pues se había pasado la mayor parte de su vida en el extranjero sin más compañía que la de una tía lejana que vivía en Italia y a la que fingía llevar a todas partes hasta que cumplió la mayoría de edad.

—Milady, aquí estoy —susurró la muchacha, que no sería mucho mayor que ella misma.

—Es la hora de irnos, lady Susan parece agradable y no quiero hacerla esperar.

Ella asintió, buscando al cochero para decirle que saldrían de inmediato.

Durante el trayecto no habló mucho, estaba obcecada en la escena del libro de piratas que estaba escribiendo. Porque no terminaba de pillarle el tranquillo y porque era una escena... un tanto complicada. Se suponía que el corsario, después de haber saqueado la nave y de haber hecho prisioneros a la tripulación que quedaba, descubría que había entre ellos una mujer. Era la hija del capitán, quien se había disfrazado de hombre porque deseaba entrar en batalla, pero la encerraron en la bodega para protegerla. Y el capitán, que era un hombre culto y leído, se dio cuenta y le ordenó ser su ayudante personal para que su tripulación no supiese que había una mujer a bordo.

Era un buen argumento, o eso creía ella, pero la parte en la que ambos se atraían... le fallaba. Quizás porque nunca había sentido una verdadera atracción por un hombre prohibido. Un hombre como el que la había besado. Oh, por supuesto que se había sentido atraída por él, pero eso jamás lo reconocería. Ella era la hija de un vizconde, tenía que encontrar a alguien digno de ella, como su hermana, que se había casado con un duque, ni más ni menos.

Pero su hermana Wendoline era más hermosa, más culta y mucho más atrevida que ella. Así que tendría que conformarse con un conde, o vizconde, o quizás un barón que fuese muy atractivo.

En cuanto el carruaje se detuvo, ambas descendieron de él y entraron pagando la entrada, dirigiéndose hasta la fuente principal, donde Susan Frayes dijo que estaría. Enseguida la reconoció bajo un parasol de color verde botella, a conjunto con su vestido, delgada y poca cosa.

Se la presentó su hermana, alegando que sería una buena influencia, y que esa era ya su segunda o quizás tercera temporada, así que de seguro sabía los entresijos de toda la sociedad y podría ayudarla con ello, pues a Wendoline esos temas la aburrían soberanamente.

Caminó hasta alcanzarla; también iba acompañada de su propia doncella, y ambas se quedaron al margen cuando se saludaron.

—Qué bien que haya podido venir, lady Connynham —escuchó una tímida voz surgir de ella.

Era frágil, o eso le parecía, temblorosa, de piel muy pálida y pecosa, y cabello rojizo. Sus ojos verdes eran bonitos, al mirarlos le produjeron una calma instantánea.

—Por favor, llámame Elena —dijo ella enseguida.

Dado que la mayor parte de su educación se la había procurado su padre y una institutriz, y que no solían socializar mucho con los vecinos, sus amistades se limitaban al servicio, y la mayoría de ellos habían desaparecido al pasar los años. Así que estaba determinada a hacer amistad con aquella joven que parecía buena persona, aunque tímida y algo retraída.

—Entonces, llámame Susan. Me han dicho que es tu primera temporada.

Empezaron a pasear por el jardín, a observar las flores, también a algunos artistas que pintaban cuadros al aire libre y algunos otros que realizaban acrobacias.

—Así es. Lo cierto es que me lo imaginaba diferente, no sé, más... fácil —expresó ella.

—¿En qué sentido? —cuestionó.

—No lo sé, igual que en las novelas, supongo. La tarea de buscar un buen marido se me está haciendo muy ardua. Verás, tengo esa idea de que voy a encontrar el amor, y el amor —exclamó, fantaseando—... es igual a cuando dos protagonistas de novela se ven por primera vez y hay algo entre ellos, cuando se nota en su mirada esa pasión indescriptible.

Vio que Susan, al escuchar aquello, se ruborizaba.

—Oh, ya entiendo. Bueno, a veces no es tan inmediato. ¿Has leído *Orgullo y prejuicio*? Al principio los protagonistas no se soportan —puntualizó ella.

Elena sonrió al ver que su futura amiga tenía conocimientos literarios y sabía a lo que se refería. Porque ya lo había decidido, serían amigas.

—Por supuesto que lo he leído. ¿Te imaginas encontrar a un señor Darcy? Claro que, en mi caso, debería ser por lo menos un conde —apuntaló ella.

—Oh, yo me conformaría con un señor Bingley, dado mi carácter más... templado —susurró Susan.

—Creo que todas tenemos nuestras prioridades, pero un señor Bingley es todo un caballero, afable y recto. Es todo lo que un hombre debe ser —exclamó Elena, pensado que quizás Susan no estaba del todo desencaminada acerca de su búsqueda.

Entonces, Susan Frayes se detuvo en seco, bajó la mirada y empezó a respirar fuertemente.

—¿Susan? ¿Ocurre algo? —preguntó Elena al no entender nada de lo que pasaba.

Susan alzó la vista, con la mano puesta en la boca, intentando pasar desapercibida.

—Es... un hombre al que intento evitar. No me gustaría volver a encontrarle —susurró.

—¿Es ese hombre que se está acercando? Es amigo de mi hermana, creo. Estuvo en su boda, es muy agradable. Creo que se llamaba... no lo recuerdo, la verdad.

¿Rupert? ¿Randall? No lograba recordarlo, pero sin duda había algo en sus ojos que le era muy familiar, esos ojos tan oscuros como los suyos propios. No era muy alto, de estatura más bien media, pero bastante fornido, tenía algunos años ya pero aún era joven.

—Sí. Oh, Dios mío, ¿le conoces? ¿Sabes quién es? —preguntó, pareciendo asustada.

—Es el duque de Essex, Susan. No entiendo, dices que no quieres volver a cruzarte con él, pero... ¿no sabes quién es? Eso solo quiere decir una cosa... —dijo más para sí misma, deduciendo lo que había podido pasar.

Un encuentro clandestino o casual, por supuesto. Su mente de novelista hizo de las suyas, y la imaginación tomó las riendas.

En cuanto el hombre se plantó delante de las jóvenes, Susan ya tenía toda la cara roja como un tomate maduro y le temblaban las piernas. Elena, en cambio, se mantuvo fresca y sonriente, pues le parecía un hombre magnífico.

—Buenas tardes, miladies —dijo él haciendo una leve reverencia—. Hace tiempo que no coincidimos. ¿Cómo está su hermana, lady Elena?

—Goza de muy buena salud, gracias a Dios. ¿Y usted?

—También, aunque bastante ajetreado. ¿Y usted, lady Susan? ¿Cómo le va el inicio de temporada?

Susan alzó la vista y le aguantó la mirada pese a estar muerta de la vergüenza.

—Aceptable, supongo —murmuró.

Él sonrió de una forma peculiar, distinta a todas las veces en las que le había visto sonreír, y enseguida intuyó que allí había gato encerrado.

—Estoy deseando coincidir con usted en algún evento. Que pasen una buena tarde —dijo brevemente.

Tras despedirse, volvió a hacerles una leve reverencia y continuó su paseo.

Fue entonces cuando Elena volvió a coger del brazo a Susan y empezó a someterla a su particular interrogatorio.

—Dios mío, Susan, ¿has escuchado lo que ha dicho? Quiere coincidir contigo... ¿de qué os conocéis?

Susan respiró hondo y abrió la boca para contar aquel episodio, mientras recuperaba la normal tonalidad de su piel.

—Yo... un día fui al pueblo sola, sin acompañante, para comprar un libro. Sé que estuvo mal, y que si mi madre se hubiese enterado... es igual, la cosa es que dos hombres empezaron a seguirme y el susodicho los ahuyentó. Luego me llevó hasta mi carruaje y... ¡se metió dentro conmigo! ¿Puedes creértelo?

Elena estaba expectante, era lo más emocionante que le habían contado nunca. Un héroe librando a Susan de las garras de dos malhechores, ¡y era una historia real!

—¿De veras? Oh, qué romántico Susan, seguro que fue un flechazo por su parte, por eso se metió dentro de tu carruaje —le insinuó.

—¿Flechazo? Oh, no, ni hablar. No niego que sea un hombre atractivo, pero yo no le gusté, más bien... creo que se reía de mí y mi incapacidad para tratar con el género masculino —confesó ella, que seguía estando sonrojada.

—Tonterías, Susan. El duque de Essex es todo un caballero, ya lo has visto. ¿Y qué hizo en el carruaje? —cuestionó nerviosa.

—Él... m-me dio un beso en la mejilla —musitó ella, avergonzada.

—Oh, vaya —dijo ella bastante decepcionada—. Creía que te había besado apasionadamente, o te había susurrado palabras de amor al oído.

—Nada de eso. Él... no es un caballero, Elena. ¿No has oído los rumores?

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué rumores?

—Cuando murió su hermano se convirtió el nuevo duque de Essex, pero antes dicen que vivía en América y que allí era un hombre de negocios algo... indecentes —musitó.

—¿De veras? Qué interesante. Nunca pensé que hubiera esa clase de personas en la remilgada sociedad londinense —confesó.

—Obviamente solo son rumores, aunque es un duque y si fuesen ciertos... puede que la gente lo ignorase durante un tiempo, pero nadie se atrevería a hacerle ningún desaire, por supuesto. Pero mejor dejemos el tema del duque de Essex... porque... no te interesará, ¿no? —preguntó Susan

siendo suspicaz.

—La verdad es que no había pensado en él de esa manera —dijo con sinceridad—. Y es un duque, no tengo aspiraciones tan altas.

—El amor no creo que entienda de posiciones sociales ni de riquezas —añadió Susan, quien se notaba que era una idealista y siempre había creído en ello.

—Lo sé, pero pensado fríamente, Susan, hay cosas que nos convienen más y otras menos, y obviamente que el amor es muy bonito, pero si tengo que escoger entre amar a un hombre rico y a otro pobre, no voy a dudar. Y no me mires así, porque en el fondo todas pensamos igual —vaticinó ella.

Elena era muy práctica en ese sentido, y aunque la idea del amor puro, pasional y fogoso le parecía irresistible, no era tampoco capaz de dejar que sus ideas sobre su bienestar alterasen su objetivo.

—Parece que ya tienes muy bien estudiado qué tipo de hombre buscas —se sorprendió Susan.

—Debe tener ciertos requisitos, sin duda. Pero no tengo mucha prisa, tampoco quiero precipitarme.

Entonces quien se quedó petrificada y sin habla fue ella misma. Sin embargo, tragó saliva y, con un rápido movimiento de distracción, supo darse la vuelta fingiendo observar a uno de los malabaristas.

¿Qué estaba haciendo aquel hombre en los jardines?

Giró un poco el cuello, y al ver que pasaba de largo y que no la había visto, se relajó.

—Susan, ¿por curiosidad no sabrás quién es el hombre de cabellos negros que acaba de pasar por aquí? Ese que gira a la derecha ahora mismo.

Susan lo observó, y asintió al reconocerlo.

—Por supuesto, es Christian Bradford. El hermano de Jane... oh, claro, no los conoces. Su hermana está casada con el conde de Clarence. Él es el dueño de un club de caballeros, el *Red House*, ¿te suena?

Por supuesto que le sonaba, había oído que era un lugar de juego, bebida y perversión. Ciertamente aquel ambiente le venía que ni pintado a ese hombre que se había atrevido a entrar en su habitación y besarla.

—Claro que sí, un lugar horrible.

—Aunque Christian Bradford no suele acudir a las velas con debutantes, su hermana dice que el matrimonio no está entre sus planes.

—Creo que ninguna muchacha decente querría casarse con él —sentenció ella, sin decir una palabra sobre su encuentro—. ¿Vamos a ver los patos? —dijo entonces para cambiar de tema.

—De acuerdo —respondió Susan, ya mucho más calmada.

Christian Bradford, dueño de un antro de perdición y un completo caradura. No era una novedad, aunque en el fondo, habría esperado otra cosa mejor.

Pero seguía sintiendo un cosquilleo molesto cada vez que pensaba en cómo su lengua se había enredado con la suya y en sus manos recorriendo sus caderas.

## Capítulo 4

### ENCUENTROS INDESEADOS

La casa de los Connynham en Londres estaba situada en la última calle de St. James que se consideraba respetable. Se sorprendió al darse cuenta de que él ya había estado en aquella casa, y también al recordar a quién había encontrado en ella.

La pequeña ninfa vivía allí, y eso quería decir que era una Connynham. Quizás era una prima lejana, pero con toda probabilidad sería la hermana pequeña de Wendoline. El fallecido vizconde tenía solo dos hijas, así que por descarte ella debía de ser la segunda.

Pero eso no lo detuvo, debía entrar a escondidas, bajo el manto de la oscuridad sin que nadie lo escuchase. Era ya tarde, pasadas las doce; el servicio estaría durmiendo, y en el remoto caso de que alguna de las Connynham estuviese, también. Por ello Christian se deslizó silenciosamente por el jardín, hasta encontrar una de las ventanas del comedor lo suficientemente débil como para poder abrirla con un pequeño golpe.

Una vez abierta, se sentó en el marco y coló primero una pierna y luego otra, para entrar por allí. Se sintió tentado de buscar alguna vela y así no ir a ciegas, pero realmente la luz de la luna era suficiente para ver, al menos, por dónde pisaba. Buscaba algo que, con toda seguridad, estaría colgado en la pared, así que fue analizando cada uno de los cuadros del comedor. Hasta que algo detrás de él lo asustó.

Christian escuchó cómo alguien cargaba un mosquete y se giró de golpe, encontrándose el arma a escasos centímetros de su frente y a una chiquilla sujetándola.

«No es posible», pensó él, pero al observarla bien, vio que era ella.

—¿Se puede saber qué demonios busca? —le preguntó en voz baja. Vio cómo sus ojos se agrandaron para luego dejar ir un bufido—. Oh, sois vos.

Elena tenía la costumbre de escribir por las noches. Se inspiraba mucho más a la luz de las velas y aquel día se había quedado hasta tarde, cuando escuchó un golpe seco bajo las escaleras, y no dudó en averiguar de qué se trataba.

—Christian Bradford, sí —al decirlo, la miró de arriba abajo percatándose de que iba con solo un camisón blanco—. Ninfa, ¿de dónde viene tu insana obsesión por desnudarte cuando estoy cerca?

Si fuese de esas inocentes jovencitas su cara ya se habría sonrojado, pero no solía perder la compostura, y por un hombre así, mucho menos. Así que Elena, sintiéndose protegida bajo esa

semioscuridad, alzó la barbilla orgullosa.

—No es nada personal. Salga de mi casa, ahora —le ordenó sin dejar de mostrar su cara más seria, aunque por dentro era un nudo de nervios.

Había vuelto. Aquel hombre misterioso, atractivo y tremendamente descarado había vuelto a su casa.

«¿Por qué demonios ha vuelto?», se preguntaba sin poder apartar los ojos de su figura masculina, tentadora.

—Ya nos conocemos, te he visto casi desnuda... dejémonos de formalidades. Ah, y baja la pistola. ¿Sabías que hay un alto porcentaje de fallo con los mosquetes? No querrás hacerte daño en esa preciosa diminuta mano que tienes.

—Su consideración hacia mi mano debería preocuparle menos que su cabeza ahora mismo —dijo, y en el fondo, estaba disfrutando.

Ese hombre sacaba a la luz su lado más despiadado, y le gustaba. Nunca había podido responderle a nadie con insolencia, solo al profesor de baile y a su institutriz, pero, por supuesto, ninguno de ellos se había atrevido a retarla. Pero ese hombre sí lo hacía, y eso le generaba sentimientos opuestos.

—Si me vuelva la cabeza, no sabrá nunca qué es lo que estoy buscando.

Esa voz de misterio la dejó algo cautivada. Carisma, eso era lo que ese hombre tenía. Un enorme carisma que hacía que los demás fuesen marionetas a su alrededor, y ella no estaba dispuesta a ser una de ellas.

—¿Y qué busca?

—Una ninfa. Tengo una duda, porque a simple vista creía que eras una dríade, una ninfa del bosque, pero creo que estoy errado —explicó él, entrecerrando los ojos.

Parecía disfrutar con la conversación, por su sonrisa ladina y el escrutinio de su mirada. Sus dos ojos azules como el lapislázuli brillaban, auspiciando nada bueno.

—¿Y qué se supone que soy entonces? —no pudo evitar preguntar, pues la curiosidad le pudo.

—Una nereida, por supuesto. Ahora mismo puedo ver el mar iluminado por la luna en tus ojos.

Quizás no fuese tan malo, alguien que conocía la mitología griega no podía ser malo, o eso se le cruzó por la cabeza a Elena antes de que la pillase por sorpresa y le arrebataste el arma. De un movimiento sutil, alzó el brazo y se la quitó con fuerza.

—¡Devuélvemela! —gritó, abalanzándose hacia su persona como una leona enfurecida.

Pero él fue más rápido, y tras dejar el arma encima de la mesa, la sujetó por las muñecas para evitar males mayores.

—Te pierde la labia, nereida. O mi labia, pero no te lo tomes como algo personal.

—Como no te vayas de aquí, voy a gritar —lo amenazó, zarandeándose, sin poder liberarse de su agarre.

Aquel hombre la ponía de los nervios, no podía evitarlo. Volvió a sacudirse, pero sin éxito alguno, hasta que se percató de que sus caras estaban a pocos centímetros. Desde allí podía ver la barba incipiente que le crecía por la barbilla, una pequeña peca en la mejilla derecha y su respiración acompasada. Su cercanía la calmó, igual que se tranquiliza a un caballo despavorido acariciándole el cuello y murmurándole palabras de calma.

Pero ella no era ningún caballo y tampoco necesitó una caricia ni palabras, con su presencia le bastó.

—Antes tengo que encontrar algo. ¿Te suena haber visto una pintura sobre una tela donde aparecía un barco pirata? Si me dices dónde está, me iré.

Elena se mantuvo en silencio, pues sabía exactamente a qué se estaba refiriendo y no pensaba decirle ni una sola palabra.

—No me suena. Pero mi hermana donó todo el material de mi padre a la universidad de Cambridge, puede buscarlo allí.

—Era una reliquia familiar, no creo que estuviese en sus estudios de la naturaleza. ¿Sabes, nereida? Tú y yo estamos unidos más que por nuestros encuentros fortuitos y, por tu parte, ligeros de ropa.

Arrugó su frente mientras él descargaba el mosquete y lo dejaba encima de la mesa de nuevo, liberándola, pero sin perderla de vista.

—Ilumíneme —dijo, cruzándose de brazos.

Christian decidió que iba a confiar en ella, al fin y al cabo, parecía saber más de lo que decía, y quizás si le contaba la historia, le contaría dónde estaba el cuadro.

—Mi padre era un ser despreciable, poca gente sabe eso, y menos ahora que ya está muerto, pero tenía un don innato para oler el dinero. En un viaje a las Indias orientales se topó con tu padre, el científico y honorable vizconde de Cassynham.

—No es extraño, estaría haciendo alguno de sus estudios —comentó ella.

—Juntos se toparon con un descubrimiento. Tres pistas para encontrar el tesoro de un pirata.

Ya lo sabía, Elena lo sabía. Un antiguo baúl enterrado con tres pistas que llevaban a un tesoro. Un tesoro pirata. Esa historia ya la conocía, solía explicársela su padre de pequeña antes de irse a dormir. También sabía muy bien cuáles eran esas tres pistas, concretamente porque era ella la que estaba en posesión de una.

—Me suena a historia para no dormir —decidió decirle finalmente.

—Yo también lo pensaba, hasta que el otro día sucedió algo... que me ha llevado a pensar que podría ser real.

—¿El qué?

—Entraron en mi casa e intentaron robarme una de las pistas.

—¿Solo eso? —alzó una ceja desaprobando su explicación.

—Me puse a investigar acerca del tesoro, de dónde podía estar escondido. Tampoco está claro cómo falleció Low, podría haber huido con todo su botín a una isla paradisíaca del Caribe. Edward Low es el pirata cuyo tesoro son las pistas.

—¿Y llegó a alguna conclusión?

—No sé si lo sabía, lady Elena, pero soy el propietario del *Red House*, un sitio de dudosa reputación, de apuestas y lleno de canallas, no creo en las casualidades.

—No le sigo.

—Échale un poco de imaginación, eres escritora, ¿no?

—¿Cómo lo sabe?

La había observado con interés, con sumo interés y dedicación. Apreciaba las líneas de

preocupación que se le formaban en el entrecejo, ese rostro inaccesible y ese temperamento que había apreciado entre líneas.

—La tinta abundante en sus dedos, la cantidad de libros en su habitación y las hojas cortadas y colocadas encima de su escritorio. Me gusta apreciar los detalles.

Era observador y muy listo, de eso no cabía la menor duda. Y peligroso. No porque pudiese hacerle daño, no creía que fuera violento, ni mucho menos, era otra clase de peligro.

—Han intentado robarle la caja y supongo que también habrá pasado algo más, así que ambas cosas le inducen a pensar que hay alguien más que está buscando el tesoro —dedujo Elena.

Una sonrisa maléfica apareció en su rostro acercándose más a ella. Las comisuras de sus labios le parecieron demasiado apetitosas, y esos dos ojos negros como el carbón, inocentes y a la vez perspicaces, demasiado atractivos como para no seguir observándolos.

—¿Qué escribes? ¿Historias de amor, de amistad? —preguntó, cambiando de tema.

—De misterio y aventuras —respondió ella, estaba determinada a que Christian Bradford no se saliera con la suya una vez más.

Pero él sacó del bolsillo de la chaqueta una hoja doblada y la abrió, leyendo su contenido.

—«La vorágine de su mirada hizo que sus fuertes muros se derrumbasen. Él la estrechó entre sus brazos, murmurando cuánto la amaba». En serio, ninfa, ¿es lo mejor que tienes?

Elena se sulfuró al ver que tenía una página de su libro y prácticamente se la arrancó de sus manos.

—No tiene ningún derecho a leer mis cosas, ni a entrar en mi habitación ni a estar en mi casa y mucho menos criticar mi escritura. ¿De dónde la ha sacado?

—Creo que me he expresado mal; la técnica es impoluta, lo irreal es la situación. Un pirata y una doncella en un mismo barco durante meses, ¿realmente crees que lo único que van a hacer es abrazarse y decirse lo mucho que se quieren? —Era una pregunta retórica, por supuesto.

—Es una doncella virtuosa —se quejó ella entonces.

—Y él un proscrito de la justicia, un maleante y un vicioso, aunque lo describas como si fuese el príncipe de Gales.

Parpadeó varias veces, reflexionando acerca de su teoría.

—¿Cómo creéis que habría reaccionado él entonces?

—Como un pirata, siendo cruel al principio. Ella lo odiaría y él sería malo.

—¿Y entonces cómo se enamorarían?

—No lo sé, quizás no tendrían que enamorarse. Pero en el caso de hacerlo, sería contra su voluntad.

Aquello que estaba diciendo, tenía todo el sentido del mundo.

—El pirata podría guardar un secreto, algo que lo hiciera ser cruel, quizás haber sido torturado —aventuró a decir ella.

—Quizás —susurró.

Elena dedujo que había algo en sus ojos azules como la madrugada al clarear que escondían algo relacionado con ese tema. ¿Tendría él un secreto? Pero no era cruel ni despiadado, ¿o sí podría llegar a serlo?

—¿Cree que sería demasiado osado si incluyera un beso apasionado?

Después de decirlo, se arrepintió, y más cuando vio cómo el pecho de Christian subía y bajaba debido a la ardua respiración.

Ella no era así, no decía esas cosas ni provocaba a la gente. Se guardaba sus inteligentes contestaciones para sí misma, no se atrevía y escasas veces las ponía en boca suya. No como ahora.

—Insisto en que lo pongas. Eso sí, creo que necesitas algo de ayuda.

—¿Para escribirlo?

—Necesitas vivirlo antes, nereida.

Sin darle tregua a que dijese algo o simplemente se apartase, puso su mano en la nuca de la chica y acercó su boca para devorarla. Lo hizo dócilmente, igual que si sus labios fuesen de seda pura. Hizo que abriese la boca para recorrerla con su traviesa lengua, decidido a robarle el aliento. Había sido un impulso, no tenía intención de volver a besarla, pero su instinto fue superior a ello.

Elena se aferró con las manos a su chaqueta, casi delirando por el exquisito sabor que tenía y el plácido sentimiento que le había inundado el corazón. Como la primera vez, maldijo ese hechizo que parecía ejercer Christian sobre ella y cómo tenía la virtud de hacerla vibrar con solo rozar sus labios.

Fue él quien separó su boca y observó su rostro casi totalmente en tensión, como si no supiera gestionar lo que estaba sintiendo.

—Ahora ya sabes cómo besan los piratas. Ah, y no creas que me voy a olvidar del asunto del tesoro. Sé que estás al corriente de todo.

—No sé de lo que... —empezó a decir con la voz alterada, queriendo dar un paso hacia atrás, pero sin lograrlo.

Parecía que su mirada la indujera a un estado casi vegetativo, ni siquiera podía moverse, no si él no apartaba la vista.

—Vamos, ninfa —la interrumpió él—, ¿cómo demonios sabías entonces que yo tengo la caja?

Elena maldijo en silencio su error. Debería haber estado más atenta, debería haber medido más sus palabras. Era culpa de su presencia, la alteraba y la exasperaba como nadie.

Cuando quiso responderle, él ya estaba frente a la ventana saliendo a través de ella.

## Capítulo 5

### SOCIOS

Aún con las piernas flaqueando y un cosquilleo que le invadía el estómago, Elena respiró hondo una vez aquel hombre se había marchado. Era insoportable, un verdadero patán, ¿quién se creía que era para tomarse aquellas confianzas? Cuando había entrado en su casa nada más y nada menos con la intención de robarle.

Alzó la mano hasta llegar a sus labios y los delineó con suavidad, justo donde los había besado. El cosquilleo incrementó, volviéndose más nítido y acelerándole el corazón.

«Basta, Elena, deja de pensar en ello. No son más que un par de besos robados, por todos los santos», se dijo a sí misma.

En cuanto se recuperó de aquello, decidió que lo más sensato era volver a sus aposentos y olvidarse de todo lo referente a ese hombre. Al día siguiente volvería a la rutina, avanzaría con su novela —si algo de bueno había sacado de aquel hombre, eran sus buenas ideas—, y seguiría en su etapa de debutante yendo a fiestas aburridas y aguantando a pedantes y a aburridos hombres cuando alguno de ellos se dignase a hablar con ella.

Después de subir las escaleras y abrir la puerta de su habitación, notó que algo no estaba en su sitio. Escudriñó cada rincón, pues era más bien una sensación que algo certero, una especie de pálpito que había notado nada más entrar.

Y cuando puso sus ojos en un rincón de la pared, se dio cuenta.

«¡Maldito bastardo! Tendría que haberlo sospechado», se lamentó entonces.

El cuadro que había mencionado con anterioridad, ese que tenía ella colgado y que guardaba con recelo, no estaba. Pensó seriamente en salir a buscarle, pero a esas altas horas de la madrugada no haría más que manchar su reputación si alguien la reconocía, y tampoco tenía idea de dónde se encontraba ese tal burdel, o casa de apuestas o de caballeros, o lo que fuese que tuviese aquel hombre.

Y, con toda seguridad, estaría en un barrio donde una dama no debería estar. Y ella era una dama. Así que, pese a la rabia que sentía, decidió que lo más sensato sería esperar a la mañana y entonces ir a reclamarle su devolución. Por supuesto que lo haría, y no tendría escrúpulos en gritarle e insultarle. ¿Qué se había creído? ¿Que podía entrar a sus anchas en su casa, besarla y encima robarle?

«¡Y un cuerno! A Dios pongo por testigo que vas a pagar por esto, Christian Bradford», se juró

a sí misma metiéndose en la cama.

\*\*\*

A la mañana siguiente, antes de las ocho, Elena ya estaba totalmente vestida, aseada y se disponía a bajar a desayunar, dispuesta a averiguar dónde vivía aquella sanguijuela para obligarle a devolverle el cuadro. Con la ayuda inestimable de Myrna, se decidió por un sencillo vestido diurno azulado y, colocándose una chaqueta a juego y escogiendo un sombrero para disimular su rostro, se dispuso a salir de casa. Pero antes de que cruzase el salón para hacerlo, llamaron a la puerta, y paró el oído cuando el mayordomo la abrió.

No era nadie conocido, la voz masculina no le era familiar, así que esperó a que la persona se marchase, siendo probable que buscase o a su hermana o a su cuñado.

—Disculpe, lady Elena, hay un hombre que pregunta por las Connynham. ¿Le hago pasar? —preguntó el viejo mayordomo, a lo que ella asintió.

Era su deber hacerlo, e ignoraba quién podría ser. Quizás era algo importante, y no descuidaría sus deberes solo por ir a ver a la sabandija de Bradford. Solo de pensar en lo que le diría, su cara se encendía.

Dejó el sombrero y la chaqueta en manos de Myrna y se sentó en el sofá con las manos en su regazo, esperando a que la visita pasase. En cuanto el hombre cruzó el arco de la entrada, se levantó. Ni su cara le era familiar, ni tampoco le parecía que fuese un hombre de su estatus social. No porque no vistiese de forma elegante ni porque las telas estuviesen arrugadas o desgastadas, sino por algo más sutil: su opulencia.

El excesivo brillo de los botones de la chaqueta con el ribete de esta, las botas negras de cuero muy brillantes y la multitud de anillos en sus dedos eran una muestra de eso.

—El señor Farewell —anunció el mayordomo, retirándose y dejando a Elena y a Myrna que seguía en un rincón de la habitación, ya que, según el protocolo, una jovencita no podría estar a solas con un hombre que no fuese un pariente.

—Señor Farewell, es un placer conocerle —dijo Elena, haciendo una leve inclinación de cabeza, mientras que el hombre hizo lo mismo.

Ella alzó una ceja, sabiendo que, sin duda, el hombre no se codeaba con la aristocracia, pues no hacía lo que debía, siendo ella la hija de un vizconde, y él solo un señor.

—Lo mismo digo, señorita Connynham —respondió él.

Su voz nasal, demasiado ronca y aguda, le produjo un escalofrío en la columna vertebral, y en cuanto vio que, tanto sus ojos como sus dientes amarillentos mostraban una frialdad excesiva, decidió que aquel hombre, definitivamente, la disgustaba. Debía de tener la edad que tendría su padre, pero no lo podía adivinar con seguridad, pues su piel bronceada parecía algo más vieja que otras a las que no les había tocado el sol.

—Usted dirá qué es lo que le trae por aquí —dijo Elena, esperando una respuesta coherente, pero se equivocaba.

—Tengo entendido que su padre murió hace poco.

Elena esperó a que aquel hombre continuase, pero su pausa era larga, así que decidió decir

algo.

—Así es, hace ya un poco más de medio año.

—Nos conocíamos, tuvimos negocios en el Nuevo Mundo.

Sorprendida, ladeó la cabeza intentando recordar alguna mención a un tal señor Farewell, pero no la encontró.

—Lo ignoraba. No estaba muy al tanto de las transacciones de mi padre, si quiere que le diga la verdad —confesó.

—Natural, y siendo además la hermana pequeña. ¿Su hermana mayor...?

—Ella mucho menos, señor Farewell, ni siquiera vivía en Londres hasta que mis padres fallecieron. Si ha venido para alguna reclamación, quien lleva todas las cuentas del vizcondado es el marido de mi hermana, el duque de Kengsinton, así que le ruego encarecidamente que se dirija a él —murmuró, sospechando que era algo de ese calibre.

—Desde luego que no, venía a por un asunto más privado y sentimental. Verá, su padre y yo encontramos en el Nuevo Mundo, escondido a ojos de los demás, algo muy curioso, y nos lo repartimos. Nunca más pensamos en ello, ya que la posibilidad de que aquello fuese cierto era... inverosímil. Pero, nos prometimos que cuando uno de los dos falleciese, el otro lo recobraría.

Elena tragó saliva. Era imposible que se tratase de aquel cuadro. Imposible. Además, Christian Bradford tenía la otra pista, ¿no?

—No tengo ni la menor idea de lo que me está hablando. ¿De qué se trata?

—De un cuadro. Es una imagen de un barco en el mar bravío, ¿no lo tendrá colgado por casa?

Elena dio un respingo al escuchar la descripción.

—Desgraciadamente, no recuerdo ningún cuadro de estas características, a mi madre le fascinaban lo bodegones —mintió ella—. Pero puede visitar nuestra residencia en Yorkshire, es allí donde mis padres pasaban más tiempo, quizás esté allí, Puede ir cuando quiera, daré instrucciones de que le hagan pasar. El señor Farewell, ha dicho, ¿cierto?

—Así es. Vaya, es una pena que no recuerde dónde se encuentre, una verdadera pena —susurró el hombre, que parecía haberse quedado pensativo.

—En efecto, señor. Ahora, si me disculpa, ha venido justo cuando estaba a punto de hacer unos recados, como ve tengo el abrigo y el sombrero en manos de mi doncella. Si me disculpa... —insistió ella, señalando la puerta con la mano abierta.

—Por supuesto, no querría importunarla, señorita Connyham.

—Es lady Connyham.

Pero el hombre no se movió. No le gustaba ese hombre, ni lo que estaba haciendo ahí. Empezó a sudar un poco, estaba poniéndose cada vez más nerviosa.

—Disculpe, no soy muy dado a los formalismos. Pero ¿sabe qué es lo que se me da bien? Calar a los mentirosos, y usted, Elena, es una mentirosa. ¿No va a darme el cuadro?

Ella respiró, quedándose petrificada. Sin duda, la expresión seria del hombre daba miedo, y no estaba acostumbrada a las amenazas. Tenía que decir algo, y rápido.

—Entonces sabrá que le digo la verdad cuando afirmo que puede buscar ese cuadro en toda la casa y en Yorkshire, y en general en todas mis posesiones, que no va a encontrarlo. No sé dónde está, aunque sí, lo vi, pero es lo único que puedo decirle. Ahora, le voy a rogar que salga de mi

casa o me veré en la obligación de echarle.

No sonrió, y Elena tuvo la sensación de que, si pudiese, le retorcería el pescuezo allí mismo por cómo apretaba el puño de la mano derecha. En la izquierda vio que llevaba un bastón algo extraño, parecía de madera y era muy puntiagudo. No dijo nada, se limitó a caminar hacia la salida a paso ligero. En cuanto la puerta se cerró, dejó ir un suspiro de alivio al ver que, al menos por ahora, se había marchado.

Escuchó cómo Myrna daba ese mismo suspiro, y se dejó caer en el sofá para recuperarse de lo sucedido. No sabía qué demonios estaba ocurriendo, y por qué ahora. Hacía años que ese cuadro obraba en su poder, y en menos de una semana pasaba todo eso... no lo entendía.

Pero sabía de alguien que, con total seguridad, tenía respuestas sobre eso.

—Milady, ese cuadro... —susurró Myrna—. ¿No hubiese sido mejor entregárselo?

Elena giró el cuello en dirección a la doncella, que seguía estando en la misma posición en la que la había dejado.

—Aunque hubiese querido, no habría podido hacerlo porque un... indeseable me lo ha robado —se quejó.

—¿Qué clase de indeseable?

El mayordomo las interrumpió, entrando en la sala.

—Milady, hay otro hombre que pregunta por usted...

—¿Quién? Dios bendito, no estoy para muchas visitas —advirtió.

—Puedo decirle al señor Bradford que venga en otro momento, que se encuentra indispuesta —sugirió él.

Christian Bradford. Ese hombre era o estúpido o... su comportamiento errante y sin sentido no tenía lógica. Pero si le había robado el cuadro, ¿qué demonios estaba haciendo en su casa?

—Oh no, hacedle pasar de inmediato —insistió ella—. Y Myrna, ve a dejar todo esto en mi habitación, hoy definitivamente no voy a salir.

A sabiendas de que estarían un rato a solas, decidió arriesgarse por dos razones: una, que no quería que el servicio se enterase de la confianza que gozaban, y dos, porque el asunto era delicado.

Pero en cuanto vio que el señor Bradford venía acompañado de otro hombre, su ilusión se vio mermada.

«Elena, así es mejor, no te flageles», se dijo a sí misma, manteniendo la compostura cuando sus ojos se posaron en los suyos.

—Señorita Bradford, es un placer —susurró, haciendo la reverencia correspondiente.

Al menos ese rufián tenía unos modales exquisitos en público, no como otros, y se fijó en que su sonrisa pícara tan característica no estaba presente.

—No sé si puedo decir lo mismo. ¿Va a decirme qué es lo que va a robarme esta vez? Quizás sea de su agrado el jarrón chino del recibidor, o mi magnífica porcelana —le espetó nada más inclinar la cabeza.

Antes de responderle, Christian no pudo evitar ver cómo sus manos tenían cierto temblor. No albergaba dudas de que Farewell había dicho algo que a Elena la había asustado. Frunció el ceño, y maldijo en silencio por no haberlo pensado antes.

—No le he robado nada, lady Elena, solo me tomé la libertad de ponerlo a buen recaudo. Voy a dejarme de formalismos ya que estamos a solas, porque este asunto ha dejado de ser divertido, al menos en lo que a ti se refiere —aseguró él, dejando ir una respiración acompasada—. Este es Gratz, mi hombre de confianza. Es muy discreto y no dirá nada de lo que hablemos aquí.

—¿Y por qué demonios no me lo dijo antes? —exclamó Elena, estando todavía indignada.

—Ninfa, te habrías negado. Farewell te ha exigido el cuadro, ¿no es así?

Elena sopesó sus opciones y asintió, porque de los dos hombres, Christian era quien le inspiraba más confianza, quien tenía su cuadro en su posesión y quien, en definitiva, parecía ser el menor de los males.

—¿A qué has venido entonces? —preguntó ella, sin rodeos.

—A proponerte un trato. ¿Quieres ser mi socia, ninfa?

## Capítulo 6

### SEÑOR BRADFORD, NO LE SOPORTO

Elena no tuvo una mala infancia. Solía pensar que había sido una privilegiada, teniendo unos padres que cuidaban de ella, institutrices que le habían enseñado todo lo que una señorita de buena cuna debía saber, y en general, alimento, ropa y muchos lujos que otros no poseían.

No se consideraba caprichosa, su hermana lo era mucho más con la ropa, los perfumes y otros accesorios que adoraba llevar. A ella lo que le gustaba eran los libros, toda clase de ellos, y tiempo para escribirlos. Sentía la imperiosa necesidad de plasmar todas las historias que se arremolinaban en su cabeza, una vía de escape para su imaginación descontrolada, y esa era el papel y la pluma. Nunca se había atrevido a enseñárselo a nadie, solo el señor Bradford, por descuido, había llegado a leer algún fragmento.

Nunca había soñado llevar a cabo nada especial, su gran sueño siempre había sido lograr terminar un libro y que alguien lo publicase, pero siendo mujer era tarea casi imposible.

Y allí estaba, delante de un hombre hecho y derecho, tratándola de igual a igual. Un empresario que no dudaba en que tuviese maña suficiente para desenvolverse en cualquier ámbito. Se mordió el labio, pensando en su propuesta de ser socios.

—¿Socios? Hay ciertas cosas que aún no termino de entender, y la primera es por qué, justo ahora, tanto tú como Farewell venís a por el cuadro.

Christian asintió, igual que si le estuviese dando la razón. Pero para convencerla necesitaría algo más que gestos razonables, había experimentado el grado de persuasión que ese hombre expandía sobre ella, y el nombre que había deducido de todo aquello era «encantador de serpientes».

—Farewell ya vino a por mi caja mucho antes, y no logró arrebátarmela. Creo que el hecho de no haber podido, junto con la muerte de tu padre, ha dado como resultado que haya venido hasta aquí —expuso Christian con mucha calma y paciencia.

—Tiene... sentido —deliberó ella después de analizar el asunto—. Entonces supongo que quiere negociar los términos del acuerdo.

Vio cómo le brillaban los ojos al escucharla, y esa misma chispa se le contagió. Sin saber qué tenía ese hombre que la alentaba siempre a meterse donde no la llamaban, procedió a empezar la que sería la más ardua de las negociaciones que había hecho, además de la única.

—Creo que ir al sesenta - cuarenta es lo más acertado, ya que seré yo quien ponga los medios

para recuperar el tesoro.

Elena abrió los ojos indignada, negándose en rotundo.

—No sé de qué medios me habla. Sabe que lo justo aquí es ir a medias —protestó entonces.

—Entonces supongo que sabrás perfectamente cómo enfrentarte a Farewell, despistarle...

—Franklin Leverton puede desmontarle el chiringuito en un abrir y cerrar de ojos, es duque — exclamó ella, como si aquel título fuese la solución a todos los problemas habidos y por haber.

—Querida ninfa, Farewell no es hombre que actúe acorde a la ley, sino más bien... al margen de ella.

Eso de negociar no le gustaba, básicamente porque su baza se había ido al garete.

—Solo aceptaré el cuarenta... con una condición —susurró, poniendo los brazos en jarras y alzando una ceja.

—¿Qué condición? ¿Es apta para todos los oídos? ¿O es una propuesta... indecente? —tanteó Christian acercándose cada vez más a aquella chiquilla temperamental e inteligente.

—No sea ridículo, yo soy una dama, a diferencia de usted, que no se le puede llamar caballero —dijo, mostrando una falsa mueca de disgusto.

—¿Entonces?

Elena tragó saliva, a sabiendas de que lo que iba a proponerle podía pasarle factura. Pero era la única forma de que alguien leyera su libro y fuese sincero al respecto.

—Si usted... me ayuda con mi libro —soltó de golpe, dejando todo el aire en un solo suspiro.

Lo había dicho. Mantuvo los ojos puestos en Bradford, temerosa de lo que podía decir, incluso sostuvo la posibilidad de que se burlase de ella. ¿Se atrevería? No dudaba que sí, ya lo había hecho con anterioridad.

Escuchó cómo él chasqueaba la lengua y se acercaba a ella peligrosamente, viendo cómo sus ojos la acechaban igual que un lobo a su presa. No podía negar que sus ojos eran magníficos, de un azul excepcional, tan delicados y etéreos que parecía que no concordasen con el resto de su rostro, extremadamente varonil.

Sus cuerpos chocaron, y ella dio un paso atrás, abrumada por la cercanía que mantenían.

—Ninfa, será un placer ayudarte —exclamó de golpe con su voz complaciente, esa que ponía cuando se mostraba acaramelado y... pasional.

Diantres, tenía que bajar de esa nube de inmediato.

—Deje de llamarme así, haga el favor de comportarse —susurró, girando la cabeza hacia otro lado.

Si algo tenía el señor Bradford era una mirada perturbadora, de un azul demasiado nítido que a veces se le antojaba casi transparente. Solo con mirarla, a veces sentía que todo se tambaleaba, que algo superior a ella la elevaba del suelo y la dejaba flotando en la inmensidad del cielo, cuyo color al amanecer solía tener el tono exacto de sus ojos.

—¿Por qué es tan importante para ti?

La pregunta la dejó algo desconcertada. En primer lugar, porque había acertado de lleno en que sí era importante, y en segundo, se le hacía extraño que un hombre como Christian Bradford le importase lo más mínimo sus motivaciones. Vaciló durante unos minutos antes de abrir la boca.

—Bueno, cada uno tiene sus aficiones, ¿no? A algunas damas les gusta cantar o tocar el piano, a

otras bordar... y a mí me gusta escribir. ¿Le parece raro que alguien como yo tenga aspiraciones de esa índole? —cuestionó, alzando una ceja.

Lejos de parecerle arrogante, la sonrisa que esbozó Bradford se le antojó sincera e incluso tierna.

—Raro no, pero sí interesante. Voy a necesitar una copia de lo que llevas escrito, esta tarde supongo que podré empezarlo.

—¿Una copia? —susurró Elena—. No tengo copia alguna, únicamente el original. No son más que treinta páginas, así que supongo que mañana podré mandársela sin problemas.

—Treinta páginas... ninfa —empezó a decir, llevándose la mano hasta el mentón—, ¿es tu primera novela?

Elena se cruzó de brazos, preguntándose qué relevancia tendría. Al fin y al cabo, solo necesitaba su ayuda para describir, a lo sumo, un par de escenas, esas que se le atragantaban.

—Sí, antes escribía relatos cortos, o cuentos. ¿Por qué lo pregunta?

—Curiosidad. ¿No vas a tenerlo hasta mañana?

—No hay ninguna prisa, ¿qué le ocurre? Si es algo que no quiere hacer, podemos volver a negociar ese cincuenta – cincuenta... —tanteó ella con incertidumbre.

—En absoluto —empezó a decir él—. Siento curiosidad, así que, ¿por qué no me trae el original? Prometo cuidarlo como si fuese el Santo Grial —le aseguró él, alzando la mano hacia arriba en señal de juramento.

—No es necesario, y como le he reiterado, no tengo ninguna prisa. En el fondo, solo necesito su ayuda en una escena en concreto, todo lo demás está cubierto.

—Pamplinas. Vamos a hacer que el libro sea todo un éxito. ¿Con qué nombre vas a querer publicarlo?

¿Acababa de decir publicarlo? Elena frunció el ceño, reclinándose sobre la pared. Claro que había pensado en ser una famosa autora, en que sus libros estuviesen en las estanterías de la pequeña librería que solía visitar en Chattered Street, pero era una fantasía. Jamás lo había pensado como algo posible, al menos loggable en un corto período de tiempo.

—Creo, señor Bradford, que está usted yendo demasiado rápido —dijo, parpadeando varias veces nerviosa—. No creo tener la destreza necesaria aún para mandar algo a un editor —alegó entonces.

Fue algo inesperado. El dedo índice de Bradford se posó encima de su nariz respingona dejándole una corta y sutil caricia, de esas que la gente suele prodigar a los niños.

—No deberías subestimarte, ninfa. Pero está claro que no todos podemos ser Shakespeare o Bacon.

—Mis intenciones no van en esa dirección —gruñó ella, aún notando esa muestra de afecto muy presente en su piel—. Señor Bradford, creo que ya es hora de que se vaya, no creo que deba estar aquí, los vecinos podrían empezar a murmurar, y un escándalo es lo último que necesitamos.

Christian enderezó la espalda y alzó la barbilla.

—Ahora que somos socios, deberías sacarte ese palo que parece que se te ha metido entre tus posaderas. Deberás arrimar el hombro como todos los que estamos metidos en esta empresa.

¿Acababa de decir posaderas? Era... ¡insoportable! Exhaló un suspiro de indignación mientras

caminaba hacia la puerta del salón. De un golpe la abrió, bajando la vista.

—Es usted un maleducado. ¿Cómo se atreve? Váyase inmediatamente —le ordenó de forma tajante.

Escuchó sus pasos hacia ella, y desvió la mirada hacia el cuadro que más detestaba del salón.

—Qué piel más fina tienes, ninfa. Te voy a dejar deberes, ¿sabes? Busca cosas sobre nuestro amigo el pirata, recopilar información nos vendrá bien. Mañana volveré —anunció—. No me echés mucho de menos.

Por fin alzó la vista y se encontró con una sonrisa socarrona insufrible.

—Descuide. No le soporto, señor Bradford —escupió.

—Vas a tener que hacerlo, somos socios, ¿recuerdas?

Como si pudiera olvidarlo.

—Es usted una pesadilla personificada, ¿alguna vez se lo han dicho?

—Puede que mi hermana, de forma menos sutil y con insultos incluidos, por supuesto. Cuestión de confianza, aunque me temo que en poco tiempo tú y yo gozaremos de mucha.

Elena frunció el ceño, ¿estaba insinuando...?

—¿Disculpe? —bramó entonces.

—Si somos socios, voy a tener que confiar en ti, y viceversa. ¿En qué estabas pensando? Vaya, vaya, señorita Connynham, parece que tiene el pensamiento más indecoroso de lo que pensaba... —susurró, guiñándole un ojo.

—¡Dios! Es usted insufrible —logró decir, caminando hacia el otro extremo de la sala—. Tengo cosas que hacer, así que si me disculpa...

—Por supuesto, no la entretengo más.

—Y es lady Connynham —rectificó ella alzando el mentón.

Él no se lo pensó dos veces y, llegando hasta su posición actual, alzó su mano y le plantó un beso encima. Era algo obsceno porque no llevaba guantes, ¿qué le pasaba por la cabeza para hacer semejante idiotez? El contacto de los labios en su piel hizo que una maraña de nervios empezara a revolverse en su estómago.

—Para mí siempre serás mi ninfa. Nos veremos pronto —susurró a modo de promesa.

No pudo responderle como le hubiera gustado, porque en cuanto abrió la boca, ya habían desaparecido él y ese hombre de modales toscos. Menuda mañana de locos llevaba.

—¿Milady? ¿Se encuentra bien?

Era Myrna que, desde la puerta, la observaba con cierta preocupación. No estaba bien, por supuesto que no. Lo que había empezado como una mala casualidad había terminado siendo una asociación que no le convenía en absoluto.

—No estoy segura. ¿Sabes cuando estás convencida de que algo no te conviene, y aun así sigues adelante?

—No del todo, milady..

—Es igual. Creo que esta mañana no voy a salir, le escribiré a Susan para quedar por la tarde a ver si está disponible.

Era lo mejor, aquellas dos visitas la habían dejado exhausta, y mentalmente necesitaba coger fuerzas.

## Capítulo 7

### UNA MUJER COMO TÚ EN UN SITIO COMO ESE

—¿Crees que es una buena idea que la muchacha se inmiscuya en este asunto? —preguntó Gratz nada más salir por la puerta.

Christian negó con la cabeza. Tenía el suficiente sentido común como para saber que era una pésima idea.

—Por supuesto que no, pero ya no está en mis manos decidirlo. Farewell sabe que está al tanto de todo y prefiero vigilarla de cerca que tenerla fuera de mi control. Ese hombre es peligroso.

Podía fingir que las personas le importaban un comino, que era un egoísta que se preocupaba exclusivamente por sus intereses, pero no era cierto. Si algo le ocurría a la pequeña de las Connynham, jamás se lo perdonaría.

—¿Y qué piensas hacer? No creo que puedas vigilarla, es una aristócrata de lo más terca.

—Primero intentaré resolver el misterio de los objetos que tengo en mi poder. Si no he errado en mis suposiciones, ella no va a querer esperar con los brazos cruzados y también querrá intentarlo. En nada voy a tenerla llamando a mi puerta, ya lo verás —le aseguró.

—¿Y podremos resolverlo teniendo solo dos de las tres pistas? —cuestionó Gratz.

—Espero que sí, pero... —dudó Christian.

—Lo tienes crudo, jefe —manifestó él.

—Lo sé. De todas maneras, me conformaría con destruirlos para que así Farewell jamás descubriese su paradero —confesó—. Ese hombre es el mal en persona. Si tal cantidad de riquezas fueran a parar a sus manos, no me imagino lo que podría hacer.

—No sería nada nuevo —exclamó Gratz en voz baja—. La historia está plagada de esos hombres, desde los señores feudales que explotaban a la gente que vivían en sus tierras hasta ahora, el propio rey que nos cose a impuestos.

—Cuidado, Gratz, eso se considera traición —le advirtió—. Pero estoy de acuerdo, y por eso mismo quiero encontrar ese tesoro, para desafiar a los poderosos.

Bradford tenía muy claro lo que haría con su parte, era la oportunidad que tenía de redimirse.

—Me alegro, jefe.

—¿Sabes qué harás con la tuya? —le preguntó.

Esquivó un par de inmundicias lanzadas desde el balcón al adentrarse en el barrio de Covent Garden.

—Siempre lo he sabido, pero no quiero hacerme castillos en el aire.

Aquello le sonó extraño, no tenía a Gratz por alguien ambicioso ni que pensase mucho en el hecho de poder adquirir grandes fortunas.

—Por supuesto, solo son meras suposiciones —asintió.

—Soy solo un bastardo, pero hay cosas que uno no puede quitarse de la cabeza, y en momentos como este se hace ilusiones.

Christian nunca había visto a Gratz tan ensimismado en sus propios recuerdos. Tenía los nudillos blancos de apretar los puños y la rojez subida. Sin duda no era un recuerdo bonito.

—¿Qué cosas? —cuestionó con curiosidad.

Pero solo respiró hondo, alejando de su mente todos esos malos recuerdos, igual que si volviese de nuevo a la realidad.

—Con ese dinero voy a hacer justicia, te lo aseguro. Es una deuda que tengo pendiente desde hace mucho tiempo.

Él supo que poco podía decir más para que soltaste prenda, que aquello tan importante lo guardaba bajo llave celosamente.

—Deberíamos darnos prisa. En cuanto lleguemos al *Red House* empezaré a descifrar las pistas. Mientras tanto, ¿podrías encargarte de las nuevas? Llegan al mediodía y deberíamos cubrir dos o tres bajas —pidió, ya que no tenía ojo alguno para contratar a buen personal, y mucho menos femenino.

—Yo me encargo, jefe.

Gratz no había sido siempre así. Hubo un tiempo, de pequeño, en que era jovial y alegre, un niño que siempre tenía una sonrisa en la boca y predisposición a ayudar a los demás. Había sido criado por su madre, que trabajaba de camarera en una gran mansión en Sussex para la baronesa; también por Greyson, el jardinero entrado en años algo malhumorado; por la señora Bird, el ama de llaves y, en general, todo el personal de la casa.

En la escuela local tenía muchos amigos, le gustaban las cuentas, era lo que mejor se le daba. Nunca le habían preocupado nimiedades, el hecho de no tener padre, era lo suficientemente avisado como para entender que las cosas no eran simples y menos cuando pertenecías a una clase social baja. Adoraba a su madre, era una belleza de tez blanquecina y ojos oscuros como la noche y de cabello muy rubio, casi blanco. Era huérfana, le contó que las monjas la habían criado, y al cumplir los catorce la enviaron a una buena casa para servir en ella.

Recordaba que antes de dormir, en la pequeña habitación del último piso donde ambos tenían asignada la cama, le contaba historias del convento. Ella lo animaba a que estudiaste mucho en el colegio y así de mayor pudiese tener una buena profesión para ascender en la escala social y tener mejor vida.

Gratz no veía nada malo en la clase de vida que llevaban, él era feliz así, pero nunca desobedeció. Lo que más le gustaba de aquella casa eran los caballos, cuidar de ellos en las cuadras, cepillarlos y darles de comer. Era una tarea que no le importa nada que le asignasen. Nunca se relacionaba con los señores de la casa, solo entraba y salía de ella por la puerta de atrás, jamás cruzaba hacia la zona prohibida y tampoco le interesaba demasiado hacerlo. Sabía que los barones tenían un hijo más o menos de su edad, lo había visto de lejos algunas veces pero

siempre le había parecido algo soberbio. Más tarde su madre le contó que había llegado una niña, nadie sabía de su origen, pero tenía la salud delicada y nunca llegó a cruzarse con ella.

Pero todo cambió una noche. Permanecería en su memoria hasta llegar al final de sus días, y no se detendría hasta vengarse.

Al entrar en el salón principal del *Red House*, vio que las aspirantes a camarera ya se encontraban allí, todas en fila. Eran unas cinco y se extrañó de que fuesen tan pocas. Normalmente esos puestos eran queridos y deseados, y en cuanto se corría la voz era fácil encontrarse con veinte mujeres que deseaban ese puesto.

—Id entrando una por una en mi despacho —les dijo sin preámbulos, directo como solía ser.

No era propiamente su despacho, sino el lugar donde llevaban a los tramposos y a aquellos que deseaban ser fiados para jugar. El *Red House* era un club social para caballeros, pocas veces entraban indeseables, pero sí algunos nobles arruinados con mucha caradura. Se sentó en la butaca de detrás de la mesa de madera de pino vieja y trotinada, esperando a que entrase la primera.

Fue una mujer baja, que debía rondar la veintena, de caderas anchas y escote abundante. Se la veía segura de sí misma y, aunque no era atractiva, con algo de maquillaje y un atuendo mejor que el que llevaba, daría el pego para distraer a la clientela. Al fin y al cabo, su trabajo era servir alcohol suficiente para confundir a los asistentes, e inducir a que jugasen.

—¿Tu nombre? —le preguntó.

—Mary O' Grayson, señor.

—Estás lejos de Irlanda, Mary —atestó él.

—Nací en Londres, señor.

—¿Tienes experiencia, Mary?

—Solía trabajar en una taberna, pero me cansé de tanto borracho impertinente.

Fingió que se lo pensaba durante unos minutos, hasta que habló.

—Estás contratada, Mary. Pregunta por Pearl, ella se encarga de todo.

No hizo más preguntas y salió de allí contenta. «Una menos», pensó mientras la puerta volvía a abrirse. Pero la siguiente no era como Mary, enseguida se percató de que la muchacha no se sentía cómoda. Eso era malo, las tímidas no hacían bien su trabajo y esta lo parecía en extremo.

El vestido que llevaba era sencillo, recatado pero de tela buena. No había en él ni un solo remiendo y eso le llamó atención. Su rostro parecía esculpido por los ángeles, era perfecto, de facciones elegantes y labios carnosos. Sus ojos tenían un tono indefinido, y cuanto más se fijaba más se daba cuenta de que no eran el mismo color, uno era verdoso y el otro marrón. Esa particularidad lo fascinó.

—Mujer, sácate la cofia para que pueda verte bien —le pidió, queriendo saber el color de su pelo.

Ella así lo hizo, pero a regañadientes y mirando al suelo. No era tímida, solo estaba incómoda. Vio que el cabello era rubio, recogido en un moño desaliñado.

—¿Hay que ser morena o rubia para trabajar aquí? —murmuró con impertinencia.

Gratz no era un hombre paciente y si hubiese sido otra cualquiera la habría echado al instante de una patada, pero su instinto le decía que esa mujer ocultaba algo.

—Si quieres limitarte a servir siendo invisible, te recomiendo que lo hagas en cualquier casa

de buena familia, porque lo que se hace aquí es algo diferente. No creo que tengas problemas —alegó, levantándose de la silla—, eres una mujercita muy fina.

La observó de arriba abajo para que ella se sintiese algo incómoda, pero parecía no afectarle.

—Si he venido aquí es porque deseo trabajar aquí —respondió con aplomo, devolviéndole la mirada fría.

—No tendrás referencias, entonces. ¿Te despidieron? —insinuó.

—No tengo ninguna clase de experiencia —confesó—. ¿Las tenía usted cuando empezó a trabajar aquí?

Era lista. Le gustaban las listas, solían ser un soplo de aire fresco.

—¿Por qué no me sirves una copa de ese vino? A ver qué tal lo haces —propuso, señalando la copa y la botella encima de la mesa.

Ella no dijo nada, pero cogió la botella, le sacó el corcho y sirvió el vino en la copa. Se la entregó alargando el brazo en una mueca llena de interrogantes.

—Vamos a ver, ratoncita, así no se da una copa. ¿Acaso eres una cortesana?

—¡Por supuesto que no! —exclamó, indignada ante su afirmación—. Deje de llamarme así.

—Entonces haz lo que te digo —ordenó Gratz, volviéndose a sentar—. A mi derecha, venga hablamos. Desabróchate dos botones del vestido.

—¿Perdón? No soy una cualquiera —se quejó.

—Tienes que parecerlo un poco. Ahora inclínate hacia adelante y deja la copa delante de mí. Sonríe, con esa cara de nutria no tendrás propinas.

Ella fingió una sonrisa mientras hacía lo que le decía. Sin previo aviso, la cogió por la cintura y le dio la vuelta, apresándola entre él y la mesa.

—¿Qué está haciendo? —musitó ella, poniéndose nerviosa, faltándole el aliento.

—A veces los lores son un poco tocones, debes aprender a deshacerte de ellos, ratoncita. ¿Qué harías tú?

—Abofetearle —soltó ella.

—Mal. Es un cliente, no lo olvides. Lo que tienes que hacer es susurrarle en el oído que estás trabajando, y que si quiere compañía femenina, en el segundo piso hay mujeres dispuestas a darle la mejor noche de su vida. ¿Puede hacer eso?

Vio cómo asentía. Apoyó las manos en la mesa para no desestabilizarse, y se inclinó hacia su oído tal y como le había dicho. Lo hizo despacio, estaba temerosa, igual que si la cercanía con un hombre fuese totalmente nueva para ella. Iba tan despacio que pudo apreciar el olor de su perfume de lavanda que desprendía su cuello. El cálido aliento chocó con su piel, e hizo que se le erizase.

Un pinchazo en su entrepierna le advirtió que estaba jugando a un juego peligroso. No era inteligente continuar, pues esa muchacha no tenía experiencia alguna, se veía a leguas de distancia y en ese sitio duraría, a lo sumo un par de semanas, no más.

—Estoy trabajando, ¿sabe? Si desea... ¡ay! —exclamó de golpe, alejándose de él.

Alzó la mano con una mueca de dolor. Gratz vio que en el dedo índice se había clavado una astilla de madera.

—No es nada —la tranquilizó, llevándose el dedo a la boca.

Lo chupó ante el asombro de la muchacha, sacando la astilla con rapidez. Un rubor adorable

cubrió su rostro, y se le antojó tierna y apetecible, demasiado.

—Gracias. Es usted un hombre de muchos recursos —musitó.

—No te lo imaginas. ¿Cuál es tu nombre? —preguntó él.

—Lilian... Lilian Marsden.

Gratz frunció el ceño, sabiendo que o era mucha casualidad o no era posible. Y él no creía en las primeras.

—¿Lilian Marsden? ¿Estás segura? —cuestionó.

—Sí, claro. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque no parecías muy convencida. No eres de Londres, ¿verdad, ratoncita?

—No, de Sussex —susurró—. Mis padres murieron, así que debo buscarme la vida. ¿Va a darme el trabajo?

Gratz sabía que no debería hacerlo, era una pésima aspirante y sin experiencia. Y una mentirosa. Lilian... podía ser su nombre, pero Marsden no era su apellido. Porque así se apellidaba él, y su madre.

Las monjas le habían puesto ese apellido al encontrarla en esa misma localidad, en Yorkshire. Era demasiada casualidad que Lilian fuera su nombre cuando recordaba que la niña de salud delicada llevaba el mismo, y siendo de Sussex, se apellidase así. Esa mujer no había acabado por nada en el *Red House*, y quizás le estaba buscando a él.

—Es tuyo. Empiezas esta noche, ratoncita —le anunció.

No pensaba quitarle los ojos de encima.

## Capítulo 8

### LA INFORMACIÓN ES PODER

Una completa locura, eso era en lo que se había metido. Elena daba vueltas por la habitación estrujándose los sesos pensando en qué demonios podía hacer para obtener cierta ventaja. Porque si algo tenía claro era que la información era poder.

—¿Milady? Disculpe que la moleste —llamó Myrna a la puerta.

—Pasa —respondió aún con el pensamiento en las nubes.

—Su hermana está abajo, en el salón —anunció entonces.

Aquello la interrumpió abruptamente. Si su hermana estaba allí significaba que tendría otra distracción que añadir a la lista, algún baile o evento que no podría rechazar. Maldijo en silencio y bajó las escaleras peldaño a peldaño, recordando las veces que lo hacía corriendo, ganándose la regañina de su padre. Ella entonces solía quejarse alegando que Wen también lo hacía y a ella nadie le decía nada.

«¿Por qué Wen puede hacerlo y yo no?» se quejaba constantemente.

La respuesta variaba según la época. Durante un tiempo fue que ella era mayor, luego que Wen no era tan torpe o que Wen no se convertiría en una buena dama. Pronto entendió que el problema no era Wen, sino su padre y esa manía irracional que le tenía.

Ella adoraba a su padre, pero también a Wen. No comprendía y nunca llegó a hacerlo, el por qué de ese odio que había entre ellos y ese desprecio mutuo. Hasta la temporada pasada cuando descubrió que las cosas en el *beau monde* no eran lo que parecían. Su hermana Wendoline solo lo era por parte de madre, y su padre conocía ese secreto.

Había decidido esperar a preguntarle a su hermana si ella sabía todo lo que había ocurrido entre sus padres y si conocía a su verdadero progenitor, pues antes de casarse con el duque, tuvo ciertos problemas relacionados con la herencia. Pero ya no los tenía, y estaba decidida a retomar aquella conversación.

Sentada en el sofá del centro estilo Luis XV, con tapices floreados amarillos y rosas, estaba su hermana con una taza de té en la mano.

—¿Desde cuándo tomas tú el té? Tu señor Leverton está siendo una mala influencia —susurró nada más cruzar la estancia.

Su hermana dejó una sonrisa torcida, falta de expresión. Estaba pálida, sin brillo ni en su rostro ni en sus ojos. Sin duda, parecía algo enfermiza, y su delgadez se veía algo extrema.

—No es lo que yo bebería pero... estaré un tiempo lejos del champán. ¿Te encuentras bien? Hace siglos que no sé nada de ti.

—Estupendamente. La que parece que no se encuentra muy bien eres tú... —indicó sentándose a su lado—. Deberías descansar, parece que estés muy cansada —exclamó al ver las ojeras purpúreas debajo de los ojos.

—Oh, me he pasado tres días enteros metida en la cama, no aguantaba más así que he venido a visitarte. Franklin está en el carruaje esperando, quería asegurarse de que estoy bien, ya le conoces —dijo en un hilo de voz, y Elena supo que algo iba muy mal.

—¿Qué ocurre, Wen? —musitó frunciendo el ceño.

Ella tragó saliva y respiró hondo. Los ojos se le empañaron, destilando un verdor inusual y maravilloso que pocas veces había visto.

—Ya no estoy en estado —resumió, evitando extenderse.

Elena se inclinó hacia ella y la abrazó con fuerza. Siempre sabía cuándo su hermana necesitaba un abrazo, y ese momento era uno de ellos. Percibió el temblor de su cuerpo y la contención de ese llanto que guardaba en el pecho.

—Lo siento mucho, Wen. Lo siento muchísimo —repitió, queriendo protegerla de ese dolor que parecía traspasar su cuerpo y aferrarse al aire que envolvía la estancia, pudiendo incluso respirarlo.

No supo cuánto tiempo estuvo consolándola hasta que el té se enfrió y Wendoline al fin pudo calmarse.

—Fue extraño, ¿sabes? De un día para el otro ya no estaba. Ni siquiera lo sabía, pero en cuanto lo noté, ese vacío terrible me inundó, y fue como si me faltase una extremidad o cualquier parte del cuerpo —reconoció, deshaciéndose de un par de lágrimas con el pañuelo que había sacado del bolsillo—. El médico dijo que durante las primeras semanas era habitual, formaba parte de los riesgos y que todo estaba bien. Sin embargo... no había caído en que todavía no tengo ese heredero.

—¿A qué te refieres?

—A que no sé si recuerdas que la corona nos concedió de forma extraordinaria la herencia del vizcondado de Cassynham a condición de que yo me desposara y tuviese un heredero para trasladárselo.

Por supuesto que lo recordaba, Wen había estado toda la temporada anterior buscando marido por esa misma razón.

—Querida, acabas de casarte, no creo que haya prisa en estas cosas. ¿Estás preocupada porque yo no vaya a tener esa herencia?

Wen tragó saliva y asintió.

—No te dejaría nunca en la estacada, ya lo sabes, pero la dote no será la misma, aunque estoy segura de que Franklin será muy generoso...

—No te preocupes por eso —exclamó, iluminándose de golpe—. No creo que vaya a necesitar ese dinero.

—¿Por qué lo dices? ¿Acaso no decías que tu aspiración era casarte con alguien perfecto e ideal?

—Sí, pero hay algo que no te he contado... es muy reciente y puede que no te guste demasiado.

—¿A mí? Pero si ya sabes que soy la infame Wendoline Connynham, enemiga de la moral y de la buena sociedad —susurró, animándose un poco.

—Ahora eres una duquesa. Lo único que puedo decirte es que.... estoy viviendo una aventura, una aventura de verdad.

—¿Qué clase de aventura? —preguntó con el ceño fruncido.

—Una que conlleva la búsqueda de un tesoro pirata —murmuró Elena con la voz contenida de la emoción.

En el fondo, poder compartir aquel secreto con su hermana era lo que deseaba. También ella misma, muy a su pesar, estaba encantada con todo aquello pese a disimularlo ante el detestable señor Bradford y a decirse a sí misma que se estaba metiendo en un lío. Uno que no le disgustaba en absoluto.

—Vaya, vaya, así que la pequeña Connynham está haciendo travesuras... me alegro de que lo hagas. Eso sí —le advirtió—, si te metes en líos, procura que la gente no lo sepa. ¿Necesitas ayuda?

—No, en realidad tengo un socio. Es un poco engreído y muy pesado, pero tiene inteligencia y medios suficientes como para haberle aceptado —suspiró—. Qué digo, en realidad le necesitaba porque tiene la otra pista del tesoro.

¿Inteligente el idiota de Bradford? Hizo una mueca disgustándose, porque sí, lo era.

—Espero que este socio no sea un rufián de tres al cuarto.

—Es un caballero, o eso se le considera. Yo no lo tengo tan claro —remugó.

—Siempre has tenido las expectativas demasiadas altas en cuanto a los hombres se refiere, querida. Pero son seres humanos y también se equivocan, cometen faltas, dicen estupideces... como nosotras. En fin, debo irme o Franklin aparecerá de un momento a otro, y no creo que desees eso porque intentará convencerte de que vengas a vivir con nosotros, y adiós aventura.

Elena asintió, y enseguida supo que la charla que deseaba tener con su hermana no iba a suceder, al menos no ese día.

—Claro. Iré a visitarte el sábado, para ver cómo estás.

—E informarme de tus progresos —añadió Wen.

—Por supuesto.

Le dio un cariñoso beso en la mejilla antes de que se levantase del sofá y saliera de allí poco a poco. Su hermana la preocupaba, nunca la había visto tan hundida, salvo aquella vez... y no le gustó, porque entonces fue cuando se fue de Londres desapareciendo más años de los que quisiera recordar.

Se dijo a sí misma que era diferente, que su dolor podía compartirlo, no como entonces. No, Wendoline esta vez no se marcharía.

—Milady, disculpe la intromisión pero... creo que había quedado con lady Frayes en...

—¡En la librería! —exclamó Elena acordándose de golpe y porrazo—. Rápido, tráeme el abrigo y el sombrero, voy a decir que me preparen el carruaje.

A toda prisa le ordenó al cochero que fuesen hasta Picadilly, el tráfico aquella tarde era fluido y no tardó en llegar a las puertas de Hatchard, la librería que Susan le había indicado por carta.

Echó una ojeada al reloj situado a un lado de la plaza, en aquella torre puntiaguda y vio que llegaba diez minutos tarde.

Casi sin aliento, entró en aquella tienda que olía a papel húmedo y a té recién hecho. Era la primera vez que estaba allí. Enseguida localizó a Susan en el pasadizo principal, observando los libros.

—¡Susan! —dijo saludando con la mano derecha.

La muchacha desvió la mirada hacia ella y sonrió tímidamente.

—Me alegro de que lo hayas encontrado —exclamó—. Es mi tienda favorita. ¿No es maravillosa?

No quiso contradecirla y asintió, pero a su parecer era muy parecida a todas las demás librerías en las que había estado.

—Creo que aprovecharé para buscar un libro, ya que estoy aquí. ¿Crees que van a tener cosas sobre piratas? —cuestionó teniendo una magnífica idea.

—Seguro que sí. ¿Es un libro de aventuras? —preguntó, guiándola hasta uno de los pasillos exteriores.

Había llegado a sus oídos que la madre de Susan Frayes era terriblemente exigente, que la tenía sometida a sus ocupaciones con regularidad monástica. Sin embargo, ella había recibido del azar un alma sensible para sentir el vacío de tal existencia. A veces sus ojos azules se elevaban como para interrogar al universo qué era lo que estaba haciendo con ella, y eso Elena lo percibía.

Sí, Susan Frayes entendería a la perfección la necesidad de aquella aventura.

—Más bien una biografía.

Escudriñó su cara para buscar indicios de que lo que estaba diciendo era extraño, pero no los encontró.

—Quizás deberíamos haber ido a algún archivo, donde guarden periódicos de la época... ¿por qué te interesa la vida de un pirata? ¿Es para escribir? Oh, lo siento, no debería... pero todas las veces que nos hemos visto tenías tinta en los dedos y he atado cabos —aclaró.

—No, nada de eso. Verás... —empezó a decir, pero antes de continuar arrastró a Susan hasta la parte más alejada de la tienda— esto es alto secreto y debes jurarme que no se lo confesarás a nadie.

Susan asintió enseguida, ruborizándose.

—¿De qué se tra-trata? Disculpa, pero cuando me pongo nerviosa ta-tartamudeo —alegó.

—Me he dado cuenta, es encantador. Verás, mi padre encontró junto con otros dos hombres más hace años, las pistas para hallar un tesoro pirata.

—¿Un tesoro? ¿Y de qué pirata?

—El del capitán Edward Low. Son tres pistas, y cada uno de ellos se quedó con una. Ignoro por qué lo hicieron o si tenían planeado en un futuro juntarlas... pero dos de esos tres hombres están muertos, quedando solo el infame Farewell con vida.

—No conozco a ningún señor Farewell. ¿Estás segura de que las pistas son auténticas? —cuestionó.

—No lo sé, pero ese hombre parece que sí. Incluso ha llegado a amenazarme para que se la dé.

—¡No! —exclamó Susan en un grito ahogado por su propia mano—. Elena, esto es...

—¿Peligroso? Lo sé. Por eso me he asociado con la otra persona que tiene la otra pista...

—¿De quién se trata?

—Christian Bradford —escupió con desagrado—. No es mi persona favorita como puedes comprobar, pero es mejor él que Farewell. Así que necesito información sobre el tal Low.

—Por eso me preguntaste sobre Bradford en los jardines el otro día... —dedujo su amiga—. No es mala persona, un poco tarambana según su hermana, pero bueno.

—Es insoportable —dijo con fastidio—. Dejemos el tema, ¿sabes algo sobre ese pirata?

—Sé que se convirtió en pirata después de que su mujer falleciera durante el parto de su hija. Era inglés pero vivía en América.

—Así que al principio era un hombre de familia... ¿cómo se pasó a la piratería? Y lo más importante, ¿cómo pasó a ser el temido capitán Low? Particularmente sanguinario, además —se preguntó en voz alta.

—Por aquel entonces la reputación lo era todo entre los piratas. No te respetaban si no eras malo...

—Es una buena deducción, sin duda.

De pronto Susan sonrió, zarandeándole la mano.

—¡Dios! Ya sé a quién podemos preguntarle. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Mi madre tiene un hermano mucho mayor que ella, vive en Yorkshire retirado y fue capitán de la Marina Real. Estoy segura de que conoce la historia de ese pirata, además de que es un hombre muy... dejémoslo en liberal.

—¿Liberal en qué sentido?

—Bueno... es de los que no se cortan un pelo al hablar y se dejan de florituras. Como es un capitán jubilado, puede permitírselo. Hace siglos que no lo veo, pero podríamos hacerle una visita.

—¡Es una magnífica idea! Podemos alojarnos en mi casa, también está en Yorkshire casualmente —aludió—. Aunque voy a necesitar una excusa para ello... podría pedirle a mi hermana que organice un evento allí de un par de días muy exclusivo.

—Sería estupendo.

También pensó que a Wen ese tipo de distracciones le irían la mar de bien. Se mordió el labio pensando en si debería invitar al señor Bradford... al fin y al cabo eran socios en eso, ¿no? Se lo consultaría, y de paso le entregaría las páginas de su libro.

## Capítulo 9

### NO LO DIGAS

Christian Bradford estaba al tanto de todos los movimientos de Farewell hasta la fecha. Tenía a un jovencuelo espiando en la puerta de su taberna que les decía cada vez que entraba y salía de allí. Por eso cuando entraron en su despacho y le dijeron que venía hacia allí, supo que nada bueno tramaba.

—Gratz, cierra el salón principal y que nadie entre antes de que ese hombre llegue. No quiero darle la oportunidad de husmear donde no quiero que lo haga —dijo algo malhumorado.

Antes de que Gratz pudiera salir, llamaron a la puerta de forma insistente.

—¿Crees que es él? —susurró extrañado.

—No, el muchacho dijo que teníamos cinco minutos —respondió, y sin demora abrió la puerta.

Lo que vio al otro lado no le gustó ni pizca. Con el semblante enfurruñado y una capa con capucha que no disimulaba ni su rostro ni ese vestido blanco de debutante, se encontraba Elena Connynham.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —exclamó.

No debían verla en ese sitio de dudosa reputación. Y tampoco debía Farewell saber que ellos dos eran aliados.

«Maldita mocosa entrometida...», pensó mientras le hacía un gesto a Gratz con la cabeza para que saliera. Él mismo se encargaría.

—Creo que habíamos quedado en que...

—Mira, ninfa, quedamos en muchas cosas, pero precisamente ahora no tengo tiempo de escucharlas. ¿Sabes quién viene hacia aquí, ahora mismo? Tu gran amigo Farewell. Supongo que te acuerdas de él.

Era una pregunta retórica, pero aun así ella la respondió.

—Cómo olvidar a semejante sabandija. Estoy segura de que si se muerde la lengua, se envenena con ella. Oh, ¿qué está haciendo? —preguntó cuando la cogió de la mano y la arrastró hasta el único armario de su despacho.

Nunca lo usaba, apenas tenía un abrigo colgado en él y pensó que era el escondite perfecto.

—Métete aquí y no hagas ningún ruido, ¿de acuerdo?

—Pero... ¿por qué? —susurró en cuando estuvo dentro.

Christian suspiró, mirando esos ojos tan oscuros como los de un cuervo, pero en ella se veían

deliciosos.

—No quiero que Farewell sepa que somos socios y que le llevamos tanta ventaja, y por encima de todo, no quiero que sepa que estás bajo mi protección. Intentaría dañarte a toda costa.

—No creo que necesite su protección, señor Bradford —espetó alzando el mentón.

—¿Estás segura? —susurró, acercándose a su rostro níveo.

Su piel apenas tenía imperfecciones, salvo ese lunar situado entre la oreja y el cuello. Se le antojaba irresistible.

—No creo que esté segura de nada en esta vida, si le digo la verdad.

Aquella confesión le hizo reír, y dejó una suave caricia en la mejilla antes de cerrar la puerta del armario. Ignoraba qué tenía aquella chiquilla pero podía pasarse largos minutos recordando cada detalle de su fisonomía. Quizás era la costumbre de ver su rostro últimamente lo que le hacía descubrir en él, de un modo insensato, las cualidades del alma, y acababa por borrar sus defectos uno a uno, porque no encontraba ninguno.

Respiró hondo, concienciándose de que Farewell estaría a punto de entrar. Se apoyó sobre la mesa, sujetándose en ella, expectante. Cuando llamaron a la puerta, contuvo el aliento. Abrió la boca para dejar caer un «adelante» brusco, y esperó.

Fue una sorpresa que no fuera Farewell sino otros dos, entre ellos Gratz, cuya expresión molesta le decía que algo que no sería de su agrado había ocurrido. La otra persona también era un viejo conocido, y respondía al nombre de Burun.

—¿Qué te traes entre manos con Farewell? —fue lo primero que preguntó nada más cruzar la puerta.

Aquel individuo de ojos marrones opacos lo miraba con un interrogante pintado en ellos. No parecía nervioso, sino al contrario, desprendía una calma absoluta que era incluso contagiosa.

—Quiere algo que yo tengo. ¿No ha venido al final? —preguntó confundido.

—Ha dicho que te entregue esto, no ha subido —respondió Gratz, alargándole un sobre.

Burun frunció el ceño. Esa respuesta no le satisfacía para nada.

—Cuando compraste el *Red House*, acordaste que yo supervisara el negocio periódicamente —le recordó.

—Lo sé.

—Y ahora el hombre con más negocios sucios de la ciudad está al acecho. ¿Quiere comprarlo?

—No es nada de eso, se trata de un asunto personal. Una herencia complicada.

Burun siempre le había parecido un hombre astuto. Originario de la India, su tez oscura y su cabello negro destacaban en esa Inglaterra poco acostumbrada a los extranjeros.

—¿Una herencia? ¿Tu madre está al tanto de eso?

—No, y tampoco quiero que lo sepa —exclamó—. No sé cuál es esa amistad que os une a ti y a mi madre, pero me gustaría que no la entrometieras en esos asuntos. Lo digo en serio, Burun, no le digas nada —zanjó la cuestión.

—Más vale que quede en una nimiedad —le advirtió—. Con Farewell no se juega.

—Lo sé —susurró—. Lo sé muy bien.

Su madre, Hilary, era de esas personas que solían hablar de casi todo, excepto de su pasado, y en él estaba Burun. No sabía de dónde había salido ni tampoco de dónde se conocían, pero era un

hecho que desde que Burun había vuelto a Londres y se habían reencontrado, se les solía ver juntos.

—Ten cuidado —le advirtió—. Y no dudes en llamarme si necesitas ayuda.

Christian asintió antes de sentarse en la butaca. De reojo vio cómo tanto él como Gratz salían de allí, quedándose a solas. Palpó la carta que tenía en la mano derecha y la abrió sin demora.

Señor Bradford,

Le escribo esta carta para proponerle una asociación temporal. Creo que ni usted ni yo vamos a lograr nada sin juntar las vistas que tenemos. Sé de buena tinta que usted y lady Connynham están juntos en esto, así que por el bien de la susodicha ya puede aceptar ese gesto de buena voluntad.

FAREWELL

Tendría que haber supuesto que tarde o temprano descubriría que Elena Connynham estaba de su parte.

«¡Diantres! Sigue dentro del armario», recordó de golpe, levantándose para sacarla de allí.

Nada más abrir el armario se encontró con que Elena Connynham estaba de brazos cruzados y cara de malas pulgas.

—¿Le parece bonito? Tenerme aquí encerrada como a un perro... —farfulló, apartándolo de su camino para salir.

—Perdona, pero creí que venía Farewell y no era conveniente que te viese por aquí. De hecho —exclamó alzando un poco la voz—, una señorita como tú no debería haber venido hasta aquí. ¿En qué estás pensando? ¿Quieres arruinar tu reputación?

—¿Ahora te preocupa mi reputación? —respondió ella indignada.

Una lámpara astral vertía esa luz amarilla que suelen mostrar esos cuadros de Velázquez o Rembrandt. Su luz caía por encima del rostro de Elena. Su busto parecía moverse en un círculo de fuego que hacía embellecer más vivamente las líneas de su cabeza y la iluminaba de una manera asombrosa. Le pareció que no era un ser de este mundo, y al igual que la primera vez, su belleza sobrenatural lo golpeó.

—Siempre me ha preocupado —susurró, acercándose un poco más a su cuerpo—. No creas que soy alguien insensible y falto de escrúpulos.

Ella tragó saliva y negó con la cabeza. El moño se le había deshecho y unos mechones casi transparentes se le caían por encima del hombro.

—¿Acaso te preocupó cuando entraste en mi casa como un ladrón? ¿O cuando me besaste?

Cuando Elena quiso retroceder hacia el interior del armario, Christian asió con habilidad la tela de su vestido, atrapándola.

Fue incapaz de alejarse, él lo notó. Y él tampoco fue capaz de hacerlo.

—Fue en lo último que pensé... —confesó con dulzura, inclinando la cabeza.

La presión de sus labios hizo que ambos se tambaleasen, y él la atrajo firmemente hacia sí. Jugó con ella con suavidad, separándole los labios con la lengua después de rozarla con la suya. Sintió su respiración acelerada, cómo se agarraba con sus manos al extremo de la chaqueta.

Él deslizó la mano hacia su nuca e hizo que inclinase la cabeza hacia atrás, exponiendo su cuello níveo.

—Como ahora... ¿verdad? —musitó ella.

Las caricias y besos que iban desde detrás de la oreja hasta el extremo de escote lo volvían loco. Nunca se había acercado a una mujer si esta no lo deseaba o lo habían convenido, no era de los que perdían el tiempo seduciendo a alguien fuera de su alcance, como a una debutante o una jovencita en edad casadera.

Pero Elena era diferente.

—Yo sería el menor de tus problemas si te encontrasen aquí, ninfa... —reveló en su oído con un susurro ahogado.

Era irresistible, entonces y ahora. Cuando olía su piel y respiraba su aliento, se convertía en un ser distinto al que solía ser. Toda apatía e indiferencia desaparecían, acercándose un poco más al hombre que antaño había sido, enérgico y valiente.

—Puede ser... pero no debería... —musitó dejándose llevar por sus caricias.

No debería, ella tenía mucha razón. Ese pensamiento hizo que se detuviera, pero sin dejar de sujetarle la nuca.

—¿Qué haces aquí? ¿Me echabas de menos?

—Por supuesto que no —dijo ella, volviendo a la realidad.

De un manotazo le apartó el brazo y se dispuso a enderezar el moño con ciertas carencias.

—¿Entonces?

—Venía a traerle mis páginas y a... invitarle a un evento. No se crea que lo hago porque seamos amigos ni porque me agrada, señor Bradford —le aclaró—. En el fondo ese evento lo realizo para poder ir hasta Yorkshire.

—¿Y para qué quiere ir hasta Yorkshire?

—Para visitar al capitán Price, es el tío de una buena amiga, que estuvo en la Marina Real. Seguro que sabe la historia de Edward Low mejor que nadie —explicó mientras intentaba ocultar una media sonrisa.

—Bien pensado, la información nunca viene mal. ¿Y cuándo sería ese evento?

—Este mismo fin de semana. Lo tendré todo organizado, será una velada íntima y nos podremos escabullir junto con Susan para visitar a su tío sin problema alguno. ¿Qué le parece?

Un fin de semana durmiendo bajo el mismo techo que ella le parecía divino. Pero no podía pensar en esas cosas, al fin y al cabo estaba claro que Elena Connynham estaba hecha para casarse con uno de esos pavos reales que la llevasen de adorno a cualquier velada, y ella estaría encantada. Él nunca sería alguien en el que ella se fijaría, al menos no con fines serios.

—Perfecto. Llevaré a Gratz para nuestra seguridad y a un par de hombres más —le informó.

—Ni hablar. Estaremos en mi casa, en Yorkshire, no creo que Farewell llegue tan lejos...

—No hay discusión posible —le espetó.

—¿Cómo que no? Si te estoy diciendo que es un evento distinguido, no puedes llevar a tus matones. ¿Acaso no me escuchas? Maldito engreído...

Tenía ganas de cerrarle la boca con la suya propia, pero en vez de eso se acercó a gran velocidad y la aprisionó entre su cuerpo y la pared, haciéndola enmudecer de golpe.

—Mira, ninfa, no me hagas discutir cosas que escapan a tu entendimiento. Farewell, si te quiere muerta, puede hacerlo chasqueando los dedos, cosa que yo no voy a permitir. Así que vas a dejar

que vaya con la mismísima guardia real si es necesario.

—¿Quieres... protegerme? —preguntó entonces con la voz mucho más tierna y voluble.

—Es exactamente lo que estoy intentando.

Tras unos segundos en silencio, abrió la boca.

—¿Por qué?

Era demasiado complicado como para hacérselo entender, así que decidió que lo único que podía decir era algo en términos generales, abstracto.

—No podría soportar una muerte sobre mi conciencia —respondió con la voz aterciopelada.

Elena asintió, sin insistir en ello.

—Se lo agradezco, señor Bradford.

—Christian —replicó él—. Llámame Christian. Ahora somos socios, ¿recuerdas?

—Christian —pronunció en un susurro.

Había sido igual que si le hubiese proferido una caricia. De forma pausada, se alejó de ella volviendo al sillón. Era mejor que lo dejase ahí porque si no... no sabía de lo que sería capaz, no con ella.

—Uno de mis hombres te llevará a casa, para tu seguridad. Si quieres verme, mándame una carta e iré yo la próxima vez.

—Como quieras.

—¿Y las páginas?

Elena se sobresaltó, palpándose la parte delantera de la capa con expresión de horror.

—Oh, no puede ser. ¡No es posible! Se me han debido de caer al venir hacia aquí con las prisas —se lamentó.

—No te preocupes, ninfa, ya volverás a escribirlo. Puede que sea lo mejor.

—¿Lo mejor para quién?

—Si la historia era sobre piratas, ten en cuenta que a lo mejor estabas equivocada en ciertas cosas. Es mejor que esperes a ver qué dice el capitán, y a partir de ahí volver a escribir —propuso.

—Sí... tienes razón. Tampoco era demasiado bueno.

—Eso deja que lo juzgue yo. Buenas noches, ninfa.

—Buenas noches, Christian.

Podría haberla consolado de una mejor manera, y era patente su disgusto, pero decidió mantener las distancias. Al fin y al cabo, lo último que necesitaba en ese momento era una distracción, y Elena podía ser la mayor de todas.

## Capítulo 10

### BELLEZA

En un amanecer lluvioso, Gratz, cuidadosamente envuelto en su abrigo, permanecía bajo el alero de la tienda que se encontraba enfrente del *Red House*, y parecía examinarla con un entusiasmo de arqueólogo. En verdad, esa reliquia de la nobleza podía ofrecer al observador una vista privilegiada de la arquitectura neoclásica de principios de siglo, pero esa no era la razón por la cual Gratz lo hacía.

Se había detenido momentáneamente para atarse un botón de la chaqueta, notando que las gotas empezaban a caer de forma intermitente, y al levantar la vista hacia el cielo, la vio a través de la ventana del primer piso.

La cara de una joven, algo adormecida y cansada, apareció coronada por una papalina encañonada de muselina, que le daba a su rostro un aire falso de inocencia. Aunque cubierta por una tela parda, podía distinguir su silueta a través de ese mismo vestido que llevó la noche anterior. Ninguna expresión alteraba la ingenuidad de aquel rostro, ni la tranquilidad de aquellos ojos que merecían ser immortalizados en cualquier lienzo. Un encantador contraste producido por la juventud de las mejillas de ese rostro con el cansancio de las arrugas bajo sus ojos lo inquietaron.

Había estado trabajando toda la noche, igual que él.

Lilian, apenas despierta, dejó vagar sus ojos nublados sobre los tejados y miró al cielo; luego, por una especie de costumbre, los bajó sobre las sombrías regiones de la calle, donde lo encontraron a él.

Una punzada extraña en la nuca hizo que desviara la mirada, volviendo sus pasos hasta la entrada del club. Estaría a punto de acostarse, como él. La habitación de las camareras que pagaban un alquiler estaba en el tercer piso, igual que la suya propia. No estaría de más preguntar cómo le había ido su primer día, y de paso rebuscar un poco sobre quién era realmente esa mujer.

Subió los peldaños de dos en dos hasta el pasillo central, quedándose en un rincón. Esperaba que aún no hubiese subido y, por ende, encontrarla antes de que entrase en su cuarto.

No tuvo que permanecer allí mucho tiempo, pues apenas habían transcurrido un par de minutos, escuchó el chirrido de las escaleras y unos pasos huecos acercarse. Enseguida se asomó ella con los bucles desrizados, las ropas arrugadas, y con un rostro semejante al de todos aquellos que, requeridos por el sueño, parecen muertos vivientes.

—¿Cansada, ratoncita?

Ni siquiera lo miró, siguió caminando hasta llegar a la puerta más hacia el extremo norte.

—Mucho —respondió con desgana.

—Espero que no hayas tenido que ...

No continuó al ver que se tambaleaba. En varias zancadas estuvo detrás de ella, sujetándola. Se había desmayado. Como pudo, la sujetó cogiéndola por la cintura mientras que abría la puerta con la otra mano. La llevó hasta la pequeña cama colocada en el centro de la habitación, sin saber muy bien qué hacer.

—¿Lilian? Oh, mierda —musitó al ver que no reaccionaba.

La tumbó por completo y comprobó que respirase. Al menos lo hacía. Buscó la jarra de debajo, seguía estando llena de agua, así que mojó un poco su frente, para ver si así lograba despertarla.

—Estoy bien —susurró ella sin llegar a abrir los ojos—. No es nada, no te preocupes.

—Me has asustado, mujer. ¿Te duele algo?

Lo miró tan tiernamente que él mismo enrojeció y bajó los ojos. ¿Qué diantres le ocurría?

—No. No —reiteró, por fin abriéndolos—. Gracias. No esperaba... no te esperaba por aquí. Será mejor que duerma un poco, estoy exhausta.

—¿Eso es todo? La gente no suele desmayarse de cansancio, ratoncita.

—Yo sí. Solo necesito descansar y comer algo.

—¿Cuánto hace que no comes?

—No lo sé... desde ayer, supongo.

Farfulló una maldición. En sus ojos vivos había pasión y ternura; y su corazón, esencialmente bueno, no los desmentía. Pero aun así, hacía lo posible para alejarse de esa realidad disimulando indiferencia hacia todos.

—Ahora vengo, no te muevas.

Como un rayo bajó las escaleras hasta la pequeña cocina situada en los bajos, y una vez hubo cogido un trozo de pan y una manzana, subió de nuevo con la misma rapidez. Encontró a Lilian incorporada, apoyando su espalda a la pared.

—No tendrías que haberte molestado —expresó al ver lo que traía, pero no lo rechazó—. Eres un buen hombre en este nido de víboras.

Desmenuzó el pan y fue llevándose a la boca poco a poco ante su atenta mirada. Parecía uno de esos pájaros comiendo los restos de comida en un rincón de la calle.

—No se lo digas a nadie, luego la gente piensa que te has ablandado y no te respetan.

—Lo entiendo. ¿Llevas mucho tiempo por aquí?

—Lo suficiente como para ser la mano derecha de Bradford —exclamó.

—Ya. ¿Te suena haber tenido por aquí a algún Marsden?

Ese era el tipo de pregunta que esperaba. Sin duda, tenía algo que ver con su pasado.

—Es un apellido común, pero sí, me suena... creo que Matthew... —tanteó entonces, para ver si caía en su propia trampa.

—Matthew, sí. Es mi primo. Vine porque me dijeron que podría encontrarle aquí. ¿Ya no trabaja en el *Red House*?

Él no tenía ninguna prima. ¿A qué jugaba esa muchacha? La miró a los ojos, escrutándolos.

Era rubia, con una blancura propias de una mujer cuyas generaciones anteriores también lo fueron y tenía unos ojos dispares dignos de estudio. Presentaba con nobleza una boca pecaminosa propia de ángel caído que se enorgullece de su falta y no quiere en absoluto el perdón. Sus cabellos poco abundantes y trenzados hacia arriba por encima de los bandos se hallaban dispersos y aumentaban aún más la majestuosidad de su cabeza. Su imaginación colocaba sobre las espirales de aquella cabellera dorada un halo de luz celestial que lo tenía ensimismado y volvía a encontrar, en los ojos brillantes de aquella mujer, el valor de una joven fuerte y decidida.

Estaba dispuesto a rechazar la audacia de su mentira, pero lejos de hacerlo, al verla expectante y tan llena de ternura y de anhelo, titubeó.

—Trabaja aquí —confesó.

El contorno de su cabeza, admirablemente colocada sobre un largo cuello blanco y las facciones de su rostro delicado y su fisonomía movable tenían un matiz de ironía afectada que se asemejaba un poco a la astucia y a la impertinencia.

—¿De veras? ¿Qué turnos hace? Me gustaría decirle que estoy aquí. Aunque es probable que no me recuerde, yo apenas era una niña cuando él se marchó...

—¿Cómo era Matthew de niño?

Lilian suspiró, bajando la mirada.

—Yo solía espiarle. Él nunca me vio, creo, pero yo sí le veía a él jugar en la parte trasera de la casa, cuidar los caballos... yo lo envidiaba y quería ser su amiga, pero no me dejaban salir. Era un niño muy obediente, despierto y alegre. Estoy deseando encontrarme con él —afirmó.

Gratz parpadeó varias veces, sin dar crédito a lo que escuchaba. ¿Realmente lo conocía?

—Le diré que pase a verte —masculló con un hilo de voz—. Ahora me voy a dormir.

—Claro, gracias por todo. Oh, por cierto, ¿el señor Farewell viene a menudo por aquí?

—¿El señor Farewell? ¿De qué conoces tu a ese hombre?

—Bueno —se ruborizó—, yo de nada. Mary me dijo que era un hombre peligroso. No me gustaría que viniera gente peligrosa, ¿sabes? De los que no les guste que los aparte... —insinuó.

—No, no viene casi nunca. En realidad tiene la entrada prohibida al club.

Gratz tragó saliva buscando una excusa para marcharse. Ya no le necesitaba, estaba bien. Aun así, no quería irse.

—Por cierto, tienes... se te ha ensuciado mucho el pelo con hollín. A esta hora la niebla empieza a subir, se quema carbón cuando la gente se levanta. Espera, siéntate aquí —señaló la única silla que había en la habitación.

Gratz obedeció expectante. No adivinaba qué era lo que pretendía, pero se sorprendió al ver cómo levantaba del suelo la palangana y el jarrón con agua hasta dejarlos encima de la cama. Del cajón de la mesilla de noche sacó una pastilla de jabón casera y empezó a embadurnarle el pelo con ella.

—¿Vas a lavármelo? —cuestionó sin dar crédito.

—Es la primera vez que hago algo así, no me lo tengas muy en cuenta. Por cierto... no me has dicho tu nombre —puntualizó antes de tirarle hacia atrás la cabeza.

—Gratz —musitó.

No lo trataban con tanta delicadeza desde hacía mucho tiempo. En concreto, desde que era ese

niño que ella había descrito. Palideció como un hombre a punto de desfallecer cuando notó cómo deslizaba el agua por encima de su cabeza y frotaba su cabello con destreza, alternando movimientos suaves con algunos más rápidos. De sus ojos brotaron algunas lágrimas pero las contuvo, secándolas al calor de su propia desesperación. Hacía tanto que nadie lo acariciaba de esa manera, desinteresada y tierna, que el corazón se le detuvo.

—Nunca había escuchado un nombre como ese, no me gusta demasiado —dijo de forma sincera.

Él no pudo dejar de contemplar el rostro expresivo de Lilian, y de admirar en él esa confianza cautivadora del espíritu que todavía no ha sido desgarrada por las crueles enseñanzas de la vida mundana, pero que a la vez es consciente de ellas.

—No soy un hombre común, si es que no te has dado cuenta. ¿Por qué haces eso? No soy nada para ti, tendrías que estar durmiendo.

No era su intención herirla, más bien al contrario, había en sus palabras cierta admiración, algo de halago y necesidad de comprender qué la movía a hacer eso.

—Es de bien nacido ser agradecido. Me has dado este trabajo y me has ayudado. Voy a cuidar de ti, porque parece que nadie lo hace... ya estás limpio.

Enjuagó su cabeza con un paño. Luego deslizó uno de los dedos por su mentón con brevedad.

—Podría no ser así. Podría estar casado y tener tres hijos.

—Podrías, pero llevas barba de cinco días y desde que te he conocido que no te has marchado de aquí. Si tuvieras familia, estarías con ellos. ¿De dónde has salido?

No era una pregunta que fuese a responderle con sinceridad.

—Como muchos, no sé quién fue mi padre y apenas conocí a mi madre. Solo soy un huérfano que supo hacerse un camino. Abundan en esta ciudad.

—Lo he notado. Es una pena la cantidad de niños que vagabundean por aquí... alguien debería hacerse cargo de ellos.

No lo decía por decir, se le notaba la preocupación en la voz. Su hermosura relucía aun en las tinieblas, en esa ciudad de hollín y de bruma, de lluvia traicionera. Parecía una oda a la primavera en medio de un crudo invierno.

—De utopías no vive el hombre. Gracias por limpiarme el pelo, también era mi primera vez —confesó con la voz algo afectada.

—Parece que se nos da bien eso de realizar cosas nuevas el uno con el otro. ¿Ibas a dormir?

—Voy a dormir —reparó—. Y tú deberías hacer lo mismo. Es tarde.

—Lo sé, lo sé y... te parecerá estúpido, pero es la primera vez que duermo fuera de la que fue mi casa. Hoy es el día de las primeras veces.

—Eso parece. Anda, vete a dormir, ratoncita —insistió, levantándose de la silla—. Mañana será mejor.

Vio cómo Lilian abría la cama y se metía dentro después de quitarse los zapatos, sin molestarse en desvestirse y ponerse el camisón.

—Buenas no noches, Gratz.

Captó la sutileza que le había lanzado y sonrió antes de empujar la puerta para salir. No quiso mirar hacia atrás de nuevo, porque tenía la certeza de que entonces seguro que soñaría con ella.

—Buenas no noches, ratoncita.

Qué demonios, ¿a quién pretendía engañar? Iba a hacerlo de todas formas.

## Capítulo 11

### SUCEDIÓ EN YORKSHIRE

Elena Connyham pensaba que no podía tener peor suerte cuando pasó delante del recibidor y uno de los jarrones de porcelana de Limoges se cayó al suelo rompiéndose en cientos de pedazos. Era una colección muy preciada que había comprado su madre hacía tiempo.

—¡Virgen santa! Creo que alguien me odia —se lamentó dejándose caer en una de las butacas tapizadas con damascos anaranjados, a conjunto con las cortinas.

—Ni te preocupes, madre detestaba la porcelana —dijo Wendoline al entrar—. ¿Todavía estás llorando por las esquinas por la pérdida de tu libro?

Arrugó la nariz al escuchar nombrar sus amadas y perdidas páginas. ¿Acaso nadie tenía consideración por ellas?

—Por supuesto, estoy de luto —se quejó.

—Pues no veo que te hayas puesto el crespón ... es igual, pronto van a llegar tus invitados. ¿Quién viene?

Wendoline había aceptado ser la anfitriona de aquel fin de semana en el campo, pero realmente lo único que deseaba era pasar un tiempo lejos de la ciudad. Así que ella y su marido Franklin Leverton se habían instalado en Yorkshire junto con Elena, quien iba a manejar la situación.

—Susan Frayes con su madre, Christian Bradford también con su madre y un invitado sorpresa, el duque de Essex, James Grisham, y un par de viudas.

—Parece que la gente ha decidido viajar en familia. De Susan lo entiendo, desde que la madre enviudó debe sentirse sola, pero de Bradford...

—¿De qué conoces tu a Christian Bradford?

Su hermana se quitó el abrigo azul oscuro, observándose en el espejo cuadrado colocado encima de la consola.

—Coincidí con él en una ocasión.

Su respuesta vaga no le agradó. Era consciente de que su hermana tenía muchos secretos y que antes de casarse, cuando vivía en el extranjero, era un alma libre y con una reputación terrible. ¿Acaso Bradford y ella habrían tenido algo que ver en el pasado? No era de extrañar que se hubiese fijado en su hermana, era de una belleza y sensualidad aclamada unánimemente por toda la sociedad. Y Bradford era un hombre atractivo, debía reconocerlo.

La sola imagen de ellos dos... ¡diantres! Era horrorosa, apenas podía soportar pensar en ello. A

más inri, eso convertía a Bradford en el más odiado canalla de todo Inglaterra. Además de haber estado con su hermana, ahora iba besándola con total descaro. Había sido una estupidez pensar que quizás no era tan malo como creía, después de lo que dijo aquella noche en el *Red House*, pero todo había sido pura fachada, sin duda.

—Voy a supervisarlos todo —masculló levantándose del sillón.

Tenía que dejar claras sus prioridades, y eran encontrar el tesoro, nada más. Bradford solo era el medio para un fin, no debía pensar en él como un hombre atractivo, ni mucho menos soñar con hundir la mano en sus cabellos azabaches, ni tocar su rostro difuminado por esa barba de un par de días, y mucho menos revivir una y otra vez esos besos que la volvían completamente loca.

«Céntrate, Elena. Si Bradford va seduciendo a toda fémica que se cruza en su camino no tiene que importarte, él no es nada para ti», se dijo al llegar hasta el salón principal.

Eran socios, nada más. Socios que se besaban de tanto en cuanto, pero eso se había terminado. Ella misma era muy capaz de protegerse a sí misma, no necesitaba a ningún hombre y mucho menos que lo hiciese solo para limpiar su conciencia.

Aireó esos pensamientos en cuanto empezaron a llegar los primeros invitados, y dio gracias de que fueran Susan y su madre. La primera se encontraba retraída, con la cabeza baja y bastante callada. A Elena le dio la impresión de que su madre la intimidaba.

—¡Qué casa tan espléndida! Usted debe de ser la pequeña de las Conynham —expresó la mujer entrada en carnes.

Vestía de riguroso negro debido a su viudez, los guantes cortos de rejilla y joyas modestas. Se cubría las mejillas con tanto colorete que sus arrugas casi desaparecían y al estar algo rolliza aún parecía mucho más joven de lo que era: pero sus ojos, lejos de recibir un brillo ficticio de aquel carmín cargado, descansaban sobre una sombra descorchada de intuición, suspicacia y vejez.

—Así es. Es un placer conocerla, lady Frayes —dijo ella dejando una breve inclinación de cabeza—. ¿Cómo ha ido el viaje? Espero que no se le haya hecho muy pesado.

—Un poco largo sí se nos ha hecho, ¿verdad, Susan? No me iría nada mal descansar un rato. ¿Ha llegado algún invitado? No quisiera que nos vieses llenas de polvo del camino... Hace un par de días que no llueve, extraño, ¿cierto?

No supo con certeza cuántas preguntas y afirmaciones hubo lanzado aquella mujer desde que abrió la boca, pero decidió que no respondería a ninguna.

—Si quiere, Myrna le indicará cuáles son sus aposentos y allí podrá descansar. De mientras, Susan, ardo en deseos de enseñarte mis rosas, son la envidia de todo el condado —expresó guiñándole un ojo.

No era cierto, ni siquiera se preocupaba de tener un buen jardín, pero se acordaba de que en la parte trasera solían crecer un par de rosales bonitos cuando florecían.

—Me encantará —respondió la susodicha con timidez.

En cuanto estuvieron a solas, Elena prácticamente arrastró a Susan hasta la sala de música, lugar donde no había nadie y no podrían escucharlas.

—¿No querías enseñarme las rosas? —susurró Susan, sin entender qué hacían allí.

—¿Qué rosas? Por supuesto que no, Susan, era una burda excusa para alejar a tu madre. En fin, vayamos a lo importante. ¿Sabes dónde vive tu tío?

—Sí... en Rawcliffe, en la vieja Vicaría, así es como se llama la finca. ¿Crees que podremos deshacernos de todos los invitados para ir?

—Por supuesto, algo se me ocurrirá, tú no te preocupes —le aseguró.

No era el mejor plan pero serviría, estaba segura. No había nada mejor para la muchedumbre que una excursión tediosa en el campo.

—Mejor, porque me gustaría evitar en la medida de lo posible al...

—¿Duque de Essex? —adivinó Elena con rapidez—. Susan, no creo que vaya a comerte. Es un hombre agradable y, créeme, no hay nada más desalentador que tener a la madre de la muchacha merodeando cerca para coartar a los admiradores más atrevidos.

Vio cómo Susan enrojecía con rapidez, negándolo todo.

—N-no, no es mi admirador ni nada parecido, estoy segura, Elena. Lo único que quiere de mí es divertirse a mi costa, con mi timidez y mis traumas, ¿entiendes?

—Sandeces, es amigo de mi hermana y, créeme, si fuera un estúpido no lo sería.

—Pero...

—Nada de peros, esta noche ya puedes deslumbrar porque no habrá nada ni nadie que se interponga entre tú y conquistar al duque.

—Pero, Elena... ¡yo no quiero conquistarlo! Ni siquiera me gusta, créeme —exclamó perdiendo los nervios—. Lo único que quiero es que me deje en paz, nada más.

—Está bien —la calmó ella al ver cómo una gota de sudor caía de su frente—, pasaremos una velada agradable entre amigos jugando a las cartas.

No tenía mucho tiempo para convencerla de que era su temor quién hablaba, y que estaba segura de que se sentía, al menos, un poco atraída por Essex, pero desistió cuando escuchó a lo lejos unos pasos: los demás invitados estaban llegando.

—¿Deberíamos salir? —propuso Susan algo más tranquila.

—Deberíamos, y vamos a hacerlo. Ha llegado la hora de socializar, ¿no crees?

No es que le apeteciera demasiado, pese a que estar rodeada de gente no le molestaba. Sin embargo, hubiese deseado tener toda la libertad del mundo para ir al grano sobre lo que deseaba hacer, que era ir a ver a ese capitán y recopilar toda la información posible.

De nuevo en el salón, Elena recorrió con la mirada todos los presente que finalmente se reducían a Susan, Christian Bradford, James Grisham y dos personas que desconocía. La mujer de una delgadez extrema, nariz picuda y gesto irónico dedujo que era la madre de Bradford por su mismo tono de cabello, pese a que no se pareciesen en nada más. Sus rasgos hacían que dijese de ella que había sido una mujer muy hermosa, y si no fuese por las arrugas que empezaban a poblar el extremo de sus ojos, diríase que aún podría pasar por una dama no mayor de veinte años. Del hombre, en cambio, no adivinaba ningún parentesco pues era extranjero, de tez oscura, ojos negros como la noche y cabello azabache absurdamente brillante y largo.

—Es un placer volver a verla, lady Elena —susurró Bradford dejando una pequeña reverencia—. Permítame que le presente a mi madre y a un buen amigo de la familia, el señor Burun Kumar.

Quiso hacerle cualquier feo, girarle la cara o lanzarle una mirada de desaire, pero no lo hizo por respeto a los demás. La madre de Bradford sonrió con calidez, sin dejar de observarla, mientras que el tal Burun se mantenía distante.

—Elena Connynham, ¿cierto? Eres un encanto, ya dicen que te has convertido en una de las debutantes con más éxito —insinuó, cosa que ella sabía con seguridad que no era así, para nada.

—Es muy amable, pero me temo que en este aspecto soy un verdadero desastre —confesó—. El señor Bradford nunca habla de usted.

—Lo sé, pero yo tampoco lo haría. Al fin y al cabo, mi vida es bastante monótona y aburrida, a diferencia de la suya. Pero eso ha cambiado, ¿verdad, hijo?

Le pareció gracioso cómo Bradford sí que le hacía ese reproche con la mirada que ella misma quiso hacerle a él.

—Madre, le dije que no se metiera en eso, que yo ya lo tengo controlado... —insistió él.

—Pamplinas —lo interrumpió Burun—. Farewell ha estado siguiendo todos tus pasos, sabes lo que esto significa, ¿verdad? —murmuró para que nadie pudiera escucharlos.

—¿Saben lo de Farewell? —preguntó Elena con cierta cautela.

—Lo saben, son unos entrometidos —farfulló Christian cruzándose de brazos—. Y no, no sé lo que significa, porque es un hombre que tiene ojos en todos lados, no creo que sea tan extraño.

—Que tienes a alguien en tu club pasándole información —sentenció él.

Observó cómo tragaba saliva e intentaba permanecer de una pieza, simular que la noticia no le causaba pavor, pero así era, y a ella también. Eso quería decir que estaba al tanto de su visita al club, y que si tenía sospechas de su asociación, ahora no tenía dudas de su veracidad. Desvió la vista hacia Bradford lanzándole una mirada sardónica para que él sintiese verdadero temor.

—Divino, señor Bradford —susurró casi sin despegar los labios—. ¿Así era como pensaba protegerme? —le reprochó con frialdad.

—No se preocupe, lady Connynham, pondré todos mis medios a su disposición para que nada malo le ocurra, y Hilary distraerá al público en este evento para que puedan hacerle una visita al capitán.

—Veo que sí están enterados de todo. ¿Cómo lo consiguieron? El señor Bradford es muy reservado cuando se lo propone.

—Digamos que Farewell estuvo a punto de arrebatarle tanto el cuadro como la caja, ¿verdad, hijo?

Él le lanzó una mirada poderosa sobre el que es un corazón ciego, pero a los ojos de una madre parece irrisorio.

—Madre, sea un poco más discreta, ¿quiere? Los objetos están a salvo, de hecho, los llevo siempre conmigo, y así será de ahora en adelante. Ahora vayamos a lo importante, que es la distracción.

—Lo tengo todo pensado, no se apure, señor Bradford —exclamó Elena—. Mañana por la mañana les propondré una excursión de varias horas en el campo. El que no quiera realizarla puede quedarse en el jardín o en el interior pasando la mañana o ir a cabalgar. Espero y deseo que nadie se apunte a dicha excursión, porque los únicos que vamos a acudir vamos a ser nosotros, y no para ir al campo... —insinuó Elena con suspicacia.

—No es una mala idea. Yo me quedaré para que nadie sospeche, Burun irá con vosotros —sentenció Hilary—. Ahora será mejor que nos unamos a esa partida que ha empezado... porque el bridge se me da de maravilla.

Tanto ella como Burun se movieron hacia la multitud, sin embargo, Christian se quedó delante de ella bastante serio y con las manos detrás de la espalda. Estuvieron durante un rato largo observándose el uno al otro como si ninguno de los dos supiese cómo proceder, igual que si fuesen dos viejos amigos que no se veían hace tiempo y se les había olvidado cómo tratarse.

—¿Ocurre algo, ninfa? ¿O solo estás molesta porque he compartido nuestro secreto? —habló él al fin.

—Ni una cosa ni la otra. Me molesta que no hayas pensado en mi seguridad, así que puedo decir que es usted un mentiroso —escupió, frunciendo el ceño.

—¿Yo, un mentiroso?

No esperó a que ella replicase, sino que tras mirar hacia un lado y hacia el otro asegurándose que no los veía nadie, le cogió de la mano y la arrastró hasta la puerta de aquella misma sala de música en la que antes había estado con Susan.

## Capítulo 12

### LOS CELOS

—¿Qué está haciendo? —exclamó Elena indignada, pero con un tono de voz que no llegaba a ser un grito.

—Hablar a solas contigo, ¿tienes alguna objeción? —dijo él de forma presuntuosa.

Las mujeres para Christian Bradford siempre habían sido un misterio. Nunca había llegado a comprender el corazón femenino, los anhelos de este ni sus contradicciones.

—La tengo, señor Bradford, empezando por toda la gente que está ahí fuera y acabando con lo inapropiado de la situación —escuchó cómo decía ella.

Sus mejillas estaban sonrojadas y apenas le devolvía la mirada. Sin duda, no entendía nada sobre su comportamiento contradictorio.

—¿Ahora vuelo a ser el señor Bradford? Vaya, parece que cambias de opinión con una facilidad asombrosa —remugó.

—¿Disculpe? Creí que éramos socios y que esta era nuestra única relación. Si usted pensó algo distinto no es mi problema.

Distinto. ¿Estaba insinuando que él tenía interés más allá de una mera transacción? Pues estaba en lo cierto. No había conocido nunca a una mujer como ella, que fingiera tan bien ser una señorita elitista cuando en el fondo era una verdadera aventurera. Tampoco había sido de los que se habían acercado a una mujer lo suficiente como para llegar a conocerla en profundidad, tal y como hacía entonces. Diantres, Elena Conynham no era de este mundo, y su actitud tampoco, y aun así lo volvía loco con sus desaires y sus ínfulas fuera de lugar.

—No entiendo nada. De verdad, ninfa, que no entiendo qué quieres decir con eso. ¿Es que te gusta jugar conmigo? ¿Es eso?

—No sé por quién me ha tomado, pero no, señor Bradford, yo no soy como usted —declaró de golpe.

—¿Como yo? No entiendo qué te hace pensar que todo esto para mí es un juego. Admito que al principio me lo tomase como tal, pero ya no.

Había dejado de serlo desde el instante en que vio amenazada su seguridad. Desde que su rostro era invocado por su subconsciente a cada rato.

—¿De veras, señor Bradford? ¿Eso les dice a todas las señoritas con las que se cruza? —musitó Elena.

Christian se acercó a ella en cuanto se sentó en la banqueta del piano y lo abrió. Seguía teniendo las mejillas sonrosadas de la rabia que contenía. Era parecida a una muñeca de trapo, ambivalente.

—No suelo cruzarme con señoritas. ¿Sabes tocar?

—No. Oh, por favor, no mienta. El día en que nos conocimos estaba esperando a...

—No era ninguna señorita, te lo aseguro. Pero a veces va bien abandonarse a los placeres mundanos para no pensar —susurró, viendo cómo ella acariciaba las teclas del piano sin llegar a producir ningún sonido.

—Los hombres que hacen eso no son unos caballeros. De todas maneras, no sé por qué me molesto, puede hacer lo que le venga en gana, eso sí, luego no intente besarme.

—¿Lo que te preocupa es que haya besado a otra mientras tanto? Así que es eso, ninfa —dedujo él con suspicacia.

—No me preocupa porque no es de mi interés. Eso sí, le ruego que no intente nada con mi hermana, ahora está casada con un buen hombre. Y, por supuesto, respete su reputación cualquiera que hubiese sido la naturaleza de su antigua... relación.

Christian frunció el ceño descifrando el significado de aquella frase. La naturaleza de su antigua relación... cuando tal relación era inexistente.

—Ninfa, solo he visto a tu hermana una vez en mi vida, y créeme que no hubo contacto físico de ningún tipo. En aquel momento estaba con Grisham, y él se cobró un favor que me debía. Eso fue todo. ¿Te has puesto celosa?

—¿Celosa? ¡No! Por supuesto que no... para estarlo tendrías que importarme, y no lo haces.

—Pero vuelvo a ser Christian de nuevo, eso quiere decir que sí te importaba lo que yo hiciese en mi tiempo libre con las mujeres —insinuó.

—No me gusta que me tomen el pelo, eso es todo —resolvió ella, respirando hondo—. A propósito... ¿por qué ... me besaste?

Era una pregunta sin sentido. Estaba claro que cuando alguien besaba a otra persona era porque sentía cierta atracción, sin embargo, Christian no estuvo muy seguro de que fuera eso lo que ella cuestionaba. Alargó la mano hacia su rostro y dejó una caricia en su mejilla.

—Porque te deseaba. Te deseo, pequeña ninfa. Me siento atraído por las cosas únicas en el mundo y tú eres una de ellas. Yo de pequeño creía en las hadas, en los elfos y en las criaturas mágicas.

—No soy ninguna ninfa ni un hada —protestó Elena.

—Oh, lo sé, no soy tan inocente. Pero tienes otro tipo de rareza, además de un aspecto delicioso. ¿A cuántas mujeres inglesas crees que les agrada escribir sobre piratas y embarcarse en la búsqueda de un tesoro? ¿Cuántas crees que tendrían la osadía de negociar conmigo los porcentajes del botín?

—No creo que muchas —admitió—. Por cierto, me debes un comentario sobre mi libro.

—Estoy esperando a que empieces a escribirlo. ¿Sientes eso, ninfa? Esa sensación que recorre tu cuerpo cuando yo estoy cerca. Se intensifica ... —empezó a decir mientras recorría el pulgar por su mandíbula— al tocarte, ¿cierto?

Sin previo aviso le cubrió la boca con la suya con una presión excitante. Lenta y

apasionadamente obtuvo de ella una reacción inusitada al continuar devorándola, cuando percibió sus pequeñas manos aferrándose a su cuello.

—Christian... —musitó ella en un susurro.

—Elena... —respondió él abandonándose a su dulzura.

Era una locura besarla allí, a pocos metros de una sala donde estaban todos los invitados. Pero era la locura más maravillosa que había cometido. No dejó de hacerlo, y menos cuando el beso se hizo más necesitado, cuando a ella le flaquearon las rodillas.

—Espera, espera... —rogó ella recuperando el aliento—, no podemos hacer esto.

—Lo estamos haciendo —dijo él sujetándola por la cintura, dejando un beso en el cuello.

—Me refiero a que no es correcto. Nuestra relación es puramente comercial y así seguirá siendo. Puede que tengamos esa especie de deseo... acechándonos, pero debemos reprimirlo —exclamó con rotundidad.

Sin embargo, Christian no estaba de acuerdo en eso, y siguió dejando un riego de besos en el extremo de su rostro.

—¿Alguna razón en especial?

—Varias razones. En primer lugar... que ese tipo de acercamiento suele darse cuando dos personas están casadas o son amantes, y no tengo ninguna intención de ser ni tu mujer ni tu amante.

—Entiendo que te negaras a ser la segunda, pero ¿la primera tampoco ninfa? —susurró sin llegar a creérselo.

—Ni por asomo. Estás lejos de ser el hombre de mi vida, ni siquiera te tendría por un aspirante a marido. No tienes ninguna de las cualidades que debes tener.

Se detuvo de golpe, levantándose de la banqueta. Eso era... insultante. Estaba de acuerdo en que quizás había muchos otros hombres con una fortuna superior a la suya y un título nobiliario de infinita categoría, pero él no era nada desdeñable. Regentaba y poseía el club de caballeros de más prestigio de la ciudad, era joven y atractivo, y poseía buena conversación y cierta cultura.

—Entonces es una suerte que yo tampoco quiera cortejarte —dijo él, y siguió de forma escueta—. Deberíamos volver, la gente se estará preguntando dónde diablos se ha metido la anfitriona.

Ella asintió, y si notó algo extraño, no lo dijo.

Sin mirarla, abrió la puerta de la sala y salió de allí escopeteado, con un malestar en el pecho que le pesaba.

Aquello había sido un rechazo. No era el primero que sufría en sus años de vida, pero todos los demás palidecían al notar esa sensación tan extraña que parecía haberse apoderado de él. Le había dolido, y mucho. No había pensado antes en tener alguna intención seria con Elena Conynham, en realidad no se había tomado en serio ningún beso, lo había hecho por lo molesta que ella se había sentido y también por la extraña atracción que sentía. Sin embargo, el hecho de haberla puesto en peligro y el haberla conocido un poco más, podía haberle hecho cambiar de opinión. ¿Quién era ella como para desairarle de esa manera? La segunda hija de un vizconde fallecido y sin heredero. Que su hermana se hubiese casado con un duque era cierto que le acercaba a una posición privilegiada, pero dudaba que su dote fuera un derroche de generosidad.

«¡Qué importa eso! Lo más seguro es que se case con algún barón presumido y remilgado, y tenga hijos pomposos», se dijo a sí mismo mientras evitaba a la gente, dirigiéndose hacia el

jardín.

## Capítulo 13

### TODOS TENEMOS UN PASADO

Era la primera vez que pisaba Yorkshire, pero no era tan distinto a su hogar. Gratz palideció al recorrer con la mirada la inmensidad de las llanuras verdes que se veían a través de la ventana. Le recordaba a su niñez; desde que había huido de aquel sitio que había considerado su casa, no había vuelto al campo hasta ahora. Mientras había estado bajo los barrotes del humo, la niebla y los parajes desolados de la ciudad, se había mantenido a salvo de la nostalgia que le provocaban estas tonalidades de verde, ocre y naranja.

—Es un paisaje bonito, ¿no te parece? —preguntó Lilian a su lado.

No se fiaba de ella, así que le había pedido a Bradford que se la llevaran como doncella para su madre con el argumento de poder contar con una ayuda extra si la necesitaban, que era de confianza.

Patrañas, por supuesto. Gratz no se fiaba ni siquiera de su propia sombra y mucho menos de esa muchacha a la que todo indicaba que conocía.

—Prefiero la ciudad —mintió como un bellaco—. ¿Qué haces aquí arriba? Tendrías que estar deshaciendo el equipaje de la señora Bradford.

No lo dijo en un tono de reproche, sino más bien de sorpresa.

—Ya he terminado, y me aburría. A mí me gusta el campo, la tranquilidad y el aire puro que se respira... es algo que echo de menos —confesó ella.

De reojo vio cómo se colocaba un rizo rebelde detrás de la oreja, dorado bajo unos destellos del sol que entraban en la estancia.

—Entonces no tendrías que haber vuelto a Londres. Podrías haber encontrado trabajo en el campo, sirviendo en una buena casa o como institutriz, si tienes la educación adecuada, y estoy seguro de que así es.

Ella no se inmutó. En vez de decir nada, profundizó en la visión que les daba el vidrio de la ventana, como si quisiera perderse en ella.

—Parecías absorto cuando he entrado. Supongo que tú también tienes tus propios recuerdos que te atormentan, igual que todos.

—¿Cuáles son los tuyos? —preguntó en un susurro.

—Me pasé la infancia mirando a través de las ventanas. Los días de lluvia eran aburridos porque apenas había nada que observar. En invierno tampoco, pero el verano era mi época

favorita. La casa se llenaba de flores, las colocaba una señora muy bonita, se llamaba Prudence.

Al escuchar el nombre de su madre, el corazón le dio un vuelco. Prudence Marsden.

—¿Era buena? —musitó, queriendo que continuase su relato.

Como todo en su pasado, se había desvanecido de sus recuerdos. Dejó que sucediera, así dolía menos pensar en ello.

—Era un encanto, yo la quería mucho. Siempre me traía un trozo de pudding o un trozo de pan con mermelada cuando subía a mi habitación, porque sabía que me gustaba. A veces me contaba cuentos, ella decía que no eran suyos sino de su hijo, el chico de los caballos.

—Pero no lo eran.

—No creo que supiera de mi existencia. También tenía un primo, pero estudiaba fuera y no me hacía caso.

—¿Matthew? —preguntó él.

—No, otro. Se ha convertido en una auténtica pesadilla... por eso no me quedé en el campo — resolvió.

Así que el nuevo barón de Rhodes no se había convertido en un hombre justo y sabio... no le sorprendía. Observó a Lilian, que se había apartado de la ventana hasta el rincón menos alumbrado de la sala, el rostro pálido y contraído apoyado en la pared lo hicieron estremecerse y la inmovilidad de su frente patentizaban todo su dolor.

—Parece que ninguno de los dos estamos demasiado satisfechos con nuestros recuerdos — dedujo.

—Qué más da, al fin y al cabo no es algo que podamos cambiar. ¿Y tú, Gratz? ¿Qué te acongoja?

Gratz abrió la boca para decir que no era nada especial, pero fue incapaz de decir esa mentira. Fueron esos ojos insólitos teñidos de melancolía los que hicieron decirle la verdad.

—Solo hubo una persona a quien quise de veras, y no la pude salvar. No pasa un día en el que no recuerde su dolor, la desesperación por verla allí, tumbada en la cama mientras el aliento se le escapaba... sin poder hacer nada.

Prudence era la madre más cariñosa y devota que había. Sus besos y abrazos eran constantes, estaba acostumbrado a las muestras de amor que le profesaba. La quería como a nadie y la echó tanto de menos que el corazón se le fue marchitando hasta no quedar ni una pizca de lo que había sido.

—La muerte a veces es inevitable. Incluso el más experimentado de los médicos hay situaciones que no puede controlar. No creo que seas médico, ¿verdad, Gratz?

No, no lo era. Pero en su momento rogó al barón para que llamase a uno, y este hizo oídos sordos alegando que por un simple resfriado no iban a llamar al doctor... luego fue tarde. Su corazón no estaba aún lo suficientemente envilecido como para ser insensible a la sensibilidad ajena, ni de él habían sido proscritas ni el afecto o la indulgencia, así que se acercó a Lilian y le estrechó la mano.

—No, no lo soy —susurró—. Tampoco creo que tú seas una simple sirvienta. Pero no importa, soy bueno guardando secretos.

Como siempre, ella se mantuvo impasible, y si la incomodó, no se lo hizo saber.

—Gratz, ¿puedo pedirte algo? No creo que te cueste mucho —añadió al ver cómo él arrugaba la nariz—, pero puedes negarte a ello, por supuesto. Es algo que me gustaría experimentar, y no creo que llegue a tener nunca la oportunidad.

—¿De qué se trata?

—Puede que no lo parezca, pero tengo casi veintitrés años. ¿Sabes lo que eso significa?

—Que casi eres mayor de edad —dedujo.

—No, que ya se me considerará como a una solterona. No es que desee casarme, ni mucho menos... ya me entiendes, pero desde siempre he querido saber a qué sabe... un beso.

Tuvo que apretar los labios para no dejar ir esa risa que le vino de golpe al escuchar esa petición tan... surrealista. Le pasó un dedo por el nacimiento del pelo y le colocó un mechón detrás de la oreja. Ella lo observó con aquellos ojos tan extraños abiertos como platos, preocupada por saber su respuesta, y él sintió una punzada de ternura en el pecho.

—¿Quieres que te bese, ratoncita? —susurró mirándola fijamente.

—Me gustaría que lo hicieras, si no tienes ningún inconveniente en hacerlo. Entendería que no...

—¿Por qué yo?

Vio que tragaba saliva, mientras que un rubor adorable cubría sus mejillas. Era la primera vez que la veía descolocada y eso le gustó.

—Eres el primer hombre que no intenta aprovecharse de mí.

—De eso no hay duda, la que intentas obtener un provecho eres tú —bromeó.

—Cielos santo, es solo un beso. Seguro que has dado tantos que no te caben en los dedos de las dos manos.

En eso tenía razón. Pero no había habido ninguno que recordase como memorable, de esos con los que puedes soñar el resto de tu vida.

—Si te beso, no debes tenerme en cuenta mi emoción... corporal. Ah, y tampoco me hago cargo de que quieras repetir.

Lilian cruzó los brazos observándolo fastidiada.

—¿Vas a hacerlo o no? —lo apremió.

Se inclinó hacia ella poco a poco, como si la joven pudiera asustarse en cualquier momento, y le rozó los labios con los suyos de forma breve.

—Por supuesto, ratoncita.

Con sus manos hizo que las suyas descansasen sobre su pecho antes de lanzarse a la captura de ese bien tan preciado que le había puesto en bandeja. Pero antes de engullir esos labios rosados, cayó en la cuenta de que a ella nunca nadie la había besado y por ende, nadie la había anhelado, tocado o acariciado. Pensó en lo que le había contado hacía apenas unos minutos, lo solitaria que habría sido su vida, la triste infancia encerrada en un ala de aquella enorme mansión... y se sintió afortunado por haber tenido, aunque fueran pocos años, a esa madre que se preocupó y que lo amó.

—¿Gratz? —escuchó su voz en un susurro al ver que no se movía.

—Eres una mujer con un gran corazón, hermosa por dentro y por fuera —exclamó, sintiendo la necesidad de paliar esa falta de afecto.

Y entonces la besó antes de que pudiera reaccionar.

La apretó contra su cuerpo en un abrazo necesitado, presionando sus labios inexpertos sobre los de ella, poseyéndolos. Era tan cálida y suave como se había imaginado. Sus labios jugaron con los de ella, tentándola hasta hacerla jadear. Sí, ese jadeo fue la señal que esperaba para continuar. Sujetó el sonido con su boca y aprovechando que había separado los labios logró acariciárselos con la lengua, saboreándolos hasta que ella jadeó de nuevo. Intentó adivinar en qué estaba pensando, si era de su agrado, pero parecía absorta y en trance. La abrazó con más fuerza y profundizó el beso sintiendo que él mismo se rendía ante tanto placer.

Eso sí era un beso memorable. Las manos le temblaban, el ansia lo consumía y no quería detenerse. Gratz no se consideraba un hombre atractivo, sino más bien del montón, pero no solía desdeñar halagos o retozos con mujeres que le hacían ojitos. Sin embargo, Lilian era harina de otro costal. Desde que entró en aquel antro del *Red House* estando tan fuera de lugar, con su apariencia angelical y sus modos de damisela, supo que no era una mujer que estuviera a su alcance. Y aun así, allí estaba besándola.

Interrumpió el beso para recorrerle la mandíbula hasta llegar a su oreja, capturando el lóbulo entre sus dientes mientras que sus manos se aferraban a la cintura estrecha, arrugando el vestido anodino gris oscuro. No le hacía justicia a su belleza, como ninguna otra cosa que se pusiera.

—Ha sido... —escuchó que decía ella.

Sin embargo, él no estaba preparado para que aquello terminase. Volvió a buscar sus labios, reclamando de nuevo su boca y despojándola de cualquier duda de que aquello no había terminado. Se sentía como un marinero a la deriva aferrado a un tablón de madera, a un salvavidas efímero que iba a desvanecerse en cualquier instante.

«Dios, ¿cómo voy a poder volver a besar a otra después de esto?» se preguntó contrariado.

Ella lo había llevado hasta el mismo cielo, y ahora debía volver de nuevo a tierra firme. Finalmente apartó la boca de la suya, sintiéndose abrumado por las sensaciones que seguían devorándole. La miró con los ojos entonados de placer, la boca rojiza del roce producido y ese brillo en los ojos que le produjeron unas casi irresistibles ganas de volver a empezar.

—¿Era ese beso el que deseabas, ratoncita? —susurró él.

No estaba preparado para sentir el vacío que le atravesó al verse separado de ella.

—Supongo que sí. Ya sabes que yo... que nadie nunca... ha sido mi primer beso —balbuceó confundida.

—Solo tienes que decir si te ha gustado o no, tampoco vayas a desmenuzarlo con la precisión de un cirujano —bramó él, dolido ante la aparente incapacidad de ella de admitir que había sido un beso increíble.

—Claro que me ha gustado. Me ha gustado mucho. ¡Ojalá todos los besos sean así siempre! Volvería a experimentarlo sin lugar a duda —exclamó al fin—. A ti, ¿te ha agradado?

Gratz no solía mentir. No en las cosas en las que no tenía razones de peso. Sopesó en hacerlo en esa ocasión, pero decidió ser sincero.

—Mucho. No ha sido el primero, pero sí el mejor —reconoció.

—¿De veras? —dijo ella—. Oh, es chocante, pero me alegro... ¿por qué el mejor?

Gratz le cogió la mano y depositó un beso corto sobre la palma. Debía dejarlo ahí, no podía continuar ya que estaba jugando con fuego, y no debía olvidar que ella sí le había mentado desde

el principio, que era alguien que formaba parte de su pasado y que ignoraba cuáles eran sus verdaderas intenciones.

—No lo sé. Nos vemos más tarde, ratoncita.

Caminó tras sus pasos y abrió la puerta de la estancia, saliendo de ella, y no se detuvo hasta bajar las escaleras hasta la planta baja. Se imaginó que volvía a ser ese niño, que volvía a estar en su casa, que cruzaba la zona prohibida, subía la escalera principal y llegaba a la habitación donde Lilian niña estaba mirando por la ventana. Que ambos se sentaban en el suelo y jugaban.

## Capítulo 14

### EL SECRETO DE SUS OJOS

Aún era temprano para que todos los invitados hubiesen bajado a desayunar, pero Elena ya estaba despierta y vestida dando vueltas por el salón principal. Aquel día era caluroso, la humedad se percibía de buena mañana indicando que sería arduo.

No dejaba de darle vueltas al hecho de que Christian Bradford la deseara. Le parecía irreal, algo sacado de un libro de fantasía.

«Por favor, Elena, él desea a toda fémica que se le cruce, no te creas tan especial» recordó.

Al menos no había besado a su hermana, cosa que le producía cierto consuelo. Pero su fama de mujeriego, jugador empedernido y juerguista seguía estando allí, y ella era de la opinión que cuando el río suena, agua lleva...

No, no podía pensar ni siquiera en tener un idilio con ese hombre y mucho menos en ideales románticos como el cortejo, y menos en cosas más serias como el matrimonio. Christian Bradford no era material de boda, de eso estaba segura, y ella había nacido para casarse, y hacerlo bien. Puede que lo deseara, cierto, ella también lo hacía, pero no sentía más allá de esa pasión carnal, ¿cómo podía una enamorarse de un libertino sin escrúpulos? Era imposible. Carecía de valores, iba colándose por casas ajenas, robando besos y otros objetos que no le pertenecían.

—¿Tan temprano y ya estás despierta?

La voz femenina la sobresaltó. Se dio la vuelta para ver quién era, porque sabía que Wen no, y se encontró con Hilary.

—Buenos días, señora Bradford —dijo sobresaltada—. Hay mucho que hacer —se limitó a contestar.

Observó cómo Hilary, con movimientos gráciles y silenciosos, se sentaba en una de las butacas. Se le antojaron algo gatunos.

—Siento curiosidad... ¿por qué alguien como tú querría buscar un tesoro? Las razones de mi hijo las conozco muy bien, y su obsesión, pero a ti, Elena Connynham, no logro entenderte — cuestionó de golpe.

Elena tragó saliva, sentándose frente a esa mujer que estaba siendo demasiado directa. Observó sus ojos marrones chispeantes e inteligentes buscando alguna debilidad en ellos, sin encontrarla.

—No iba a renunciar a él sin tener una razón de peso. Además, es sabido que una mujer necesita una buena dote para casarse como es debido, y cuanto mayor sea la mía...

—Más indeseados vas a tener detrás, mi querida niña —la interrumpió Hilary—. Es bien sabido que las mujeres que se casan sin dote terminan siendo las más dichosas, porque lo hacen por amor.

—¿Y las que se casan con hombres pobres como ratas también? —replicó.

—Las fortunas cambian igual que el viento, las parejas no. Yo misma soy un buen ejemplo, mi marido era un comerciante pobre que hizo fortuna más adelante, y mírame ahora. Sin embargo, no creo que loagas por tener una buena dote... aunque te empeñes en que esa sea la razón.

Era perspicaz, sin duda, y su lengua viperina la hacía mucho más interesante de lo que parecía a simple vista.

—¿Y por qué debería querer algo distinto?

—No lo sé. ¿Por qué quieres lo que todas quieren, lo convencional?

Se detuvo a pensar en ello. Nunca lo había hecho, solo había dado por sentado que era el ideal, lo que la haría feliz. Era lo que su padre quería para ella. Era el ejemplo que sus padres le habían dado. Un buen matrimonio, una estabilidad, un buen marido y padre.

—Es lo que me conviene —susurró frunciendo el ceño—. ¿Para qué quiere Christian el tesoro? Hilary sonrió igual que si hubiese encontrado algo muy preciado.

—Para nada, en realidad. Quiere evitar que lo encuentre Farewell y que pueda lucrarse aún más con ello. Esas pistas tuvieron que permanecer enterradas.

—¿Por qué lo detesta tanto?

—¿A Farewell? Representa todo lo que él rechaza. Desde pequeño supe que era especial. Un niño tan sensible y bueno... quise protegerle de las maldades del mundo, y fracasé —susurró mudando su voz a una mucho más nostálgica—. Cuando mi marido murió y tuvo que hacerse cargo del negocio nos enteramos de a qué se dedicaba exactamente... y Christian no lo soportó.

Elena estaba absorta ante el relato que se iba formando de ella delante. Estaba describiendo a un Christian Bradford casi desconocido, y pensó que, en el fondo, ya había visto pinceladas de esa alma culta y delicada.

—¿Entonces? —la incentivó a que continuase.

—Lo dejó, vendió los barcos y todo lo demás. El negocio de los esclavos sigue siendo muy lucrativo, por desgracia, y los hombres como Farewell siguen aprovechándose de ello.

Esclavos. Así que era eso, ¡madre mía! Entendía a la perfección por qué lo había hecho, y de pronto unas ganas irrefrenables de defenderlo del mundo la arrollaron. Escupió sobre todos los que murmuraban que Bradford era pésimo en los negocios y que no tenía la inteligencia suficiente.

—Pero... si está prohibido.

—Querida, mientras siga siendo una realidad, seguirá habiendo tráfico de esclavos. Se le ve mucho mejor desde que dirige el *Red House*, pero, aun así, me preocupa. Es un ambiente demasiado hostil para él. Ya sé que finge ser un hombre impasible, ajeno a los sentimientos de los demás, y que la reputación de juerguista y calavera lo ayuda mucho, pero todo eso es pura fachada. Por eso estoy aquí, para protegerle.

Ella asintió, comprendiendo muchas cosas que antes le eran desconocidas.

—¿Por qué me cuenta todo eso?

—Porque he visto que le tienes confianza, y que has podido ver un poco más allá. No seas tan

dura con él, está haciendo lo que puede, está haciendo lo correcto.

No lo había sido... ¿no? «Puede que un poco», se admitió a sí misma.

—No soy dura, puede que un poco exigente, pero es que Christian a veces... ¡me saca de quicio!  
—admitió en un suspiro.

—Como todos los hombres, mi hijo puede ser exasperante, no te creas que no soy consciente. Pero él te admira, de algún modo le importas lo suficiente como para ponerse él mismo en peligro. En fin, querida, creo que ya te he robado tiempo suficiente, así que voy a desayunar, si no te importa —resolvió, levantándose de forma muy ágil para una mujer de su edad.

—Por supuesto, espero que pase una buena velada durante el resto del día —le deseó levantándose a la par.

Pensó durante un rato largo en las palabras de Hilary. ¿A qué se refería con que le importaba? Siempre creyó que la protegía porque en el fondo sí tenía algo de honorabilidad.

Una parte de su mente estaba horrorizada por cómo le había tratado en el pasado. Sin embargo, él tampoco había sido un caballero en todo momento y tenía la sospecha de que si no mantenía una estratégica hostilidad hacia él, terminaría sucumbiendo de nuevo a sus besos, o peor, ella misma se lanzaría contra su alto y duro cuerpo. Esa era la realidad, Christian Bradford la abrumaba con su presencia, sus susurros, y su mera visión lanzaba una oleada de calor a través de su cuerpo inevitablemente.

No se entendía a sí misma, ni siquiera entendía por qué parecía ostentar una lucha interna entre lo que siempre pensaba que había querido y... él. Tenía la certeza de que un hombre debía reunir todas las cualidades de su lista antes de experimentar ese remolino de atracción. Pero estaba claro que su cuerpo no estaba reconciliado con sus emociones, porque le agradara o no, le deseaba. Demonios, le deseaba como a nadie.

Incluso había soñado varias noches con sus cálidas manos sobre sus caderas, sus labios en su garganta...

Una llamarada de rubor le subió hasta el comienzo del cabello nada más pensar en eso. Pero no podía descentrarse en lo importante; debían ir a visitar al capitán.

Pasó al salón a desayunar, donde algunos de los invitados ya lo estaban haciendo. Tuvo la habilidad de sentarse al lado de Susan, mientras que en el otro extremo Franklin Leverton, James Grisham y Christian Bradford discutían animadamente cierta propuesta en el parlamento.

—Te-tenemos un problema —murmuró su amiga casi sin despegar los labios.

—¿Qué clase de problema? ¿Es tu madre? Creí que su salud no le permitía venir a hacer la caminata —exclamó con preocupación.

—No. Se trata de... Essex —respondió roja como un tomate—. Ayer por la noche durante la partida de cartas me preguntó qué ha-haría hoy y le conté lo de la excusión al campo.

—¿Y? No creo que sea de los que disfruten dando largos paseos.

—Yo tampoco, pero dijo que si yo iba, él ta-también.

Sabía que su tartamudeo venía del nerviosismo que ese hombre le producía.

—¡Diantres! Tendría que haber previsto esto. No hay nada más molesto que un admirador.

—No es mi admirador, se ríe de mí, Elena —susurró cabizbaja.

—No creo que solo sea eso, Susan, pero no vamos a discutirlo aquí. Necesitamos un plan... vas

a tener que caerte por las escaleras, o al menos fingirlo —exclamó teniendo una idea magnífica.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Para que así no puedas ir al paseo. Lo siento, pero deduzco que tu tío va a tener que recibirme a mí sola. ¿Es desconfiado?

Susan negó efusivamente mientras mordisqueaba un panecillo caliente.

—Al contrario, madre dice que es un charlatán sin remedio. Hazle la visita en mi nombre y dile que me he accidentado.

—Será lo mejor. Ahora, vayamos a por tu accidente —la apremió.

Apenas había probado bocado, un poco de té y una tostada sin mermelada, pero quería resolver ese impedimento lo antes posible.

Ambas fueron hasta las escaleras principales, viendo que no pasaba ni un alma por allí. Susan subió un par de peldaños mientras que Elena permanecía abajo.

—De acuerdo, ahora tumbate en el suelo como si te hubieses caído, y grita.

Con torpeza y algo de rigidez, intentando no rasgarse el vestido color crudo de mañana, Susan hizo lo propio.

—Esto de gritar, no sé...

—No te preocupes, voy a hacerlo yo —dijo Elena tomando la iniciativa, consciente de las carencias de su amiga.

—¡Susan! —empezó a alzar la voz—. Dios mío, ¡ayuda!

Subió ese par de peldaños como si fuese a socorrerla.

Quiso la Providencia que el primero en aparecer fuese el duque de Essex, que nada más entrar observó la escena con escepticismo y de manera fría. Sin decir nada, avanzó hasta ellas y con escaso esfuerzo cogió a Susan en volandas.

—¿Se ha caído? —preguntó en voz baja mientras aparecían más invitados en la escena, entre ellos la madre de Susan.

—Ha sido un traspie —respondió Elena cada vez más convencida de que Essex y Susan estaban hechos el uno para el otro.

—Voy a llevarla al salón —exclamó Essex, poniéndose en marcha.

Elena vio cómo su amiga se aferraba al extremo de su chaqueta, enrojando aún más de lo que ya estaba, si es que eso era físicamente posible.

—¡Susan! Ay, Dios mío, ¿qué ha ocurrido? Hay que llamar a un médico —repetía su madre nerviosa.

—No es necesario, solo... necesito descansar —musitó Susan cuyo exceso de atención la abrumaba.

Ya en el salón, la dejaron tumbada en el sofá y ordenaron una taza de té humeante para ella mientras la multitud se congregó a su alrededor.

—No creo que puedas venir a la caminata, Susan. ¡Qué pena! —dijo ella fingiendo un lamento inexistente.

—No lo creo, Elena, tengo el tobillo algo dolorido. ¡Qué disgusto! —respondió Susan con una entonación parecida.

Pasaron varios minutos en los que Hillary hablaba acerca de lo traicioneras que eran las

torceduras de tobillo. Mientras, Susan asentía mencionando lo peligrosas que eran las escaleras, al tiempo que ella daba sorbos a la taza caliente siendo observada de forma suspicaz por Essex. Elena se fue alejando hasta tomar una distancia prudencial de aquella escena casi shakesperiana.

—Eres una actriz pésima, y tu amiga también.

El cosquilleo que le produjo el aliento de Cristian en su oído hizo que diese un respingo.

—Señor Bradford, si quisiera ir a Drury Lane no dudaría en pedirte consejo, sé que eres un actor nato, pero no es el caso. Susan no podrá acompañarnos.

—Supongo que se trata del hecho de tener pegado a Essex como a una lapa.

Asintió sin girar la cabeza, su olor peculiar a nuez moscada y a tabaco le llegaba hasta las fosas nasales y hacía que un súbito mareo hiciera que, en cualquier momento, pudiese tambalearse y caer dándose de bruces contra el suelo.

Pero no podía desmoronarse, tenía que aparentar indiferencia ante su cuerpo hecho para el deseo, aunque sus instintos fuesen opuestos.

## Capítulo 15

### GRAN CAPITÁN

—No hacía falta todo ese paripé, querida. Esta mañana he invitado al capitán a pasar el día, su casa está a tan solo diez minutos a caballo y ha dicho que estaba encantado de acudir y poder ver a su sobrina. Al menos así voy a evitar que arruines tu reputación.

Era la madre de Christian quien le estaba diciendo todo aquello a Elena tras haber presenciado un paripé de los grandes.

—¿Cómo sabías cuál era su dirección? —preguntó él, sabiendo que su madre a veces era demasiado entrometida.

—Conozco al capitán Holloway, y sé que es hermano de lady Frayes. No tenéis de qué preocuparos, lo he hecho todo en nombre de Susan.

—Podríais haberlo dicho antes —reprochó Elena cruzando los brazos.

—Podríais haberme contado cuál era vuestro plan y os habría detenido —respondió Hilary.

—No tengo ninguna intención de arruinar su reputación —mencionó él en tono ácido—. Ahora será mejor que vayamos al jardín a disfrutar de ese día tan magnífico.

Ninguna de las dos dijo nada más para su alivio, y se limitaron a salir al jardín, donde varios de los invitados ya se encontraban sentados en el césped sobre varios manteles, charlando animadamente.

—El capitán ha llegado —dijo su madre señalando el camino.

Un carruaje se acercaba al trote, podía ser él.

—Hay que avisar a Susan.

Elena no perdió el tiempo y entró en el taller de la casa, donde su amiga seguía sentada en el sofá, descansando de su accidente, y él la siguió.

Esperaba que ese hombre alojarse algo de luz en la vida del pirata y los ayudase, porque él sabía que tan solo con dos pistas sería casi imposible resolver el misterio.

Vio cómo Elena informaba con rapidez a su amiga, y esperó a que el hombre hiciese su aparición en un rincón del salón, intentando pasar desapercibido. Era algo que le gustaba hacer, observar a la gente desde la invisibilidad que le propiciaban los grandes bailes donde solía ser invisible. Hubo un tiempo en el que aquello le molestaba, su mala reputación se había extendido y apenas nadie le dirigía la palabra. Sobre todo porque no era cierta, hasta que se dio cuenta de las ventajas que aquello podía conllevarle, y no se molestó en desmentirla.

Apenas transcurrieron unos minutos cuando una de las doncellas entró al salón anunciando al capitán Holloway. El hombre presentaba un aspecto pintoresco a simple vista, con el uniforme de la Marina Real impecable. Siempre le había parecido mucho más elegante la combinación del azul marino de la casaca con el beis de los pantalones y el dorado de los botones que el rojo que solían llevar los del ejército de tierra. Pero el punto histriónico era, sin duda, la melena blanca en su totalidad atada por detrás en una coleta y el tupido bigote blanco terminado en punta por los dos lados. Su tez morena en contraste y los rasgos curtidos hicieron que Christian no dudase en que era lo que solían decir, un verdadero lobo de mar.

Observó cómo traspasaba la puerta e iba directo hasta su sobrina, a quien abrazó con efusividad. No encajaba la decoración del salón, con las paredes tapizadas de rosa pálido a conjunto con los damascos dorados de las cortinas y la chimenea de mármol italiano con ese hombre que parecía que acababa de desembarcar.

—Estoy muy contenta de verlo, tío —escuchó que decía Susan en un susurro, como casi siempre que decía algo.

—Y yo, criatura. ¡Cuánto has crecido! Si eras apenas un renacuajo, y ahora mírate, una señorita de los pies a la cabeza —exclamó con orgullo—. ¿Dónde se ha metido la amargada de tu madre? Es igual, no me lo digas, intentaré evitarla lo máximo posible. ¿Y quiénes son esos dos jóvenes que te acompañan? —cuestionó al echarle una ojeada a él mismo y a Elena.

Dio un par de pasos hacia el centro, aproximándose a ellos para no parecer distante.

—Ella es Elena Conynham, la anfitriona y una muy buena amiga. Y él es el señor Bradford.

—¿No es amigo? —preguntó de forma cortante.

—¡Por supuesto! —añadió ella con rapidez.

Christian terminó de salvar la distancia que los separaba y le ofreció la mano para ser algo más cordial.

—Es un placer conocerle, capitán Holloway. He oído muchas historias sobre usted —mencionó para captar su atención.

El capitán le estrechó la mano con fuerza, tal y como cabría esperar de un hombre como él.

—Igualmente, joven. No te creas ni la mitad de ellas, a la tripulación le gusta inventarse cosas. Pero cierta historia con el Joyeux seguro que lo es.

—¿Un buque francés? —se aventuró a preguntar Elena.

—Y de los peores. Fue en septiembre de 1806. Era época de la Tercera Alianza, Gran Bretaña, Austria y Rusia contra la gran Francia. La prioridad de Napoleón era debilitarnos. Se había aliado con España gracias a las aspiraciones de poder del hijo del rey, y estaba empeñado en aplastarnos.

»Frente a las costas de Barbate, hacía un calor de mil demonios. Nuestro almirante Nelson estaba decidido a no darles tregua, ¡era la hora de atacar! No podían escupir sobre la armada y salir indemnes. El plan estaba estudiado a la perfección, los barcos franceses y españoles se desplegaban frente a la costa formando una C, como una barrera protectora infranqueable. Nosotros delante, formando dos filas, esperábamos órdenes. Desde que había amanecido estábamos levantados, la noche antes de una batalla no puedes pegar ojo, así que estuve al raso, contemplando las estrellas preguntándome si aquel sería mi último amanecer. Pero no lo fue. A las

doce en punto, Nelson dio la orden y, en fila, les rompimos las defensas. El sonido ensordecedor de los cañones que no paraban de dispararse, los gritos de los marineros se escuchaban por doquier y el relinchar del acero todavía ahora hace que se me erice la piel. De golpe, alcé la vista y vi a esas ratas poniendo rumbo al este. Nos superaban en número y estábamos ganando. Rápidamente viré la nave y los seguí. Tenía el viento flojo, pero mi navío era más ligero así que no tardamos en abordarlos. Fue una lucha encarnizada, y hasta que no tuve al capitán a mi merced, no obtuvimos la victoria. Debo decir que presentó batalla y no se rindió, murió con honor.

Durante todo aquel rato en el que el capitán había estado explicando su batalla, Christian no había podido despegar los ojos de Elena. Lo observaba con verdadera devoción, con un brillo en los ojos inusitado. Estaba seguro de que su imaginación desbordante se estaba imaginando en medio del barco blandiendo una espada.

Eran esas cosas por las cuales le parecía tan especial.

—Es fascinante. ¿Y logró volver sano y salvo? —preguntó ella con verdadera curiosidad.

—Por supuesto que no, me llevé varias cicatrices, pero sobreviví.

Era hora de preguntar acerca del pirata que a ellos les interesaba. Christian pensó en cómo mencionarlo sin parecer demasiado interesado, hasta que se le ocurrió una idea.

—Diantres, capitán, ha tenido usted una vida muy intensa. Yo que pensaba que el terror de los mares eran los piratas... —soltó él, esperando que Elena captase la indirecta y actuase.

—¡Piratas! Qué emocionante, se han escuchado tantas historias sobre ellos. Creo que el más temible de todos fue el capitán Edward Low, ¿no?

Lo había hecho, así que sonrió con satisfacción al ver que el plan marchaba viento en popa.

—Eso fue hace años, los piratas prácticamente ya no existen, salvo unos cuantos navíos en el Caribe. Pero cincuenta años atrás si te topabas con uno de esos malnacidos podías no vivir para contarlo. Porque en una batalla hay honor, se lucha por algo más grande, pero los piratas no son más que ladrones sanguinarios. El mito de Ned Low ... hay cosas ciertas y cosas que no. El pobre diablo no era más que un marine desesperado, casi todos los que se embarcan en uno de esos barcos lo son, no tienen nada que perder. Lo que lo diferenció de los demás fue la suerte y supongo que un don para la actuación. Emigrar a América no le fue tan bien como pensó.

—¿No era americano? —cuestionó Christian al escuchar eso último.

—Era inglés, igual que yo, de Westminster. Algunos dicen que ya tenía un don para el delito, toda su familia, y de hecho su hermano murió en la horca.

—¿Y su tesoro? Porque los piratas siempre tienen tesoros ocultos, ¿verdad? —preguntó Elena.

—¡Claro! Pero voy a decir que la mayoría de las veces eran traicionados por otros piratas, y al final dicho tesoro acababa repartido entre unos cuantos. Pero creo que el viejo Ned no se fiaba ni de su sombra.

«Interesante...», pensó él.

—¿Alguna vez has luchado contra los piratas? —fue Susan quien hizo esa pregunta final.

—Una vez, pero debo decir que la tripulación era nefasta y que no nos costó nada tomar su navío. Bueno, jóvenes, es hora de ir a buscar a mi hermana, creo que si se entera de que estoy aquí y no le he dicho nada, puede caerme una severa reprimenda.

Dicho eso, el capitán se alejó del salón a paso ligero, dejando un ambiente cargado de emoción

y de preguntas rondándoles la cabeza.

—Está claro que nada de lo que ha dicho nos resuelve el misterio de dónde está el tesoro —murmuró Elena.

—Nunca creí que nos pudiese ayudar con eso, no directamente. Pero que era originario de Westminster, eso sí que es una información valiosa —añadió él.

—¿En qué sentido? Creo que deberíamos intentar resolver las dos pistas que tenemos —propuso ella—. ¿Las has traído?

Él asintió, y como por arte de magia, tuvo tanto la caja como el cuadro enrollado como un pergamino en la mano.

—No iba a dejarlas en el *Red House* a merced de Farewell —justificó—. Y bien, ¿tenéis idea de cómo demonios se abre esta caja? Porque no veo ni cerradura ni tampoco llave.

—Bu-bueno, creo que se trata de una caja húngara por los dibujos en la madera —susurró Susan con timidez—. Es igual que un rompecabezas... mi padre tenía una en su despacho, me enseñó cómo abrirla.

Christian le alargó el objeto, y como asombro vio que los dedos hábiles de aquella pequeña pelirroja lograban mover la caja de tal manera que terminó teniendo una pequeña llave en la otra mano y una cerradura a la vista.

—¡Dios mío! Susan, eres un genio —exclamó Elena—. Vamos Christian, ábrela.

Él no se hizo de rogar, y al hacerlo la caja se abrió. Bajo terciopelo rojo, había un trozo de papel doblado que no tardó en desdoblarse.

—Elisabeth. Es lo que pone en el papel. ¿Quién era Elisabeth?

—La hija de Low —respondió Susan—. Pero nada se sabe sobre ella, hay rumores que la sitúan también en el ámbito de la piratería, pero no tiene sentido ya que cuando él empezó era tan solo una niña, recién nacida además.

—Cuando empezó con eso de la piratería, dijiste que fue después de la muerte de su esposa, ¿no? ¿Qué hizo con la niña? —preguntó Elena.

—No lo sé —admitió Susan.

—Lo lógico es que se la dejase a alguien de su confianza. ¿En quién confiaría Edward Low? —pensó él, que no lograba dar con la respuesta.

—En su familia, está claro que en el ámbito de la piratería nadie lo era —dedujo Elena—. Veamos la segunda pista, yo tuve ese cuadro durante años y nunca vi nada raro en él.

—Eso es porque no miraste bien. ¿Sabes lo que es la tinta invisible, ninfa?

—¿Debería saberlo? La única tinta que yo domino es la usual —protestó.

—Es zumo de naranja aplicada a cualquier superficie. ¿Sabes cómo se vuelve visible?

Volvió a negar con la cabeza, él estaba disfrutando de ese momento.

—Con calor. Necesitamos una vela, pero no veo ninguna por aquí. De todas formas, es algo imprudente hacerlo aquí, cualquiera podría entrar y creo que ya nos hemos ausentado demasiado. Lo haremos mañana cuando volvamos a Londres, ¿de acuerdo?

Ambas asintieron a regañadientes. Por supuesto que Christian no lo hacía por eso, sino por su seguridad. Si quería ganar a Farewell no podía dejar que mucha gente supiera los secretos que las pistas encerraban. Lo mejor que podía hacer era guardarse un as en la manga, y de hecho, lo

primero que hizo al llegar a su habitación, fue arrojar tanto la caja como el papel al fuego que ya ardía en la chimenea.

## Capítulo 16

### UN SECRETO

—Elena, ¿podrías venir un segundo? —la llamó Wendoline antes de poner un pie sobre el primer peldaño.

Dio media vuelta para dirigirse hasta el salón pequeño, suponiendo que su hermana querría saber los avances que habían logrado después de hablar con el capitán. Había estado muy ausente durante casi todo el día, dejándose ver solo al mediodía y por la noche, durante la cena y parte de la velada posterior.

Nada más entrar se percató de que no estaba a solas. Una figura masculina se encontraba delante de la chimenea, de espaldas al resto del salón. Era Essex.

—¿Ocurre algo? —preguntó con timidez.

Le extrañó que aquel hombre estuviese allí. Se fijó en cómo su hermana se frotaba las manos igual que siempre que se ponía nerviosa, y dedujo que no era algo banal.

—Creo que ya ha llegado la hora de que sepas toda la verdad sobre nuestra familia. He querido esperar a que cumplieras los diecisiete y fueses presentada en sociedad para que así... fueras libre de tomar tus propias decisiones —empezó a explicar Wen—. Además, nuestros padres han fallecido, todos ellos.

Elena observó a su hermana con suspicacia, sabiendo que aquella risa nerviosa ocultaba algo. Se sentó a su lado algo desconfiada, preguntándose a qué venía todo aquello, si ella ya sabía que Wendoline no era hija del barón de Cassynham, su padre. Entonces desvió la vista a Essex que se había dado la vuelta y la miraba fijamente con esos ojos tan oscuros como los suyos. No era un hombre alto, pero en comparación con ella misma, lo parecía.

—¿Y qué tiene que ver él en todo esto? —dijo, señalándole con un gesto de cabeza.

—Más de lo que piensas —respondió el propio Essex—. Pero puedes elegir, quedarte y saberlo todo o marcharte ahora, seguir con tu vida y vivir en la ignorancia.

Tragó saliva buscando la respuesta a esa extraña afirmación. Era estúpido decirle eso, porque ella no era de las que pudiesen ignorar las cosas, si se marchaba le estaría dando vueltas hasta volverse loca.

—Por supuesto que quiero saberlo, pero sigo sin entender cuál es tu participación en este misterio —replicó.

—Será mejor que empieces, Robert —lo apremió Wendoline—. Siempre ha sido muy

impaciente.

Era cierto, no podía negarlo. Su hermana la conocía muy bien, en realidad quizás era la única persona que no ignoraba sus contradicciones y las aceptaba.

—Mi padre no pudo tener hijos con su mujer, así que hicieron lo que muchos aristócratas ávidos de tener descendencia hacen, fingir un embarazo, retirarse al campo y pasados nueve meses, ir a cualquier orfanato y escoger un bebé. Mi hermano fallecido fue ese bebé.

Elena sabía la historia del hermano de Robert, Thomas Lancey, fallecido en extrañas circunstancias hacía un par de años. Las malas lenguas decían que él mismo estaba detrás de todo aquel asunto, pero nunca nada pudo probarse.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Elena, deja que termine —insistió Wen—, por favor.

Ella se resignó, sin embargo, esa sensación de incomodidad en el estómago la alentaba a huir de allí.

—Como muchos otros hombres, mi padre se había casado con su mujer debido a intereses que nada tenían que ver con el amor, así que cuando conoció a una joven institutriz de mente despierta, inteligente y lo suficientemente hermosa para tentarlo, se enamoró con locura. El *affair* terminó ocurriendo tras un año de flirteo, varias cartas indecorosas y remordimientos. La institutriz se quedó embarazada, y mi padre, dándose cuenta de que el problema no era suyo sino de su mujer, quiso darle al niño una buena posición, así que hizo lo mismo que con mi hermano. Divorciarse habría sido un escándalo siendo él el duque de Essex, y lo más prudente hubiera sido que esa relación hubiese terminado, pero no fue así. Cuando esta volvió a quedar en estado, para acallar los rumores en torno a la institutriz, mi padre se cobró un favor de cierto barón para que este se casase con ella, al fin y al cabo ambos sabían que nunca podrían estar juntos a los ojos de la sociedad.

Al escuchar eso último, Elena dio un respingo atando cabos.

—La institutriz... ¿era tu madre? —adivinó.

Al ver cómo Wendoline asentía, supo que todo aquello era más complicado de lo que había imaginado.

—Y la tuya también. Cuando se casaron, madre volvía a estar embarazada de nuevo, de mí —añadió ella—. Por eso Cassynham siempre supo que yo no era su hija.

—Esto te convierte en nuestro hermano —dedujo Elena—. ¿Y madre nunca dijo nada? ¿Cómo sabéis todo esto? Puede que sea mentira...

—Hay multitud de cartas y diarios de mamá que lo corroboran.

Elena cogió aire con la boca sintiéndose algo mareada. La imagen de aquella mujer cariñosa y algo despistada no cuadraba para nada con dicha información. Parecía... alguien calculador.

—A ninguna de las expediciones a las que decían que iban, ella fue. Se encontraban durante meses en una de las propiedades del duque al norte —susurró Wendoline.

—De las cartas, hemos deducido que durante una época tuvieron varios desacuerdos y se pelearon. Fue entonces cuando, de la buena relación que Renata parecía tener con el barón, se acercaron un poco. Pero luego volvieron a reconciliarse, y estuvieron juntos hasta la muerte de Essex.

—Pero esto no concuerda con los últimos años. Padre estaba muy enamorado de madre...

—Pero ella no —la interrumpió Wen—. Tú también eres hija del anterior duque de Essex, aunque madre, en un acto de benevolencia le hiciese creer a Cassynham lo contrario, pero no es cierto. Toma —le alargó un sobre en el que ponía su nombre—, esto lo dejó para ti.

Con la mano temblorosa, cogió el sobre anonadada. Todo lo que había creído hasta ahora, había resultado ser puro humo. Todo lo que ella pensaba que era correcto, su ideal, se estaba desmoronando como una hilera de fichas de dominó.

—¿Tu marido lo sabe? —preguntó a Wen, sabiendo que a Franklin esa información no le haría ni pizca de gracia.

—Tuve que decírselo. Estaba celoso de mi relación con Robert, pensaba que éramos amantes... para él fue hasta un alivio.

Ella no pensaba lo mismo. De hecho, en ese momento se sentía desorientada y perdida. Igual que si todos los hilos que la sujetaban a los aspectos más importantes de su vida hubiesen desaparecido.

Era consciente de que su padre no había sido la mejor persona del mundo, que tenía sus defectos y pecados como todos, pero jamás imaginó que pudiese vivir una farsa hasta tal punto. En cuanto a su madre, tampoco podía lograr concebir cómo de lejos había llegado hasta el punto de casarse con alguien desconocido.

—Querrás reflexionar sobre eso, supongo —dedujo Robert—. Sé que necesitas tiempo, todos lo necesitamos en su momento.

Miró al que era su hermano. Se notaba que era parco en palabras, pero que decía las justas en los momentos necesarios. No estaba preparada para aquello, era cierto, y se sentía confundida.

—Sí. Yo... necesito pensar en todo esto.

Necesitaba alejarse de ellos, tomar distancia, decidir qué hacer con aquella carta que tenía entre sus manos. Así que se levantó de golpe. De reojo vio cómo Wen hacía lo mismo, e intentaba detenerla cuando fue hacia la puerta, pero Robert se interpuso.

No se detuvo hasta llegar a su habitación, cerrando de un portazo dejando ir algo de su rabia contenida. Se sentó en su lecho de dosel abrazándose a sí misma, demasiado destrozada para llorar o hablar. No se veía capaz de dormir, su cansada mente repasaba implacablemente cada recuerdo de su infancia, de los que creía sus progenitores, de su vida. ¿Todo era una farsa? Sí, lo había sido. Se daba cuenta de que el amor que había recibido de Cassynham venía dado a su error de considerarla su verdadera hija. De lo contrario, se hubiera visto tratada igual que su hermana Wendoline, y quizás la vida no habría sido tan benévola.

La soledad no era algo agradable, y necesitaba a alguien ajeno para desahogarse. En otras circunstancias habría acudido a Wen, su confidente por excelencia, pero ella misma estaba implicada en todo eso. El nombre que se repetía en su cerebro de forma constante hizo que sus piernas caminasen hacia la puerta igual que si estuviese dormida y fuese una sonámbula guiada por su propio sueño. Ni siquiera se dio cuenta de que se encontraba delante de su habitación llamando a su puerta.

Nada más encontrarse con aquellos ojos que parecían sacados de una laguna brillante, todo su cuerpo se estremeció.

—¿Ocurre algo? —escuchó que preguntaba.

No dijo nada, se limitó a salvar la distancia que los separaba y lo abrazó. El primer contacto con su cuerpo caliente que percibía a través de la fina tela de la camisa se le antojó reconfortante, y más cuando sintió que sus brazos la recibían sin condiciones.

—¿Puedo quedarme un rato? —susurró en su oído sin llegar a despegarse de él.

—Claro. ¿Qué pasa, ninfa? —cuestionó de nuevo, esta vez en un tono mucho más comprensivo.

Bajó los brazos y tomó algo de distancia, sentándose en el extremo de la cama. Era una habitación de invitados en la que no recordaba haber estado, salvo cuando jugaba al escondite con Wen.

—Todo lo que yo creía... —Se detuvo, dándose cuenta de que ni siquiera sabía cómo explicar eso—. Pensaba que si deseaba tener la misma felicidad de la que gozaron mis padres, debía hacer lo que siempre me dijeron que hiciera: ser una dama educada y culta, presentarme en sociedad, ser una excelente debutante y entonces encontrar a un candidato perfecto para casarme con él. Pero todo es mentira, Christian, todo —se lamentó.

—No hay ninguna receta exacta para la felicidad. Creo que todos crecemos con unos ideales y, si más tarde nos damos cuenta de que no son tales, podemos llegar a dudar de nosotros mismos.

—¿Eso es lo que a ti te pasó? Con el negocio de tu padre —adivinó ella.

—Algo así. ¿Quién te ha contado eso? —murmuró él, sentándose a su lado.

—Tu madre, esta mañana. No se lo tengas en cuenta, está preocupada por ti.

—Es una entrometida, pero es mi madre y ...

—La quieres —terminó la frase.

—Por supuesto que la quiero. Iba a decir que tengo que aguantarla. ¿En serio te lo ha contado todo? —cuestionó con un gesto de fastidio que no le pasó desapercibido.

—No sé si es todo, pero me dijo que no quisiste continuar con el comercio de esclavos, cosa que no me parece mal, y que en el fondo eres un buen hombre. ¿Y sabes qué? Creo que tiene razón —empezó a decir, dándose cuenta de la verdad irrefutable que había tenido todo el tiempo delante de sus ojos—. ¿Sabes lo que pienso? Que tú, Christian Bradford no eres un insensible, pero te escudas en la indiferencia porque eres demasiado sensible para este mundo.

Se relamió los labios alzando la vista, topándose con la de él. Dios era testigo de lo mucho que la afectaba tenerle a tantos pocos metros de distancia, pero el hecho de que él la estuviese mirando como si ella fuera el bien más preciado de la tierra, no ayudaba.

—Es lo más bonito que nadie me ha dicho nunca —dijo con voz queda.

Deseaba que él la envolviera en sus brazos de nuevo, así que dejó caer la cabeza sobre su pecho, indicándole lo que deseaba. Él no tardó en responder a lo que ella quería, tumbándola sobre la cama, abrazándola. Estuvo durante un buen rato meciéndola, acariciando su pelo, dejando que su sola respiración fuese testigo de la complicidad entre ellos y la única vía de comunicación.

—¿Qué pasó para que tuvieses esa horrible reputación? —terminó preguntando ella.

En el fondo, la curiosidad que sentía era superior a su recato.

—Preferí que pensasen que no era capaz de seguir con la empresa a que supieran a qué se dedicaba mi padre y que esa era la verdadera razón por la cual lo dejaba. No voy a mentirte, me gustaba jugar de tanto en cuanto, sobre todo porque soy endiabladamente bueno, pero una noche

Farewell entró en una de mis partidas y me metió algo en la bebida. Así que perdí bastante. Me dio la oportunidad de salvar la deuda entregándole la pista, y yo me negué.

—¿Te arruinaste?

—Casi. Pero compré a plazos el *Red House* gracias a la intervención de mi hermana y pude remontar.

—¿Tuviste miedo?

—Un poco, pero no por mí, sino por mi hermana y mi madre. De tener esa sensación de que les había fallado. Pero no podía fallarme a mí mismo, era algo que nunca me hubiese perdonado, ¿entiendes? Al final debes hacer lo que te dicte el corazón, pese a no tener la aprobación de los demás, porque eres tú quien debe vivir con las consecuencias el resto de tu vida.

Parecía sencillo hacer lo que él decía, y sin embargo, Elena en el fondo sabía que no lo era, sobre todo cuando la sociedad era tan dura juzgando a los que pensaban diferente a la moralidad imperante y condenaba conductas fuera de lo corriente.

—No es tan sencillo —murmuró con el ceño fruncido.

—Lo sé. ¿Qué es lo que deseas, ninfa? Lo que deseas hacer de verdad.

Cerró los ojos y respiró hondo, dejándose llevar.

—Yo... quiero que me beses otra vez. Cuando lo haces, me siento capaz de hacer cualquier cosa, de escribir cualquier cosa, y me siento tan viva...

No tuvo que pedírselo dos veces, porque él la besó lenta y dolorosamente mientras sentía que su corazón latía de prisa, deshaciéndose de aquellas dudas que solían asaltarla otras veces.

Latía por él y por nadie más.

## Capítulo 17

### A ORILLAS DEL PARAÍSO

La vuelta a Londres no había sido del agrado de Lilian, Gratz lo sabía muy bien. Lo percibía por las veces que la pillaba suspirando, mirando por la ventana como un alma en pena mientras servía a los caballeros de manera distante y con poco interés. Se decía a sí mismo que no la perdía de vista por motivos obvios al misterio de qué demonios estaba haciendo ella ahí y qué quería de él, pero la realidad era muy distinta.

Había sido por culpa de ese maldito beso que no debería haberle dado. No podía dejar de pensar en la suavidad de sus labios y en la manera en la que ella suspiraba y olía. Era igual que esos borrachos que se posaban delante de la taberna necesitados de alcohol, la diferencia era que su adicción eran sus besos, no los de cualquiera.

—¿Entonces sabemos dónde está el tesoro? —le preguntó a Bradford, sacándose de la cabeza la imagen de Lilian.

Tampoco su jefe parecía el mismo desde la vuelta de Yorkshire, pero no quiso preguntar prefiriendo ser prudente.

—Aún no. Espero que dando algo de calor al papel sin llegar a quemarlo sepamos dónde.

Estaban los dos en su despacho con la puerta cerrada, para que nadie los escuchase. Bradford desenrolló el cuadro y lo acercó a una distancia prudencial de la vela que había encima del escritorio.

—Al menos tenemos resuelta una de las pistas, y espero que Farewell nunca sepa de qué se trata.

—Ni lo sabrá, a menos que alguien se vaya de la lengua y no creo... —Se detuvo al observar con atención aquel cuadro—. Vaya, vaya...

—¿Hay algo?

—Un navío más dibujado. Lleva el nombre de *Merry Christmas*.

—El último navío que Low capturó. Dicen que desapareció con él y su final es pura especulación.

—El nombre de su hija, ahora el nombre de su último navío... ¡ojalá supiéramos cuál es la pista de Farewell! —maldijo Bradford.

—No te preocupes, jefe, acabaremos uniendo cabos. Dicen que la última vez que se le vio fue en Brasil...

Pero Bradford negó con la cabeza.

—Ninguna pista indica que sea Brasil. Puede que me equivoque, pero todo indica cierta familiaridad; Elisabeth es un nombre inglés, al igual que el del último barco. No sé, pero... yo creo que el sitio se baraja entre América e Inglaterra.

—¿Tú crees, jefe? Eso nos ahorraría un buen viaje, sobre todo si se trata de este último.

—No estoy seguro, pero es lo que me huelo. De todas maneras, no hay ningún mapa, así que, quién sabe.

Gratz asintió, oliéndose que estaban cerca de saberlo.

—Vuelvo abajo, esta noche la cosa está tranquila, pero no puedes fiarte de Farewell, tiene oídos en todas partes.

Además, la sola idea de que algún desalmado quisiera ponerle la mano encima a Lilian se le antojaba molesta. Pero, por supuesto, se lo guardó. Peldaño a peldaño bajó las escaleras, y cuando estaba a punto de llegar a la planta baja, vio a lo lejos a la propia Lilian salir del local a hurtadillas, con una capa puesta, y después de ver que nadie la observaba, colocarse la capucha.

Se mantuvo alerta, y decidió seguirla manteniendo las distancias, colocándose un sombrero de ala ancha para no ser reconocido. Todavía llevaba la chaqueta así que al salir a la calle apenas notó el frío.

Lilian se movía despacio, como si tuviese miedo de caminar por aquellas calles apestosas y estrechas, manteniéndose entre las sombras para evitar llamar la atención. Sin duda, ignoraba que la estaban siguiendo y tampoco sabía cómo hacerlo para que así no fuera. Se detuvo al ver cómo giraba hacia una calle sin salida, donde, al parecer, alguien envuelto en una capa y un sombrero aguardaba.

Esperó desde el otro extremo, detrás de una columna donde tenía una visión parcial, a ver qué era lo que ocurría.

—¿Tienes algo para mí? —preguntó el hombre cuya voz le sonaba familiar.

—No, parecía una reunión de amigos, no vi nada extraño —respondió Lilian.

Aquello fue igual que un golpe en el estómago. ¿Lilian era una espía?

—¿Vigilaste a Bradford? ¿Y a Gratz? ¿Estás segura?

—Sí lo hice, sí —reiteró ella—. No me siento cómoda con esto, yo... no quiero hacerlo más.

Cuando el hombre se quitó la capucha y vio de quién se trataba, un escalofrío le recorrió la columna.

—Entonces ya sabes que voy a tener que avisar a tu querido primo de cuál es tu paradero —la amenazó.

Así que de eso se trataba. Todo el asunto se limitaba a que Farewell sabía dónde estaba Lilian y la estaba usando con amenazas de aquella índole.

—Yo... no sé nada más, lo juro. Haga lo que tenga que hacer.

Sin esperar ninguna otra respuesta, Lilian se dio la vuelta y salió corriendo de allí. Gratz tuvo ganas de correr detrás de ella, pero no podía descubrirse ante Farewell así que las reprimió y aguardó a que este volviera tras sus pasos y desapareciera entre la niebla londinense.

Supuso que habría vuelto al *Red House*, que estaría asustada y que, con toda probabilidad, estaría haciendo la bolsa para marcharse. Ya era hora de plantarle cara y confrontarla, sobre todo

por espía y por mentirosa. Pero pese a todas aquellas grandes cualidades, Gratz se veía incapaz de sentir por ella rabia o asco, al contrario, se sorprendió admirando el aplomo que había tenido al decirle aquello a un hombre como Farewell.

Caminó muy deprisa hasta llegar al club, y subió las escaleras hasta el tercer piso como un rayo. Ni siquiera llamó a la puerta, directamente la abrió, y como había pensado, allí estaba Lilian metiendo sus cosas en lo que parecía una simple bolsa de tela.

—¿Te vas? —susurró cerrándola detrás de sí.

Avanzó tres pasos hasta tenerla a tan solo a unos centímetros de distancia. Vio cómo ella se encogía en sí misma y cogía aire con fuerza.

—Sí. Es obvio que Matthew no trabaja aquí, he preguntado ¿sabes? —exclamó en un reproche.

Estaba nerviosa, se le notaba en el tono trémulo y en la forma en la que movía las manos con más soltura de lo normal.

—Matthew trabaja aquí, solo que no responde por este nombre. No intentes acusarme de mentiroso, ratoncita, porque nunca te he mentado. ¿Puedes tú decir lo mismo? —dijo él elevando un poco la voz y poniéndose a la defensiva.

Aquello pareció aplacarla, y desvió la mirada hacia la cama.

—Solo te he mentado una vez, y fue para protegerme. Bueno, dos —corrigió enseguida.

—¿En qué?

—Mi apellido no es Marsden, y sí que conozco a Farewell. De hecho, aquel día cuando me vio aquí, me reconoció —admitió ella.

—¿De qué lo conoces?

—Tiene negocios con mi primo. No Matthew, el otro.

Gratz asintió, atando cabos. Tenía sentido con todo lo que había oído en el callejón. Alzó la mano y le levantó el mentón para que lo mirase a los ojos. Era abrumador cuando lo hacía, sentía que todo su mundo se tambaleaba.

—Te pidió que nos espieras a Bradford y a mí a cambio de no decirle a tu primo dónde estabas, porque supongo que no tienes su permiso y estás bajo su autoridad, ¿no? Todavía no tienes los veintitrés.

La vio tragar saliva y asentir.

—¿Cómo sabes todo eso? O eres muy bueno atando cabos o...

—Soy bueno, pero también te he seguido. ¿Qué esperabas que hiciera, Lilian? Viniste a mi trabajo y dijiste que te apellidabas Marsden, luego que buscabas a tu primo llamado Matthew. Matthew Marsden, el chico que huyó de *Primrose House* hace décadas. ¿Qué quieres de él?

Tras una breve pausa, Lilian abrió la boca emitiendo un gemido.

—Su ayuda. Quiero su ayuda, eso es todo. Sé que no me conoce, que soy solo la niña enfermiza que nunca vio y que no somos primos de verdad pero... tenía que intentarlo. Tengo que intentarlo.

No era la primera vez que Gratz veía a una mujer llorar, pero sí la que más dolor le causó, pues en sus ojos pudo observar algo que le hizo estremecer: verdadero terror.

—Dime, ¿por qué huiste? ¿Rhodes te ha prometido a algún viejo carcamal?

Quiso morderse la lengua al ver cómo ella fruncía el ceño, dando un paso hacia atrás.

—Por favor, dime dónde está Matthew. Es urgente que hable con él. Si me has seguido ya has

visto que no le he dicho ni una palabra a Farewell, ni de ti ni de Bradford ni sobre la caja.

—¿La caja? Así que viste cómo desvelaban una de las pistas. Eres demasiado curiosa, ratoncita.

Ahora era ella quién se mordía la lengua habiendo deseado no decir nada.

—No sé de qué va todo esto, solo quiero marcharme, y si no me dices quién es Matthew voy a tener que hacerlo ahora, antes de que Rhodes me encuentre.

Pero no se movió ni dejó que cogiera la bolsa.

—Podrías habérselo dicho a Farewell y salvarte. ¿Por qué no lo has hecho? —demandó, sujetándole los brazos.

Su gesto se relajó, entonando los ojos.

—No lo sé, a veces no pienso demasiado las cosas. Farewell no me es simpático.

Bufó, sacudiéndola ligeramente.

—Es la tercera mentira, ratoncita. No me digas una cuarta.

Chasqueó la lengua y volvió a mirarle, volviendo a estar muy cerca. Alzó los hombros en señal de rendición absoluta.

—No se lo he dicho por ti. Detestaba la idea de traicionarte porque has sido bueno conmigo y porque me agradas, Gratz. Esta es la verdad.

Lo había hecho por él. Quiso no creerlo, buscar otra explicación más fácil y real, pero no la había. Las palabras firmes y aterciopeladas quedaron atadas a su voluntad y los labios de Lilian casi rozaron los suyos, pudiendo notar el movimiento de estos cuando ella habló.

—Ha sido de lo más imprudente —susurró él regañándola con un tono más ronco de lo normal.

Gratz esperó, a punto de lanzarse sobre ella, a que le respondiera. Preciosa, era preciosa y, además, demasiado buena para ese lugar en el que estaban. Demasiado buena para él.

—Lo sé. Pero te debía un favor, ¿sabes? Tres.

Él se vio consumido por la insoportable necesidad de tocarla. Sus labios se le antojaban el mismísimo paraíso, donde una vez ya había estado y donde solo pensaba en volver. No podía pensar con claridad, toda su estrategia, su interrogatorio, todo se vio eclipsado por ella. Lilian había invadido sus sentidos haciendo que respirase, escuchase, saborease, palpase y viese por y para ella.

—¿Tres favores? ¿Y cuáles son?

—Me diste un trabajo, me recogiste cuando me desmayé y... me besaste cuando te lo pedí.

—Vas a tener que añadir un cuarto.

En el momento en que sus labios se tocaron, Gratz se volvió loco. La rodeó con los brazos y la sentó sobre su regazo encima de la cama para poder besarla a conciencia. Aquel beso fue muy diferente al otro, mucho más intenso, menos cuidadoso, más profundo. Sentía la necesidad de hacerle ver ese deseo que se fraguaba en él.

—¿Qué... cuarto? —logró murmurar cuando se detuvo para coger aire.

Lilian gimió cuando él alargó la mano hasta el cuello y la ahuecó en su mejilla para hacerle inclinar la cabeza y hacer coincidir mejor sus bocas. Tenerla a su merced, en su regazo, sintiendo todo su cuerpo encima del suyo propio... hizo que todo su cuerpo se tensara.

Volvió a besarla sin responderle y ella le correspondió sin poder contenerse, respondiendo a

cada caricia y a cada gesto con algo de torpeza, cosa que aún le pareció más encantador. Le rodeó el cuello con los brazos cuando él le abrió el vestido por delante y le cubrió los pechos con las manos, ahuecándolos y palpándolos lentamente. Era demasiado bueno como para que aquello estuviera sucediendo, y ni siquiera le había dicho...

«Dios, debo detenerme ante de que haga una locura. Ella es una dama, Gratz», se recordó a sí mismo, y pese a que la idea fugaz de desflorarla se le pasó por la cabeza, no por el mero gusto y placer —que también—, sino como plan de venganza personal hacia Rhodes, lo descartó enseguida. Ella no se lo merecía.

—Porque yo soy Matthew Marsden, ratoncita.

## Capítulo 18

### BAJOS FONDOS

Había varias personas en la calle, delante de las tabernas, iluminadas por la luz amarilla que salía por las ventanas de los locales. Las farolas de la calle apenas iluminaban tres pies del suelo.

Le sorprendió ver a algunos aristócratas que había visto en los salones relacionándose con caballeros y con *cits*, que solían dedicarse a actividades mercantiles. Eran bastante criticados en los salones de baile de Londres por trabajar para ganar dinero. A Elena no le parecía nada mal, al fin y al cabo, no todos podían nacer con tierras en los bolsillos.

Entre todos esos hombres había un puñado de mujeres que nunca había visto antes y se preguntó si serían damas o todo lo contrario.

—¿De veras crees que es una buena idea pasearnos por Westminster en plena noche? —preguntó Elena Connynham bajo el manto de aquella capa que le venía demasiado grande.

Desde que habían vuelto de Yorkshire evitaba todo contacto con Bradford, y él lo sabía. Aquella noche habían roto todos sus esquemas, se habían besado sin reproches posteriores y hablado sin limitaciones. Habían sido dos seres desnudos en cuerpo y alma, e igual que si el pecado original les hubiese caído del cielo, se avergonzaban de haberse exhibido de esa manera.

—Vamos dentro del carruaje, nadie nos verá —susurró él, a la espera de tener alguna reacción por su parte—. ¿Y dices que Susan Frayes leyó que los Low vivían en Grey's Street?

—Mi reputación puede verse severamente afectada. Y sí, eso es lo que dijo Susan. ¿Tú has visto un barco en mi cuadro?

Tosió de forma forzada pensando en la manera de decirle que ya no había cuadro.

—El *Merry Christmas*. No vas a necesitarlo más, ¿cierto?

—Quedaría muy bonito en la salita, incluso podría contar la anécdota —dijo entusiasmada.

—Siento decirte que se quemó. Creía que lo de la reputación y esas cosas te daban igual.

Giró la cabeza hacia él de forma abrupta para encararlo.

—¿Qué? Podrías haberme consultado. Y yo no te dije tal cosa.

—Puedes bajarte del carruaje cuando quieras —susurró.

Se sentía impotente. La damisela remilgada había vuelto, ya no había ni rastro, otra vez, de la audaz e inteligente chica con la que se había pasado la noche en vela conversando.

—¿Crees que no soy capaz de hacerlo? —lo retó ella dejando caer la mano hacia la manilla de la puerta.

—Te creo muy capaz, aunque no voy a dejar que lo hagas por tu propia seguridad y por tu reputación —añadió con cierto retintín en la voz.

—Nunca te has preocupado por lo segundo, no finjas ahora.

—No fui yo el que visitó habitación ajena —le lanzó un dardo envenenado, eso es lo que era esa frase.

—Eso ha sido un golpe bajo —respondió en un susurro, mirando al suelo.

—Por supuesto que me preocupo, ¿qué gracia tendría vernos a escondidas si no pudiese mancillarte? Ese placer me pertenece única y exclusivamente a mí.

No estaba disfrutando, y sí. Era demasiado ingenua y a la vez mordaz para dichas discusiones. Pero no podía saborearla bien, era como beberse una cerveza teniendo muy presente ese gusto amargo que tiene al final.

—No voy a darte permiso.

—Dudo mucho que te lo pida.

No dejó que lo viese venir. La cogió por la cintura y la alzó, sentándola sobre sus rodillas. El aliento de su respiración entrecortada y los latidos de su corazón hicieron que el suyo volviese a latir. Sintió esa enfermiza necesidad de tocarla al instante.

—¿Dónde está esa ninfa que tanto me gusta? Esta noche no ha venido. La quiero de vuelta, porque lady Connynham es demasiado cruel conmigo.

Las palabras se desvanecieron en el silencio y la tensión, que podía cortarse con un cuchillo. Él la observó fijamente durante un buen rato antes de inclinarse hacia ella, deteniéndose a solo unos centímetros de su voluptuosa boca.

—Haces que parecezca que tenga dos caras, y no es así —exclamó molesta—. Uno de los dos tiene que mantener la cordura, ¿no crees?

¿Cordura? ¿Qué era eso? Ella se la había arrebatado desde el instante en que la besó por primera vez. No siquiera podía pensar con claridad, ella había invadido sus sentidos dejándolo sin otra elección que hacer desaparecer la distancia que los separaba.

Y así lo hizo, casi a tientas posó los labios sobre los suyos, los recorrió con la lengua para saborearla a conciencia.

—No tuviste mucho de eso cuando me pediste que te besara la otra noche —le recordó mientras rebuscaba en la suavidad de su pelo deshacerse de esas horquillas que entorpecían el noble arte de la seducción.

—A veces... soy demasiado imprudente —jadeó ella al dejar un riego de besos en su cuello.

La suavidad de la piel era sublime. Dios, había echado de menos su sabor salado, esa pasión desmedida que parecía apoderarse de ella cuando se lanzaba para darse un festín con su boca. Era extraordinaria.

—Admite que te gusta estar conmigo, escucharme divagar sobre poetas muertos y besarme —demandó antes de volver a besarla, esa vez con un grado de dulzura, más lentamente.

—Mmm, admito que tu habilidad para... recordar los versos de sir Francis Bacon me impresionó.

—Admite —continuó él, subiendo las manos hacia más arriba de la cintura— que te reíste con mis imitaciones del capitán.

—Lo admito, fue divertido.

Le rodeó el cuello con los brazos cuando él le abrió la capa y le cubrió los pechos con las manos. Eran del tamaño perfecto, voluptuosos y tersos. Los ahuecó y sopesó con ahínco, excitándose por momentos.

—Admite que vas a echarme de menos cuando esto termine.

Cuando le rozó las puntas con los pulgares, duras bajo el vestido de muselina blanco, Elena abrió la boca, sorprendida. Le encantaba ver sus reacciones, tan intensas y reales.

—Puede...

—Tu vida se volverá anodina de nuevo. Admite que colarme en tu habitación aquel día fue un acierto.

—Sí... ¿vas a terminar algún día este interrogatorio?

No quería. Le apretó al instante los dientes contra los tensos músculos del cuello, dibujando una línea con la lengua en su piel desde la garganta hasta el hombro. Se estaba estremeciendo de placer, y él también.

—Admite que te mueres por que siga tocándote.

No hubo respuesta, al menos verbal pues su cuerpo se tensó cuando el hilo del escote cedió, abriéndose y dejando sus pechos al aire, escoltados sobre sus bronceadas manos. Christian no pudo apartar la mirada de dicho espectáculo, eran crema sobre sus manos. No dudó en frotar los pezones con el pulgar con suavidad, rodeándolo una y otra vez.

—Christian ... —musitó ella con la voz entrecortada—. Estamos dentro de un carruaje.

—Lo sé. Y también que eres preciosa, y que este sea posiblemente el momento más erótico que he vivido.

Había perdido el control, y tenía que recuperarlo, de lo contrario... negó con la cabeza, disipando todos sus pensamientos lujuriosos. De golpe, apartó la cabeza de entre sus senos y los colocó dentro del vestido, atando la cinta con premura. Estaban dentro de un carruaje, cualquiera podría haberlos visto, ella tenía razón. Y, sin embargo, deseaba continuar, ignorando cualquier aviso.

—¿Qué ha sido eso? —escuchó que murmuraba ella completamente avergonzada, desviando los ojos hacia la ventanilla.

—Algo divino, ninfa.

La mano sudada de ella se enzarzaba en su antebrazo, apretándolo con efusividad.

—Christian, mira allí —exclamó ella, señalando una taberna medio diluida por el ambiente todavía candoroso.

Hizo que se sentase encima del asiento y se inclinó hacia la ventanilla, achicando los ojos para lograr ver lo que ella señalaba.

—Elisabeth McLow, supongo que es el nombre de la taberna —dedujo—. Es un tanto extraño, ¿no crees?

—¿Solo eso? Las coincidencias no existen, querido. Elisabeth era el nombre de la hija de Ned Low, la M y la C son las iniciales del barco, *Merry Christmas*, y Low es su apellido. ¿Podría ser el sitio donde se encuentre el tesoro! —exclamó de manera entusiasta, saltando del asiento.

—Tienes razón, las coincidencias no existen. Espera aquí, ahora vuelvo —le ordeno nada más

abrir la puerta.

—Ni lo sueñes, voy contigo.

—Es una taberna, las debutantes no van a estos sitios, y menos acompañadas de un truhan como yo. Piensa que sería fatal para tu reputación —añadió él burlándose de sus palabras anteriores.

Ella arrugó la nariz y maldijo en silencio.

—Vete al infierno, Bradford. Ni se te ocurra decirme lo que debo hacer.

Supo que tenía la batalla perdida de antemano, así que no mostró más batalla. Ambos salieron del carruaje para llegar hasta el interior de aquel establecimiento. Castigado por el paso del tiempo, abarrotado en casi todas las mesas y con un ambiente caluroso, se fijó en cómo ella lo observaba con minucioso detalle.

—¿Vas a escribir sobre tabernas, ninfa? —susurró en su oído.

Con la capa puesta, se aseguraba de que a la gente le costase algo más reconocerla. Pero él sabía que era inconfundible.

—Puede que escriba sobre piratas crueles y sanguinarios que se enamoran de mujeres en tabernas como esa —respondió con picardía.

Ladeó el rostro, teniendo una imagen algo grotesca de borrachos brindando con brandy de mantequilla cuyos contenidos se derramaban por las comisuras de los labios y manchaban sus camisas polvorientas y rasgadas. Delante de ellos, una jovencita pintarrajeada con un carmín rosa descolorido y un escote indecente manoseaba la entrepierna de un hombre mayor vestido con cierta elegancia y jugaba con la cadena del reloj de bolsillo, la enredaba en su dedo y tiraba de ella haciendo mover al viejo hacia su vera, como si fuese un juguete. La cara arrugada y enrojecida del hombre parecía de felicidad pasajera, con los ojos medio cerrados y una sonrisa de bobo.

—Dolly, dame un cubo para que el señor pueda mear.

De reojo vio el asombro de Elena. Le cogió la mano dirigiéndose directamente hacia la barra. La señora pelirroja estaba limpiando un vaso con un paño.

—¿Desean algo? —preguntó sin llegar a mirarlos.

Carraspeó antes de hablar. Ni siquiera sabía qué decir, aquello era una locura.

—Parecerá una tontería pero... creemos que es la taberna del pirata Edward Low.

La mujer soltó una carcajada antes de señalarles un hombre viejo sentado en la esquina del local fumando pipa.

—Pregúntenle al dueño, señores.

No perdían nada por intentarlo, así que cruzaron el animado local hasta llegar a ese hombre de mirada perdida. Parecía estar allí, pero su mente no. La barba grisácea y el poco pelo que le quedaba en la cabeza junto con las arrugas alrededor de los ojos y de las comisuras de los labios decían que era muy mayor.

—¿Señor? Nos han dicho que es usted el dueño —dijo con timidez Elena.

El hombre pareció despertar de un largo letargo, mirándolos por primera vez.

—En efecto, sí. ¿Quién sois vosotros? Sentaos, sentaos —incentivó señalando los dos taburetes de delante.

Ambos lo hicieron antes de continuar con la sórdida historia que los había llevado hasta allí.

—Creemos... creemos que esta es la taberna de un pirata, Edward Low —repitió Christian, expectante.

—¿De veras? ¿Qué os lo hace pensar?

—El nombre de la taberna y el barrio, señor.

—El nombre... ¿en serio?

Elena asintió, y lo miró a él para ver si podía continuar. Asintió, tenía un palpito de que habían acertado de lleno.

—Elisabeth era el nombre de su hija. MC con las iniciales del Merry Christmas, un navío que tuvo, y Low... su apellido.

—Interesante. ¿De dónde habéis sacado toda esa información? —preguntó el hombre cruzándose de brazos.

—Digamos que tuvimos algunas pistas que seguir —murmuró él.

La sonrisa del hombre lo dijo todo. Por supuesto que era su taberna.

—Ya había perdido la esperanza de que fuese yo el afortunado en recibir a quienes hubiesen resuelto el acertijo. Soy Jeremy Corbyn, por cierto, y sí, soy el nieto de Low. Pero esto es un secreto que guardamos de generación en generación.

—No hay tesoro, ¿cierto? —dedujo Elena con perspicacia.

—Por desgracia, ya no. Lo único que puedo revelaros es el destino final de mi abuelo, que fue este.

»Bajo una nueva identidad, volvió al que había sido su hogar; con el dinero que pudo conservar de su etapa de forajido, compró esta casa, puso una taberna y siguió con su vida. Los clientes venían para escuchar las hazañas «del temible pirata Ned Low». Lizzy se hizo mayor, se casó con un buen hombre, antiguo marinero, como mandaba la tradición, y tuvieron un par de críos, yo y mi hermano. Él llevaba en la sangre el mar bravío y se embarcó en la marina, hace tiempo que sus huesos fueron a parar al fondo de cualquier océano. Yo me quedé aquí, también tuve mi propia familia... Mi abuelo Ned murió yo cuando tenía diez años. Sus cenizas fueron lanzadas al mar, junto con su querida Eliza. Pero sí que habéis encontrado su tesoro, y es esto —señaló a su alrededor—. Su bien máspreciado siempre fue su hija, y por ende su tesoro somos nosotros, el legado de Ned Low.

La cara de felicidad de Elena lo recompuso tras su desilusión inicial. Su pasión por aquellas pequeñas cosas, las historias ajenas, hacían que él mismo tuviese ganas de vivir las suyas.

—Es una historia preciosa. No me hubiese imaginado un final más perfecto —musitó ella con la voz queda.

Estaba a punto de llorar, sus ojos negros brillaban bajo la luz cálida de los farolillos. Tragó saliva y supo que la amaba. En aquella taberna que olía a sudor y a vino barato, la aplastante verdad lo golpeó.

—Ha sido un placer. Espero que la decepción os sea leve. Pero sois jóvenes y tenéis toda la vida por delante. ¿Deseáis algo de beber para amenizar el golpe?

—No será necesario. En verdad, haber resuelto el misterio ha sido de lo más satisfactorio —alegó él, levantándose entonces—. Ha sido un placer, señor Corbyn. Espero que pase una buena noche.

—Igualmente, jóvenes.

Ambos salieron de aquella taberna con aire triunfante, y no se detuvieron hasta volver al carruaje. Christian le indicó al cochero que los llevase a la residencia de los Connynham lo antes posible, pues ya era tarde.

—Al final no había tesoro. Lo siento por ti, sé que lo deseabas para tu dote —dijo de pasada.

—Cierto. Ya pensaré en algo, al fin y al cabo es mi primera temporada.

—Debes darte a valer. No casarte con el primero que se te declare, y no bailar mucho con nadie en particular —dijo divertido.

—Vaya, señor Bradford, parece que tienes una fuerte opinión sobre el flirteo y el matrimonio.

—Algunas cosas las tengo claras.

No tardarían en llegar hasta su casa, y todo había terminado. Ni siquiera sabía qué hacer ni qué decir. Deseaba que aquella noche no acabase nunca.

—Christian, yo... debo decir que gracias —murmuró, mirándole a los ojos—. Hacerme participar en esta aventura ha hecho que me recuerde a mí misma quién soy y qué es lo que me apasiona. Creo que lo había olvidado, no sé cuándo pero...

—Te escondiste detrás de esa dama remilgada y perfecta. No sé por qué lo hiciste, pero no lo vuelvas a hacer, Elena —rogó—. Espero que sigas escribiendo.

—Lo haré —le aseguró—. Puede que las aventuras y desventuras de Ned Low me estén esperando... —divagó.

El carruaje se detuvo, y supo que era hora de hacerlo. Antes de que bajase la mirada, a sabiendas de que iba a decirle adiós, le meció el rostro con ambas manos abarcando toda su longitud y la besó con sentimiento, ganas contenidas y suavidad extrema. La besó largo y tendido hasta que sintió que los labios se le iban a desgastar.

—Cásate conmigo, ninfa —pronunció esas palabras con la voz ronca, ahogada.

Ella respiró hondo, mientras que por su mejilla surcaba una lágrima solitaria preludio de más.

—¿Qué? No digas tonterías, Bradford.

—No estoy diciendo ninguna tontería. Te he comprometido, además.

—Nadie sabe nada. Es tarde, tengo que entrar en casa o Wendoline se preocupará.

—¿Me estás rechazando? —preguntó para que supiera que iba en serio.

—Deja de bromear, por favor —susurró, buscando alejarse un poco pero sin conseguirlo, no porque él no la dejase sino por su propia incapacidad de hacerlo.

—No lo hago. Te estoy pidiendo que te cases conmigo.

—No puedo hacerlo —dijo ella con un hilo de voz.

—¿Hay alguna razón en particular?

—Muchas, tú lo sabes. Vamos, es ridículo. No estás hecho para el matrimonio.

—Estás atentando contra mi inteligencia y la tuya haciendo tales alegaciones. Si vas a decir algo, que sea coherente, y verdad. Dime, ¿por qué no quieres casarte conmigo? ¿Es porque no poseo ningún título? Es eso, y porque tengo una pésima reputación aunque sabes que nada es cierto. ¿También es porque no me codeo con la flor y nata de la sociedad? ¿O porque mi madre no es de la realeza y está enamorada de Burun? —dijo perdiendo la paciencia—. Dime, Elena.

Pero ella callaba teniendo un nudo en la garganta, sin poder apenas pronunciar palabra.

—Christian... —empezó temblándole la voz.

—Vete, por favor —le pidió, mirando hacia al frente.

El sollozo interrumpió el silencio cortante que había entre ellos. Escuchó cómo se abría la portezuela, y cómo ella salía. Antes de cerrarla, se inclinó un poco hacia adentro.

—¿Por qué quieres casarte conmigo? —preguntó con algo de agonía.

Era la pregunta más absurda que podía haberle hecho. No desvió los ojos, pero sí abrió la boca.

—Porque te quiero, y estoy enamorado de ti.

Lo que más deseaba escuchar en esos momentos era un te quiero de vuelta, o un gesto, cualquier cosa que indicase que no estaba solo en ese barco, pero al mirar de reojo vio que ella se encontraba a diez pasos, cruzando ya el pequeño jardín de su casa. Aquel navío partió dejándola a ella en tierra firme.

## Capítulo 19

### EL CADÁVER

Temblorosa, Lilian permanecía en el interior de aquella casa que había alquilado de forma temporal junto al fuego que calentaba la única estancia grande. Servía de comedor, salón y cocina. Arriba había dos habitaciones donde estaban instalados respectivamente.

—¿Tienes frío? —preguntó al entrar.

Habían pasado un par de meses desde que aquella aventura del tesoro hubiese concluido en nada. Farewell cumplió con su palabra y avisó a Rhodes, lo había visto rondar varias veces el *Red House*. Por eso tuvo que sacar a Lilian de allí y alquilar aquello.

—No, estoy bien. ¿Hay noticias sobre Rhodes?

—Nada.

Sus ojos centelleaban cuando miraba al fuego directamente. Iba en camisón, ni siquiera se había molestado en vestirse, cosa que detestaba en profundidad. Porque desde aquel día en que le confesó quién era, no había vuelto a tocarla y ella tampoco había dado muestras de que lo deseara.

—Ya se cansará, tarde o temprano —dedujo ella—. ¿Tienes hambre? He comprado en la taberna de al lado un poco de estofado —le ofreció sacando la olla de la chimenea.

—¿Has salido sola?

—Un segundo nada más, y con la capa puesta. Nadie me ha visto más que la tabernera —se justificó enseguida.

—No debes hacer eso. Diantres, Lilian, todavía no me has dicho qué demonios quiere Rhodes de ti.

Se había guardado esa información cautelosa, y por mucho que insistía, no lograba arrebatársela.

—¿Cambiaría algo? No, no lo haría.

—Puede que sí. ¿Vas a esconderte eternamente?

—No, solo hasta que cumpla los veintitrés. Entonces podré huir.

—¿Adónde?

—A América. Así dejaré de ser un estorbo para ti —musitó con aplomo, igual que si aquello le doliera un poco.

Gratz frunció el ceño.

—No eres un estorbo. Lilian, mírame —le rogó cuando ella desvió la mirada de nuevo hacia

las llamas—. Ratoncita, por favor.

Parecía que aquel mote extraño hacía que su corazón se volviese un poco más blando, que los ojos se le empañasen un poco más de lo que ya los tenía.

—Vamos, Gratz, tú nunca mientes, no empieces ahora a hacerlo. Sé que no es la vida que tu querías, que ser libre, dirigir el cotarro en el *Red House* y danzar al son de las cortesanas es lo que te gusta. Pero cada noche tienes que volver aquí conmigo. No debí rogarle a la señora que me diera tu dirección, ni venir a Londres. Debí de haberme quedado en el campo, tenías razón —se lamentó.

—¿Cortesanas? —se burló él al escucharla. Diantres, si ni siquiera podía pensar en sí mismo teniendo su mente ocupada con ella—. Lilian, basta de decir tonterías. Come algo y ve a la cama.

—«Come algo y ve a la cama» —lo imitó ella con la voz más grave y el gesto enfadado—. No soy una niña.

—Y, sin embargo, te comportas como tal. No me dejas ayudarte, y es lo que me pediste.

—Pues te libero de mi petición. ¡Cómo desearía que fuese diciembre!

—¿Es tu cumpleaños en diciembre?

—Sí.

—¿Qué quieres de mí, Lilian? Te he dado un lecho caliente, un refugio, te doy mi protección —la encaró, cogiéndola por las muñecas, turbado ante la cercanía de aquel ángel caído—. ¿Qué quieres de mí?

Inspiró el pelo de su aroma a leña quemada y a rosas. Sintió el deseo de subirle el camisón y observar todo su cuerpo desnudo, besarle de arriba abajo.

—Yo... no lo sé —admitió—. Pero me gustaría que vinieras conmigo a América. ¿Lo harías, Matty? Podríamos empezar de cero, nadie nos conocería. Haríamos lo que quisieras, puedo dedicarme a cualquier cosa, aprendo rápido. Estoy segura de que hay algo que siempre has querido hacer.

—¿Con qué dinero, ratoncita? No creo que mis ahorros cubran mucho más que los pasajes.

—Juntemos los tuyos con los míos. Cuando cumpla los veintitrés nos dará para bastante.

—¿Y eso?

—La herencia de mis padres —mencionó como quien no quiere la cosa.

—Tengo que pensarlo.

—No hay prisa hasta diciembre. Puedo quedarme aquí y esperarte por las noches, lo prometo. O hacer otra cosa.

Estaba tan necesitada de cariño y de amor que abandonó la idea de inclinarse y besarla. No podía aprovecharse de ella en esa situación de vulnerabilidad, sería un jodido sin escrúpulos si lo hiciese. Así que se sentó en el único sillón libre y la puso sobre sus rodillas, apretando la espalda en su pecho, ahuecando la palma de la mano en esa mejilla enrojecida.

—Cuéntame una de esas historias de Prudence —pidió con cierta reticencia.

—Creí que eran tus historias.

—Lo eran. Pero me he olvidado de ellas.

—Pues había una de un conejo que se perdía en el bosque y no encontraba su madriguera. Se hacía de noche, llamaba a su madre y a sus hermanos, pero nadie lo escuchaba. Entonces apareció

un ser volador enorme que lo cogió por el pescuezo y lo llevó hasta las alturas de un árbol quemado por un rayo. Era un búho que esperaba para comerse al pequeño animal. Pero el conejo no estaba dispuesto a rendirse fácilmente, y clavó sus largos dientes en las garras del ave que, presa del dolor, lo soltó. El conejo saltó hacia abajo, llegando al suelo, y huyó.

—Creo que te has dejado la parte en la que negocia con el búho —susurró Gratz con una sonrisa de bobo que hacía tiempo que no se le ponía.

—Cierto. Pero hace mucho tiempo de eso, solo recuerdo pinceladas —dijo, mientras acariciaba su nuca en círculos de forma suave con los dedos—. Cuando no te vi durante días, pensé que habías muerto igual que Prudence y lloré.

—¿Lloraste por mí, ratoncita? —Una punzada en el corazón hizo que anidara en él la certeza de que esa mujer era única y que le había cogido demasiado cariño.

—Lo hice. No sé si sabes...

El sonido de la puerta al abrirse los interrumpió, y ambos giraron el cuello para ver quién era.

Gratz lo supo enseguida. Palideció al ver que el parecido entre ellos era sorprendente. No, era incluso enfermizo. Por suerte, su rostro llevaba cubierto por esa barba espesa y extensa durante muchos años y poca gente podía llegar a describir sus facciones a la perfección. Se preocupó al ver que en la mano derecha sujetaba un arma, y sin perder el tiempo colocó de un salto a Lilian detrás de él, protegiéndola con su cuerpo.

Las botas de piel marrón oscuro gimieron al dar dos pasos hacia adelante. La sonrisa burla de los labios finos, enseñando algunos dientes torcidos y amarillentos, le indicaron que iba confiado. Su vestimenta era cara, chaleco de seda a conjunto con el traje del mismo color, y una capa por encima para pasar desapercibido. Los ojos azules eran fríos a rabiar, pero no de su misma tonalidad, sino algo más tirando a cobalto. El cabello rubio peinado hacia atrás era más limpio que el suyo, a excepción de ese día cuando Lilian se lo lavó.

—Vaya, vaya, pero si aquí está mi querida prima. ¡Qué rápido te has amancebado! Esto facilitará las cosas —suspiró sin dejar de sonreír—. Es mi prima y por ley tiene que venir conmigo, así que si no quieres que te meta una bala en la sien, apártate.

Pero Gratz no movió ni un músculo. No le había reconocido, no era extraño. Se había marchado cuando todavía era un crío y ahora era un hombre hecho y derecho, dos o tres centímetros más alto incluso que él.

—Deja que vaya —escuchó que decía Lilian en un susurro, pero no dejó que diera un paso, teniéndola agarrada por la mano derecha.

—No.

Rhodes puso los ojos en blanco y cargó la pistola torpemente, fingiendo una seguridad que no tenía.

—No vale la pena. ¿Sabes quién soy yo? El barón de Rhodes. Si quieres dinero, habla con mi administrador. ¡Lilian, no seas terca! —gritó mirándola fijamente.

Fue Gratz quien sonrió entonces, trazando un plan en su cabeza. ¿No era venganza lo que siempre había anhelado? Se la acababan de servir en bandeja.

—¿Sabes quién soy yo, Peter? No te acuerdas de mí.

—¿Debería? —respondió con socarronería—. Un segundo, ¿cómo sabes mi nombre? ¿Quién

demonios eres?

—El que siempre te ganaba cuando hacíamos carreras con los caballos a escondidas. Luego te volviste un snob, veo que sigues siéndolo.

La carcajada que soltó no tuvo parangón, y Gratz aprovechó para mover esa pequeña pistola que siempre llevaba dentro de la bota derecha. Necesitaba una sola distracción y sería suficiente para desarmarlo.

—¡Pero si eres Matthew! Menuda sorpresa. Parece que los dos le hemos echado el ojo a la misma muchacha. Nada extraño, siempre quisiste lo que yo tenía —dijo maliciosamente—. Pero vas a perder, Matty, como siempre. Esta flor inglesa está fuera de tu alcance. Dime, ¿me has hecho el favor de desflorarla? Detesto a las vírgenes.

Ató cabos de inmediato, el porqué de la negativa de Lilian a decirle qué era lo que Rhodes quería, la suma cuantiosa que ella heredaría...

—Siempre fuiste un derrochador. ¿No te da vergüenza? Búscate a una rica heredera y deja en paz a tu prima —dijo, sabiendo que no tendría en cuenta nada de lo que él dijera.

—No voy a perder el tiempo cortejando a alguien cuando tengo el tiro asegurado. Ha sido un placer, Matty, pero llevo prisa. Dame a Lilian y fingiré que esto no ha pasado. ¿Sabes qué echo en falta? Un jarrón, justo cuando te marchaste. Siempre fuiste un ladronzuelo ...

Gratz simuló que le dejaba paso a Lilian, y justo cuando estuvo delante de él, cogió la pistola y le apuntó con ella, cogiendo a Lilian por la cintura para que no se moviera.

—No irá contigo, ahora vete antes de que esto se te vaya de las manos.

Un grito de frustración salió de su garganta y maldijo en silencio.

—Si vuelvo va a ser con la autoridad. ¡Está bajo mi potestad! ¡Puedo hacer con ella lo que me venga en gana! Maldita sea, cuando estés en casa ya no podrás escabullirte, te ataré de pies y manos, zorra.

Se percató enseguida del miedo que ella sentía ante sus palabras, aunque intentase disimularlo, pero las rodillas le flaqueaban. Apretó el brazo, estrechándola contra su cuerpo para calmarla.

—Sal de una vez, Peter —repitió, perdiendo la paciencia.

Tras algunos minutos de deliberación, pareció que Rhodes no tenía alternativa, y dio un paso hacia la puerta.

—Voy a volver, y te meteré entre rejas, Matty. Es una pena que tu madre muriera, si no me habría encargado de encamarla tal y como hizo mi padre, o peor, aunque él tenía fama de ser un maldito animal con las mujeres.

No le tembló el pulso. Ni siquiera lo pensó hasta después de haber apretado el gatillo. Parpadeó y lo vio en el suelo. La pistola humeante en la mano, el brazo todavía extendido y Rhodes muerto de un disparo en la sien.

—Matty. Matty, ¿me oyes?

Giró la cabeza hacia Lilian que se había soltado de su agarre y restaba expectante a su lado con una expresión de horror que jamás olvidaría.

—Está muerto. Mierda —soltó él, dejando la pistola encima de la única mesa.

—Está muerto. Lo has matado, Matty. Lo has matado, ¡Dios mío, van a ahorcarte! Tenemos que marcharnos, sé que no quieres ir a América, pero...

Gratz la cogió por los hombros calmándola. No podía permitirse entrar en pánico, no después de matar a un lord.

—Respira hondo, ratoncita. Nadie va a ir a la horca, ¿de acuerdo? Respira hondo.

Pensó con rapidez cómo deshacerse de él. Coger el carruaje y tirarlo Támesis abajo, con algo de suerte cuando lo encontrasen estaría putrefacto. O enterrarlo en las afueras, bosque adentro, pero cualquier animal salvaje ... o podría...

—¿En qué estás pensando?

Caminó hacia él. De la herida salía un hilo de sangre ensuciando el suelo. Le quitó la pistola de la mano.

—¿Crees que nos parecemos? Somos hijos del mismo padre, al fin y al cabo.

De entre sus cosas que se encontraban dentro de un baúl, sacó una cuchilla de afeitar. Buscó el único espejo del comedor, puso la barba en remojo, y empezó a afeitarse poco a poco. Era curioso el pulso que estaba teniendo después de haber matado a un hombre, pero Gratz nunca pensó las cosas demasiado, decía que si ya estaba hecho, darle vueltas al asunto solo producía dolor de cabeza.

Se peinó el pelo hacia atrás, igual que lo llevaba Peter, lo vio a él en ese espejo.

—Parecéis gemelos. Él es más delgado, tú estás algo más fornido y eres más alto. ¿En qué estás pensando, Matty?

—En vestirlo con mi ropa y hacerlo pasar por mí. Nadie me echará de menos, y tengo bastantes enemigos a los que no le importaría verme bajo tierra.

El brillo en los ojos de Lilian no lo detuvo para empezar esa locura de idea que se le había ocurrido.

—Es perfecto —susurró—. Te ayudo.

Con algo de dificultad, lograron quitarle la ropa al cuerpo sin vida y aún caliente. Tardaron un poco más en ponerle uno de sus pantalones, sus botas, la camisa y esa capa algo roñosa. Le pusieron hollín en el pelo a propósito para que pareciese más sucio y también en el rostro.

—Debemos irnos, vístete, Lilian y coge todas tus cosas.

—¿Y tú?

—Si ese hombre soy yo, no puedo llevarme nada, solo los ahorros. Esta noche partimos hacia América.

Sin embargo, cuando Lilian bajó las escaleras llevando el vestido de la primera vez que se vieron, supo que algo le bailaba en la cabeza.

—Escucha, entenderé que quieras irte por tu lado. No soy un buen hombre, ratoncita, y aunque no quería matarlo, la mención a mi madre...

Las yemas de los dedos se posaron sobre sus labios deteniéndolo.

—Shh, no hace falta que te justifiques. Acabas de salvarme otra vez, porque ambos sabemos que tarde o temprano me hubiese encontrado, y te juro, Matty, que si me llega a tocar le hubiese matado cuando hubiera tenido la oportunidad.

—Aun así, entendería que no confiases en mí.

—Pero confío en ti. Eres el único en quien confío. Por eso voy a hacerte una propuesta: podemos marcharnos a América con tus ahorros ahora mismo, o podemos... esperar a ver si

identifican a Peter como Gratz, y entonces volver a *Primrose House* siendo Lilian y el barón de Rhodes hasta diciembre, cobrar mi herencia y marcharnos a América siendo ricos. Pero tú decides, Matty.

No era un mal plan. Ninguno de los dos lo eran, el segundo tenía infinitamente más riesgos que el primero, pero muchos más beneficios. La miró a los ojos, dándose cuenta de que la dualidad que presentaban estos, siendo uno verde y otro azul, era una avanzadilla a lo que venía siendo su carácter, dulce y feroz al mismo tiempo.

Abrió la boca, habiendo tomado una decisión.

## Capítulo 20

### DESEOS DE COSAS CASI IMPOSIBLES

*Algunos meses más tarde*

Estaba temblando de pies a cabeza. El nudo que se le había formado en el estómago desde aquella mañana no había desaparecido y sospechaba que no lo haría hasta que hubiese hablado con él. Era su oportunidad, quizás no tendría otra. Los invitados estaban esparcidos por el salón pasándolo bien. Era una fiesta magnífica, la última de la temporada para ella. Pese a que el conde de Clarence no era demasiado dado a las fiestas, su mujer le había convencido para dar esa, y resultaba que la condesa de Clarence era, ni más ni menos, que la hermana de Christian Bradford.

Cada rincón de la estancia había sido encerado y abrigado, incluyendo suelos y ventanas. Las cortinas de damasco eran magníficas; los cuadros, de pintores que no reconocía, y la vajilla de Limoges resplandecía. Cientos de velas centelleaban en las enormes lámparas de araña así como en los candelabros de las paredes. Se apoyó en una de las columnas de mármol que resaltaban la altitud del lugar. Era el sitio perfecto, al lado del corredor superior, perfecto para que todos aquellos que necesitasen tomar algo de aire pudiesen hacerlo sin abandonar el lugar del todo.

Hilary le había asegurado que estaría allí. Dijo que si era necesario, lo llevaría ella misma. Le había comentado que apenas salía de casa o del *Red House*, que parecía un cadáver en vida. No muy alejado de en lo que ella misma se había convertido. En todas las veladas parecía que Elena estaba presente en cuerpo, pero no en alma. Y era que en verdad, se encontraba lejos de todos aquellos sitios, solía fantasear que cogía un carruaje y llegaba al *Red House*, se bajaba de él y subía las escaleras hasta su despacho. Otras veces viajaba en el tiempo, en aquel momento en el que él le dijo que la amaba, y ella se quedó parada sin decir nada, enmendando aquel silencio escalofriante.

Por supuesto que lo quería, ¿cómo pudo haber dudado? No, no dudó, sino que todavía no se había dado cuenta cuando él se lo confesó. Fue unos días más tarde que se derrumbó completamente al detenerse delante de las estanterías de la biblioteca y ver un libro sobre la mitología griega. Lo abrió, pudiendo observar los dibujos de las ninfas del bosque. Así era como él la llamaba, ninfa. El libro se le resbaló de las manos, golpeándola una realidad innegable: lo echaba de menos, día y noche. No podía parar de pensar en su boca, en sus labios, en sus ojos, en su risa ni tampoco en su sentido del humor o su manía de tararear cualquier melodía en los

momentos más tensos.

Cuando vio que cruzaba la entrada, le flaquearon las piernas. Estaba más arrebatador que nunca, con el cabello un poco más largo, tanto que lo tenía sujeto en una pequeña coleta hacia atrás. Su semblante serio le producía desasosiego, porque tenía miedo, mucho miedo de que fuera demasiado tarde. No se achantó, respiró hondo y fue directa hacia el rincón que él había escogido para pasar desapercibido. Se colocó a su lado sin apenas mirarle. Quería alargar la mano y tocar la suya, pero se contuvo.

—Parece triste, señor —susurró, fingiendo observar a la gente bailar.

Esperaba que no se fuera. Se lo merecía, lo sabía, pero deseaba que se quedase lo suficiente como para escuchar lo que tenía que decirle.

—Vete al infierno —rugió él sin abandonar su fingida quietud.

«Al menos no finge no estar enfadado. Sería peor que le fuera indiferente», se consoló a sí misma.

—Estás siendo demasiado duro conmigo, Christian —respondió ella con un hilo de voz.

Se apretó las manos, colocadas detrás de la espalda. Apenas podía respirar del agobio e impotencia que sentía en esos momentos.

—No lo creo. Me dejaste con la palabra en la boca la última vez que nos vimos, y de eso fue ya bastante.

—Dijiste algo que no me esperaba —le reprochó.

—Te abrí mi corazón y tú lo pisoteaste. —Hizo el ademán de dar un paso hacia adelante con la intención de marcharse, pero ella le cogió de la mano para que no lo hiciese—. Cuidado con tu reputación, milady —le advirtió.

—No hice tal cosa. Necesitaba pensar —susurró Elena sin dejar de soltarle la mano.

—¿En las posibilidades que tenías el resto de la temporada? Creo que te está yendo muy bien, felicidades —murmuró—. Suéltame.

—En mis sentimientos. No todos nos damos cuenta de lo que sentimos enseguida, sobre todo cuando ese sentimiento es abrumador y terrorífico —dijo tragando saliva—. La biblioteca, en diez minutos, te lo ruego.

Aquellos segundos en los que tardó Christian en asentir se le hicieron eternos. Aliviada, le soltó la mano y se dio la vuelta, yendo directa hacia la puerta. Sabía dónde estaba, la había visto justo al entrar. No se detuvo hasta llegar, dándole igual que alguien la reconociese. Esperó sentada en una de las butacas fingiendo hojear un libro del que ni siquiera había leído el título. ¿Dónde había dejado el suyo? Entre sus faldas, sujeto con una pequeña cuerda a su cintura. Deshizo el enramado que había montado, teniéndolo en las manos. Tuvo que pedir un favor para tenerlo encuadernado e impreso de una pequeña imprenta, y pagar una suma cuantiosa, pero merecía la pena.

Escuchó unos pasos y pidió el cielo que fuera Christian. Si no lo era, si no venía, iría ella al *Red House*, estaba decidida. Desde que supo qué era lo que quería, no vio otra posibilidad en su vida.

—Di lo que tengas que decir —exclamó él apoyándose en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y una expresión de aburrimiento.

Ella asintió, levantándose del sillón, enderezándose para contarle todo lo que había barruntado desde su inesperada confesión.

—Siempre pensé que mis padres eran un ejemplo de amor, solidez conyugal y respeto mutuo. Siempre quise un matrimonio como el suyo, porque ellos viajaban mucho por multitud de sitios exóticos. Mi padre era famoso por sus libros sobre bichos y rocas. Mi madre siempre le apoyó, iba con él a todas partes dejándonos a Wen y a mí meses en Inglaterra.

Tosió ligeramente ante de continuar.

—Pero nada de eso era real, me enteré hace poco. Madre no fue a ningún viaje, cuando el barón se marchaba, ella también lo hacía con su amante, el duque de Essex. Llevo un apellido que no me corresponde, porque Connyham ni siquiera era mi verdadero padre, ni tampoco el de Wen, y ahora resulta que tengo un hermano mayor que no lleva nuestro apellido... Todo esto fue muy confuso, sigue siéndolo. Pensé que no tenía sentido buscar ese ideal ya que todo el mundo finge, todos acaban traicionándote. Todos quieren algo de ti, en esos bailes me siento como una pieza de ganado siendo el matrimonio una mera transacción. No valía la pena buscar el amor, era una quimera ridícula y absurda, así que me abandoné al placer que tú me hacías sentir, diciéndome a mí misma que nada tenía que ver con el amor. Había construido una perfecta armadura para detener cualquier cosa que me hiciese sentir vulnerable de nuevo. Entonces tú... dijiste esas palabras. Las pronunciaste con aplomo y seguridad, y aunque quise ver falsedad, no la había. Me fui porque me estaba desmoronando por momentos, cada trozo de armadura que rodeaba mi corazón iba cayendo y yo me iba sintiendo más desnuda y más débil, hasta que cayó toda y me di cuenta de cuánto me importabas. Quise correr hacia ti y decirte que yo también me había enamorado, pero no me pareció justo. Sé que te hice daño al rechazarte, pero créeme, a mí me dolió mucho más.

Buscó sus ojos, que no habían dejado de mirarla. Se miró en ellos, queriendo ver una pizca de vulnerabilidad en ellos, y creyó hacerlo hasta que abrió la boca.

—No me quieres, Elena.

Frunció el ceño y se rio.

—A mi pesar, sí que lo hago. Me he enamorado del hombre con la peor reputación de todo Londres, que irónicamente da los mejores abrazos y besos, es sensible y tierno, y tiene el corazón más puro que he conocido nunca. Da la casualidad de que también suele robarme el aliento con su sola presencia —añadió, mordiéndose el labio—. Espero que me perdones, aunque si no lo haces... voy a tener que insistir.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Creo que me debes una corrección, y tengo el libro terminado —dijo, alargárselo—. Es único, así que haz el favor de no lanzarlo al fuego como otras cosas que yo me sé.

Lo cogió, echándole un ojo por dentro.

—*Una alianza lujuriosa*. ¿Es... nuestro libro? —se aventuró a preguntar con ese brillo que ella echaba de menos.

—Así es. Yo... quería hacerte algo especial, ya que tuviste la valentía de abrir tu corazón... Yo... —susurró nerviosa.

—¿Y si no te perdono vas a casarte con alguno de esos palominos que te rondan? —exclamó él

todavía algo fastidiado.

«No es una mala señal, Elena, al menos está celoso», dedujo ella.

Alzó los hombros y se acercó aún más, sabiendo que era hora de pasar a la ofensiva después de romperle unas cuantas barreras emocionales. Se detuvo a diez centímetros de su cara.

—Voy a tener que hacerlo, supongo.

—¿Es una amenaza?

—En toda regla. ¿Vas a casarte conmigo, Christian Bradford? Me gustaría pasar el resto de mi vida contigo.

—Creí que no me querías.

—Creíste mal —dijo ella, poniéndose de puntillas—. Estuve dos días enteros sin comer y sin dormir hasta que me di cuenta de lo enamorada que estaba de ti.

Le dejó un beso en la mejilla, y empezó a darle otro en el otro lado, en la punta de la nariz, en los pómulos, en las comisuras de los labios...

—Tendrías que haber venido antes —le reprochó—. Mucho antes.

—En el fondo soy una romántica y quería hacer un gesto bonito, y debía terminar el libro para demostrarte que iba en serio.

—Eres una de las debutantes con más éxito, o eso es lo que se dice de ti. ¿Sabes lo mal que lo he pasado pensando que...?

—Lo sé. He rechazado ya dos propuestas de matrimonio. Eso no me importa, porque nada es suficiente después de probar esto —dijo, alzando los brazos y rodeándolos en su cuello.

—¿Te refieres a probarme a mí? —musitó él con una sonrisa ladeada.

—Algo así.

Cuando sus bocas se encontraron de nuevo, el corazón de Elena explotó, o eso fue lo que le pareció, pues tanta felicidad no le cabía en el pecho. La magia de su boca la desbordó, y empezó a jadear. Notó sus manos hundiéndose en su moño, quitándole las horquillas, robándole la respiración. Oh, Dios, hacía tanto que no la tocaba de esta forma...

—Christian... ¿vas a hacer que me arrodille? Porque si tengo que pedirte así, lo haré —susurró—. Dime tu respuesta, por favor.

Él posó los labios sobre la piel nacarada de su garganta haciendo que se estremeciese de placer.

—Ninfa, claro que voy a casarme contigo. Aunque vas a tener que cumplir tu penitencia por haberme tenido durante todo este tiempo en la miseria. Piensa en todo el tiempo que hemos perdido...

Una sensación de júbilo la inundó, y entonces lo abrazó cubriéndole la boca de besos.

—Te lo prometo. Ahora... cierra la puerta de la biblioteca o vamos a convertirnos en el escándalo de la temporada —sugirió con una sonrisa pícaro bailándole en los labios.

—Vamos a serlo de todas maneras... ¿acaso crees que voy a esperar mucho más? Si es necesario voy a raptarte y a llevarte a Gretna Green.

—No lo será. Ahora... bésame otra vez.

La cogió en volandas sentándose en uno de los sillones, colocándola sobre su falda. Enroscó uno de sus mechones rubios entre el dedo índice mientras la observaba como si fuese una obra de

arte.

—Pienso hacerlo durante el resto de nuestras vidas.

A ella le pareció la mejor idea del mundo.

## Epílogo

### *T*reinta años atrás

Hilary estaba cansada. Eran pasadas las doce, y aunque su jornada había terminado, sabía que debía quedarse en su cuarto disponible por si cualquier chica necesitaba algo. Ese era su «castigo» por no querer seguir los pasos de su hermana en el oficio más viejo y al que su familia se dedicaba desde hacía muchos años. Pero, aunque había aprendido de la mejor, su propia madre, tenía ese miedo y esa repulsión hacia los hombres que le impedía poner en práctica todo lo aprendido. Sabía de buen grado que su madre había puesto grandes esperanzas en ella, su belleza no pasaba desapercibida y ya a sus quince años tenía madera para llegar a ser una de las damas de compañía de algún noble o rico comerciante y tener la vida solucionada. Esa era la gran meta de toda muchacha que cruzaba el establecimiento de *madame* Frissard.

Al escuchar unos pequeños golpes en la puerta, quiso morir. Le costó mucho levantarse de la cama y abrir para ver qué querían, pero el corazón se le detuvo de golpe al ver que no era ninguna prostituta, sino Burun. El hombre de tez oscura y hermosa que se hospedaba allí, ya que en ningún otro sitio le daban alojamiento, estaba delante de su puerta con una túnica rojiza, descalzo, sus cabellos rizados y largos azabaches hasta los hombros peinados hacia atrás brillaban, igual que sus ojos. Nunca había visto unos ojos tan bonitos y opacos, era como ver un eclipse de luna o mirar el mar en noche cerrada. Aquel hombre tan distinto le había llamado la atención desde el primer instante en que sus ojos se hubieron cruzado, y había sentido el palpitar de su latido en su propia garganta. Lo llevaba viendo cada mañana levantarse con el sol, igual que ella, salir del burdel y no llegar hasta la noche, cogiendo el plato que le daban de cenar, quedarse en una esquina de la cocina, comiendo, mientras leía un libro con signos extraños. Sí, llevaba analizándolo varios días, y cada vez que sus miradas se encontraban, sentía una especie de nerviosismo en su estómago.

Una atracción irracional e inesperada había nacido de ese hombre extraño, del cual solo sabía su nombre.

—Siento importunarte a tan altas horas de la noche —murmuró él.

Hilary tardó en reaccionar, porque se estaba perdiendo en sus palabras pronunciadas en un perfecto inglés.

—No te preocupes. ¿Deseas algo? —respondió ella, azorada.

—Quería saber si podía acceder a la cocina, no puedo dormir y me gustaría tomar una taza de té.

Ella sabía que a aquellas horas no habría nadie por allí, así que, atándose bien la bata de crepé, asintió.

—Ahora lo traigo a tu habitación.

—Puedo hacerlo yo, no te preocupes —indicó él—. Creo que estás un poco cansada.

—Es mi trabajo —respondió Hilary, saliendo de su habitación con una vela en la mano, y bajando por las escaleras internas, llegó hasta el primer piso, donde la cocina se encontraba.

No se lo esperó, pero Burun la había seguido. No perdió el tiempo y cogió un cazo y puso agua a hervir, viendo cómo aún había algunas brasas en el interior que calentaban la plancha de hierro. Cruzó los brazos y lo observó entre la penumbra, tan varonil, tan salvaje. Sí, esa era la palabra. Las mujeres murmuraban, algunas lo despreciaban por ser tan callado, otras decían que su piel era fea, mientras que otras proclamaban que no les importaría tenerlo en su cama. Pero ella no se detenía ante esto, porque además de encontrarlo hermoso por fuera, lo que la tenía en una intriga constante era lo que pasaba por su mente.

—¿Qué es lo que lees? —se decidió a preguntar.

Vio que, por primera vez, ese hombre de piel de color ámbar sonreía, y la habitación se transformó en un nuevo mundo.

—El Ramayana, es una historia hindú muy antigua.

—¿Ramayana? ¿De qué trata? —preguntó con curiosidad.

—De la historia de Rama y Sita, dos personajes de mi religión, el hinduismo.

—¿Es una historia de amor?

—Un poco, pero más bien de aventuras. ¿Por qué trabajas haciendo las tareas más arduas? Podrías estar de doncella en cualquier casa de buena familia, seguro que las condiciones son mejores.

Ahora era él quien hacía las preguntas. Aquella chiquilla demasiado concienzuda, orgullosa y bella le producía sensaciones que creía olvidadas, que nunca más despertarían en él. Era cierta ternura hacia sus débiles brazos, asombro hacia su fortaleza interior, respeto hacia su inteligencia que no dejaba de demostrar cuando hablaba con otra persona, y sí, inquietud por ese aspecto que, estaba seguro, Satí, la diosa de la sexualidad debía de tener en este nuevo mundo frío y lluvioso.

—No fui educada para ser una doncella. Tarde o temprano terminaré como ellas, pero cuanto más me resista, más me tendrá mi madre de sirvienta. Tarde o temprano dice que me voy a cansar.

—Deberías ser libre para elegir tu destino —susurró él, debatiéndose entre acercarse más o permanecer donde estaba, escogiendo la segunda opción.

—Debería. ¿Y tú? Estás lejos de tu hogar. ¿Qué haces aquí?

—Espero a que el noble al que sirvo llegue de España. No creo que tarde más que un par de días.

—¿Sirves a un noble? Creía que eras un hombre libre.

—Tengo una deuda de honor con él. Pero no me trata como a un criado. ¿Por qué no quieres ser prostituta?

Nunca le habían hecho esa pregunta tan directamente, ni siquiera su madre. Se inquietó un poco, volviéndose más pudorosa de lo que en realidad era.

—Yo... supongo que es miedo a lo desconocido. A que alguien que no conozcas te toque, te

desnude, entre en ti. Me da la sensación de que tiene que ser abrumador y desagradable si no... — murmuró, buscando las palabras adecuadas.

—¿Conoces al sujeto? En el hinduismo, la sensualidad es parte de lo sagrado. Es un propósito en sí, en la vida, tener placer. Pero al placer no se llega solo a través del coito. Hay otras maneras mucho más íntimas, más eróticas y más... estimulantes.

Hilary no supo si era su voz aterciopelada, los labios carnosos y sedosos o el ambiente tenue, pero tragó saliva y, con dificultad, se dio la vuelta a regañadientes para sacar el agua que ya hervía y ponerlo en una taza, notándose inquieta. Todo su cuerpo vibraba ante tales palabras.

—Interesante. ¿Cabe en ese estilo de vida el amor? ¿O es solo placer puro?

—El amor es también un pilar básico, pero no tienen por qué ir de la mano. Gracias, has sido muy amable al preparármelo —susurró, viendo cómo ya lo tenía listo—. No deberías estar en este sitio.

—Tú tampoco. Llevas aquí una semana y... bueno, es un burdel. ¿Estás casado?

—No. ¿Te extraña que no quiera practicar el coito con alguna de esas mujeres? —expresó sin pudor.

—Madre dice que el hombre tiene necesidades. Que nosotras también, pero podemos reprimirlas.

—Claro que las tenemos, pero también podemos hacer eso. De todas formas, no creo que ninguna de ellas llegue a darme la mitad del placer que puedo lograr por mí mismo —confesó.

Aquello la extrañó. Eran mujeres experimentadas, su madre les había enseñado precisamente a dar placer, aunque también a distraer. Entonces se mordió el labio y dio un paso adelante, quedándose a pocos centímetros de su cuerpo.

—Eres el hombre más extraño y bello que he conocido. ¿Puedo... tocarte? Quiero saber si tu piel es tan suave como parece.

Él asintió, sin decir nada. Entonces Hilary alzó la mano hacia su rostro, hasta tocar con las yemas de los dedos su mejilla, que era igual o mejor que cualquier otra, que era igual que la suya. Lo acarició, recreándose en esas sensaciones que le nacían en el estómago y se esparcían por todo el cuerpo.

Suspiró, temiendo que, de un momento a otro, él se apartase, dejándola huérfana de esa sensación cálida y abrumadora. Deseaba continuar, recorrer cada trozo de piel canela, deshacerse de esos ropajes extraños y ver al hombre en todo su esplendor. Aspiró su aliento cuando él dejó libre esa bocanada de aire que había tragado, sintiéndolo tibio. Se humedeció los labios, sin saber qué hacer ni qué decir, porque todo aquello era nuevo para ella.

—*Sooryoday jitana sundar..* —susurró él.

Escucharle hablar en su idioma acrecentó ese deseo palpitante que se desprendía de su interior.

—¿Qué significa eso? —preguntó, absorta en la oscuridad tan cálida que desprendían sus ojos.

—Te lo diré más adelante. Creo que deberías descansar, no quisiera interrumpir más tu descanso —dijo, aunque no se apartó en ningún momento.

Fue ella quien dejó caer el brazo hacia abajo, interrumpiendo sus caricias. Quizás solo estaba siendo amable, y no le gustaba que lo tocasen. Quizás solo la veía como a una muchacha impertinente y sin experiencia. Así que asintió, bajando los ojos al suelo, decepcionada.

—Ya tienes el té preparado. Buenas noches —exclamó, medio irritada y algo dolida por aquel rechazo.

No se le pasó por alto a Burun, que vio cómo arrastraba los pies hasta la puerta de la cocina, y de un arrebato, corrió hasta ella cogiéndola por el brazo, deteniendo su marcha.

Irresistible, así la veía. Igual que la tormenta llega y sus lluvias arrasan con todo, no pudo dejarla ir, fue superior a su voluntad. No debía desearla, pero lo hacía, desde el primer momento en que la vio, su cabello medio rojizo y sus ojos despiertos y brillantes lo cautivaron.

No dijo nada, solamente la acercó a su cuerpo poniendo la otra mano en su cintura, tocando sus curvas merecedoras de ser divinizadas, y buscó su boca. En cuanto los labios tocaron los suyos, una especie de chispa se encendió en él, despertando esa pasión que llevaba durante tanto tiempo dormida. Los meció con suavidad, degustó su saliva y probó su aliento, poco a poco y conteniéndose al percibir su inexperiencia.

A ella el corazón le latía desbocado, y sentía que con cada roce de sus manos en ella y a cada beso, se elevaba del suelo. Hasta que él rompió el contacto, apartándola con suavidad. Aún con el corazón saliéndole del pecho, retomó su huida, sabiendo que nada sería igual a partir de entonces.

FIN

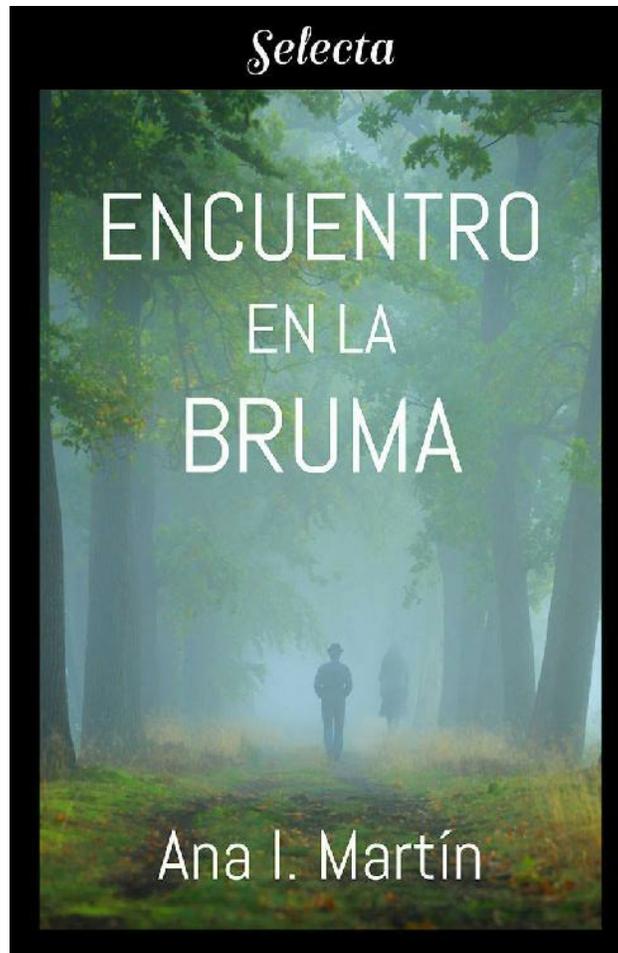
## Agradecimientos

Quería dar las gracias a los lectores de este libro de todo corazón. Gracias por apoyar a autores noveles, gracias por darnos una oportunidad y gracias por comprar el libro. También gracias de antemano por la opinión que seguro vais a dar del libro.

Un abrazo a todos,

Eneida

Si te ha gustado  
*Una alianza lujuriosa*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Encuentro en la bruma*  
de Ana I. Martín



Amelia abrazó a su marido y, tras besarlo, permaneció un instante con los labios en su cuello, mientras aspiraba el olor de su piel.

—Te echaré de menos.

Jacobo sonrió, le acarició la mejilla y la besó de nuevo hasta que el ascensor llegó a la planta y tuvieron que separarse.

—Llámame en cuanto puedas —le escuchó decir antes de que la puerta se cerrase.

Ella, con paso apresurado, regresó al piso y atravesó el salón hasta salir a la terraza, donde apoyó los antebrazos sobre el muro y se asomó a la calle. Un taxi esperaba en doble fila, y vio a su marido que se aproximaba con la maleta que el taxista guardó en el maletero. Segundos después, el vehículo abandonaba su lugar y se incorporaba al tráfico.

Amelia permaneció en la misma postura, absorta en el ir y venir de los coches. Ningún transeúnte caminaba por la acera iluminada por las farolas; no eran ni las siete, demasiado temprano para ella pero, aparte de despedirse de Jacobo, tenía cosas que hacer. Al día siguiente salía también de viaje y, mentalmente, repasó lo que iba a dejar a su hijo Diego: la comida en la nevera y el congelador, con etiquetas especificando su contenido y cantidad, sin olvidar el amplio surtido de conservas. En cuanto a la ropa, le había dado instrucciones sobre el funcionamiento de la lavadora, aunque no confiaba en que la utilizase.

De pronto notó un escalofrío. La bata sobre el fino camisón no abrigaba lo suficiente para quedarse más tiempo, y menos haciendo divagaciones, no obstante, echó un vistazo a sus plantas. Entre ellas destacaban las glicinias y el jazmín de flores amarillas que se enredaba por la celosía adosada a la pared; colocó en su sitio una de las ramas que se había soltado, y se volvió hacia las hortensias. Estaban dispuestas en jardineras, en la zona más sombreada, y aún conservaban sus macizos de flores azules. No así los geranios; el comienzo del otoño había hecho que empezasen a perder los pétalos y recogió los que habían caído al suelo.

«Aguantarán una semana», se dijo. Pues en ningún momento le pasó por la cabeza que Diego se acordaría de regar si no le llamaba expresamente para que lo hiciera.

Cuando terminó de desayunar, sintió el abrir y cerrar de la puerta del baño y, al instante, el rumor del agua de la ducha. A los diez minutos, su hijo entró en la cocina.

—Buenos días —le saludó.

Diego respondió sin vocalizar apenas las palabras. Tenía el pelo mojado y arrastraba los pies con las zapatillas en chanclas, como si aún siguiera dormido.

—Papá se marchó ya —le dijo mientras él sacaba la leche del frigorífico.

—¿Cuánto tiempo estará fuera? —preguntó.

—Una semana, o puede que se prolongue unos días más, según vaya el proyecto. Colaboran con los de M.B., y son bastante exigentes.

Amelia dudó si la escuchaba, aunque él asintió y, acto seguido, volvió a preguntar:

—¿Y vosotras?

—El martes, a las once, tenemos la cita con el notario, así que nos vendremos al día siguiente, por la tarde. Y, a propósito, luego te explicaré lo de la casa, la comida y todo lo demás.

Él asintió de nuevo, y sacó de la alacena dos cajas de cereales. Rellenó con ellos un tazón,

añadió la leche y lo introdujo en el microondas. Mientras se calentaba, pulsó el mando de la televisión para poner el canal de noticias.

Amelia lo dejó solo. Media hora después, oyó el tintinear de las llaves. Se asomó, y vio a su hijo con la mochila a la espalda, que se despidió con un «Hasta luego».

Las tareas domésticas le llevaron el resto de la mañana. Cuando Diego volvió de la facultad, comieron juntos, momento que aprovechó para aleccionarle sobre lo que debía hacer, recordándole obviedades como hacerse la cama, poner el lavavajillas, tirar la basura...

—Ya sé, mamá —la interrumpió.

—Si necesitas algo, puedes pedirselo a la abuela.

—No hará falta —contestó con desgana.

—Yo te llamaré, y también tienes el número de tu tía, por si acaso.

—Que sí, no seas pesada.

Aunque sintiera cierto remordimiento, a Amelia le daba pereza visitar a su madre. Su carácter arisco y dominante se había acentuado tras el fallecimiento de su marido, algo que había acabado por aceptar, porque en ningún caso pensaba enfrentarse a ella. No merecía la pena, por más que su hermana Silvia, mucho más pasional, no pudiera controlar su genio y terminase discutiendo a la menor oportunidad. Por eso comprendía que le hubiese pedido que fuera sola a buscar la documentación; así no sería el blanco de sus reproches y quejas. Lo contrario que ocurría con su hermano mayor. Ricardo era su ojito derecho y su madre no lo disimulaba. Estaba orgullosa de que hubiese cumplido sus expectativas: en lo personal, estaba casado y tenía tres hijos; en lo profesional, había estudiado Ingeniería industrial y se ocupaba de la empresa familiar de estructuras metálicas.

Sin embargo, ellas... Amelia había hecho Diseño gráfico porque no había aprobado ninguna de las asignaturas del primer curso de Arquitectura, un desastre que no llegó a ser completo para su madre, pues había conocido a Jacobo, un prometedor arquitecto.

En cuanto a Silvia, había empezado Derecho —que abandonó al tercer año al igual que su relación con su primer novio— esgrimiendo la excusa de que no le gustaba la carrera y no pensaba ejercer. Y como no tenía claro qué hacer, empezó a trabajar de administrativa en la empresa familiar. Cuatro años en los que, aparte de cumplir el horario, apenas hizo otra cosa salvo perfeccionar el inglés, leer y ahorrar todo lo que pudo para marcharse con una amiga al extranjero. Una estancia que se prolongó por dos años, de los que regresó con la idea de estudiar Periodismo, al tiempo que trabajaba en las oficinas de un periódico. Allí conoció a Fernando Santamaría, redactor y brillante profesional especializado en crítica política; su novio hasta hacía unos meses.

Con todo, las dos hermanas se habían quedado al margen de la empresa familiar. No así del resto de los asuntos, de los que Ricardo se desentendía con cualquier pretexto. De ese modo, a Amelia no le había sorprendido que la llamase para ir a recoger el poder notarial que había llevado a casa de su madre.

—Iría con vosotras, pero ya sabes lo liado que estoy —se excusó su hermano.

Y recordó, en especial, sus últimas palabras antes de colgar:

—Confío en ti, Meli, sabrás qué hacer.

Así de solemne, con su tono de voz grave y penetrante, llamándola con aquel diminutivo que solo su padre y Silvia empleaban. Eso la desconcertó más que su falta de interés, pues ya estaba acostumbrada a que él y su madre pusieran los asuntos de la herencia en sus manos. Aunque, por supuesto, debía tenerles al corriente, y lo de «confío en ti», le sonó como el mandato de un jefe.

Una sensación de vértigo recorrió el cuerpo de Amelia, tan desagradable como el que había tenido al morir su padre y se ocupó de reorganizar cajones, papeles y efectos personales. Y lo hizo sola, pues su madre se sentía «incapaz»; Silvia, por entonces, trabajaba en Londres, y Ricardo, como de costumbre, se limitó a pedirle cuentas de sus movimientos.

Afortunadamente, esa vez tendría a su hermana para hacer aquellas gestiones.

Y mientras el autobús recorría el Paseo de la Castellana, hizo memoria de la última conversación que había mantenido con su padre y que, ahora que lo pensaba, había girado en torno a la casa del pueblo. No tenía en mente las palabras exactas, pero sí la esencia: que ellas se la quedaran porque no quería que se vendiese a ningún extraño. Pero su muerte repentina había precipitado las cosas; nada se había acordado y Amelia no iba a planteárselo siquiera, menos aún a su madre y a su hermano. Respecto a Silvia, la diferencia de edad —ella con cuarenta y siete y su hermana treinta y cinco— las había distanciado y, durante años, había tenido de ella el mismo concepto que no paraba de machacar su madre: que era un poco errática y no tenía claro hacia dónde iba. También la dedicación a su propia familia y el trabajo habían hecho que no prestara atención a su hermana pequeña. Hasta que la ausencia de su padre las hizo unirse y Amelia no tuvo inconveniente en colaborar con ella ilustrando el cuento que había escrito para una revista.

Sin embargo, ninguna de las dos se había atrevido a poner objeciones a la venta de la casa.

Su madre la recibió como era habitual en ella: perfectamente vestida y maquillada como si fuese a salir de un momento a otro; lo único que no combinaba en su atuendo eran las cómodas zapatillas. Y Amelia no podía obviar que se parecía mucho a su madre: la forma de la nariz, el color de los ojos —de un verde oliva, como le gustaba decir—, así como el pelo fino y castaño que Amelia llevaba en un corte recto por encima de los hombros, en tanto su madre se lo moldeaba para darle más volumen. Eso sí, ella era más alta y corpulenta que su madre, y debía cuidar su dieta si no quería acabar engordando; una tendencia heredada de la rama paterna, de la que su hermana Silvia se había librado.

—Siéntate, estaba preparando el café —dijo su madre nada más saludarla con dos besos.

Ella obedeció, haciéndolo en un extremo del sofá, mientras respondía a las preguntas que le había hecho antes de ir a la cocina: los estudios de Diego y el trabajo de Jacobo. Y no le sorprendió que no se acordara de que su marido había salido de viaje esa misma mañana, pasando por alto que justo por eso podía ocuparse de la casa del pueblo. Tanto ella como Ricardo consideraban que estaba de vacaciones perpetuas porque trabajaba en casa, y que «hacer dibujitos», como llamaban a su profesión, no era algo serio.

—Hace dos semanas que no veo a Silvia. ¿Le pasa algo o está enfadada por lo de Fernando? —

preguntó apareciendo en medio del salón, con los brazos en jarras.

Amelia se alzó de hombros y ella continuó:

—Es igualita que su padre. Vive en su mundo de ilusiones, sin pensar que hay que aguantar mucho en esta vida, que si espera a la persona perfecta se va a quedar más sola que la una. Y Fernando le está dando otra oportunidad pero, como siempre, acabará estropeándolo.

—Mamá, Silvia rompió con él hace meses. Si hubiese querido volver, ya lo habría hecho.

—¡Con lo orgullosa que es! —exclamó desdeñosa.

—Tendría sus razones —volvió a decir en un tono pausado, creyendo que con ello su madre dejaría de hablar del tema.

Pero se equivocaba.

—Ya me las imagino. Su cabezonería, ir a su aire... Porque siempre hace las cosas sin pensar y cuando parece que por fin va a asentarse, las deja. Igual que lo último que se le ocurrió, abandonarlo todo para meterse en semejante lío, que a Fernando no le gustaba y se lo advirtió porque sabía mejor que ella lo que le convenía.

Amelia empezaba a indignarse. No solo porque su madre se posicionara a favor de Fernando con aquellos argumentos machistas y pasados de moda, sino que lo hiciera ahora, cuando en un primer momento lo había criticado sin tregua por ser un divorciado. Pero no quería ahondar más en la discusión; eran los asuntos personales de su hermana y solo a ella le incumbían.

La cafetera empezó a echar vapor y el sonido del borboteo le hizo volver a la cocina.

Entre tanto, Amelia pasó la vista a su alrededor. Nada nuevo: las ostentosas cortinas con adornos de pasamanería algo anticuadas; los muebles de madera oscura; la vitrina con la vajilla de la Cartuja de Sevilla y la cristalería de Bohemia; la mesa de centro con una repisa baja donde tenía apiladas varias revistas de decoración, mientras en la superior se disponían en perfecto orden una colección de cajas y ceniceros, aunque nadie fumaba en la casa. Luego, al otro lado del salón, la mesa del comedor con los retratos de familia en marcos de plata. Curiosamente, los que más destacaban eran los de los hijos de Ricardo: Laura, Estefanía y el pequeño Ricky, seguidos por el de Ricardo y su mujer, los dos bastantes más gruesos que en la foto de bodas que colgaba de la pared junto a la suya. Jacobo, con más pelo, y Amelia, más delgada, luciendo un vestido de mangas abullonadas y encajes que ahora le parecía tan cursi.

—¿No has preparado la mesa? —le recriminó su madre al entrar.

Amelia apartó el mando de la televisión, un cenicero y unas cajitas de porcelana para hacer sitio a la bandeja. Entonces le sorprendió ver que usaba el juego de café de la Cartuja con las flores de lis azules, y con ello la pregunta que no fue capaz de hacer: por qué en lugar de las sencillas tazas blancas que solía ponerle, sacaba la vajilla de las ocasiones especiales. Y por su mente se cruzó la idea de que su madre —no sabía si de forma inconsciente— festejaba que se vendiera la casa.

—¿Sabes si tu hermana va a aceptar la propuesta de Fernando? —preguntó de repente.

Ella había cogido una de las pastas más pequeñas después de echar una cucharadita de azúcar en el café.

—Me parece que no —contestó.

Su madre lanzó un suspiro a la vez que se sentaba.

—Es tonta si no lo hace, y debería dar gracias de que se lo haya ofrecido después de haber roto con él.

—Aún le quedan dos meses y medio de paro... —empezó Amelia, pero su madre la interrumpió.

—Tu hermana no hace más que tonterías. Ya viste su corte de pelo, parecía un puercoespín. Y no tiene edad para niñerías de ese tipo, sino para formar una familia.

Amelia sabía que esa conversación la había tenido con la propia Silvia cientos de veces y que su hermana, antes de trabajar junto a su exnovio, preferiría buscar cualquier cosa, incluso, volver a la empresa familiar. Pero su madre no parecía o no quería entenderlo.

—Y no es que me entusiasmara el divorciado —continuó— pero ¿qué está esperando?

—Son buenas —le dijo de las pastas, sin responder a su pregunta.

Ella se inclinó hacia la mesa, tomó una del plato y mordió un trozo.

—Sí, y no eran caras —murmuró.

Bebió un poco de café y, al dejar la taza, le comentó que el domingo había estado Ricardo con la familia. Durante unos minutos alabó a sus nietos, en especial, al pequeño Ricky, que tanto se parecía a su padre.

—Es tan listo —dijo con arrobamiento—. Fíjate que le han apuntado a un curso de ajedrez y a la semana ya los ganaba a todos, así que lo pasaron con niños dos años mayores que él.

Amelia sonrió; según hablaba su madre, su sobrino pronto superaría al mismísimo Kaspárov.

—Ricardo trajo... ¿Cómo se llama...?

—El poder notarial —apuntó Amelia.

—Sí, eso.

Se levantó y desapareció tras la puerta que conducía al pasillo con las habitaciones.

Regresó enseguida con una gruesa carpeta que dejó en el sofá, en medio de ambas.

—Aquí están las facturas que se pasaban por el banco. Las he guardado conforme iban llegando, aunque Ricardo dice que con la última del Catastro bastaría. Tú llévate todas, por si acaso; siempre hay tiempo de tirarlas.

Luego, volvió a levantarse y sacó del mueble del salón un sobre. Contenía el poder notarial para la venta, los datos bancarios, las fotocopias compulsadas de los carnets de identidad, el testamento original y una bolsita con dos juegos de llaves.

—Nieves tiene otro, le dices que se lo dé al nuevo dueño.

También le entregó otro sobre con dinero para los gastos.

—Faltan las escrituras de la casa —apuntó Amelia.

—Estarán en el pueblo, en algún cajón; tendrás que buscarla.

Su madre comió otra pasta que mojó en el café, y ella estuvo a punto de volver a hacer más preguntas que enseguida desistió de formular; contestaría lo mismo que Ricardo, que ella «sabría qué hacer».

—Quizá nos estamos precipitando —se le ocurrió, no obstante.

—¿Precipitando? ¿En qué?

—En venderla tan pronto.

—No es pronto, ¿o te parece mejor seguir manteniéndola?

—Tampoco creo que fuese tan caro.

—No se trata solo de dinero. Una casa cerrada acaba dando problemas y preocupaciones y, si no se va a usar, no sé para qué sirve.

Amelia sabía que a su madre no le gustaba el pueblo, que en cuanto su suegro murió ya no tuvo obligación de ir, mientras que su padre, al jubilarse, lo hizo con más asiduidad y se pasaba días y muchos fines de semana en los que a veces lo acompañaba Silvia. Por ese motivo, no había dejado de preocuparse por la casa, la mantenía en condiciones e invirtió en mejoras.

—¡El dineral que se gastó para nada! —suspiró su madre antes de decir—: Mira que se lo repetí cien veces, que me daba igual lo bien que quedase porque no pensaba volver al pueblo.

—Lo sé, pero papá no...

—Está muerto —la cortó.

Era su forma de zanjar la conversación y Amelia no quería hacerlo. Pero en ese instante sonó el timbre de la puerta.

—Será Maruja; viene todas las tardes a ver conmigo la novela —dijo alzándose del sofá, aunque ella lo sabía de sobra y que, además de vecina, era su mejor amiga.

Amelia se levantó un momento para saludarla y respondió a sus preguntas sobre la familia en tanto aparecían los títulos de crédito en la pantalla. Nada más empezar, ambas se desentendieron para concentrarse en la trama y ella apuró el último sorbo de café.

—Tengo que irme —dijo recogiendo la carpeta con los documentos y las llaves.

—Espera un poco —le pidió su madre sin apartar la vista de la televisión.

—No puedo, tengo cosas que hacer.

No era así, pero no le apetecía quedarse.

Su madre la acompañó a la puerta y, antes de salir, bajó la voz para pedirle que no se olvidasen de ir a ver a Felisa.

Amelia asintió un tanto perpleja. Hacía años que apenas la mencionaba, a pesar de que aquella mujer la había criado y luego había seguido vinculada a la familia cuando se ocupó de la casa del pueblo. Solo la vejez había podido con su energía y su capacidad de trabajo, y lo último que de ella sabía era que estaba ingresada en la residencia de ancianos del pueblo. De la casa se había hecho cargo una pariente suya llamada Nieves, a la que Amelia solo conocía por haber hablado por teléfono para encargarle la limpieza, así como lo referente a la venta, pues la propia Nieves había sido la encargada de enseñarle la vivienda al futuro dueño.

—Aunque no creo que sepa ni quiénes sois —comentó su madre—. Está tan mayor... Noventa y ocho años, nada menos.

Por un instante parecía que se emocionaba, pero enseguida se sobrepuso, y aceleró la despedida para no seguir perdiéndose por más tiempo la telenovela.

Cuando Amelia regresó, Diego estaba en su cuarto y aprovechó para ir al estudio. Así llamaba ella a la habitación más pequeña, que constituía un espacio propio en el que trabajar, donde le gustaba estar sola rodeada de sus cosas y las imágenes que la inspiraban de sus pintores favoritos: Velázquez, Sorolla, Botticelli, Rafael... Igual que su música, y apretó el botón del viejo equipo

del que salieron las primeras notas de *La pastoral*, de Beethoven.

Miró hacia la mesa hecha a medida que recorría la pared bajo la ventana; estaba limpia y despejada porque había recogido hasta el último pincel. Igual que el caballete, con el lienzo cubierto por un paño blanco que alzó con cuidado, casi como si le diera miedo. Y más que miedo, era horror. El tono del fondo parecía emborronado y tampoco la cara de la mujer tenía definidos los volúmenes. Con razón nunca le había gustado representar gente, incluso en sus ilustraciones procuraba que estuviesen de espaldas o de perfil, como hacían los antiguos egipcios. Por eso, cuando empezó aquel cuadro, sus manos parecían agarrotadas y los trazos quedaron torpes e inseguros. Recordó, entonces, el consejo de su marido: que podía aprovechar aquel viaje para despejar la mente y pensar más tranquilamente en ello.

—Nada tan sencillo como salir de la rutina, distanciarse unos días para superar el bloqueo —le había dicho Jacobo.

Amelia había iniciado su trayectoria profesional en un estudio de publicidad que dejó dos semanas antes de dar a luz a su hijo. Ser madre era lo que más ansiaba en la vida, y se dedicó a ello los cuatro años siguientes. Fue cuando, en el tiempo libre que le dejaba el cuidado del niño, empezó con la técnica del óleo, realizando bodegones que acabaron en algún rincón del trastero al conseguir el contrato para colaborar con una editorial. De esa forma, además de trabajar en casa y en algo que le gustaba, seguiría ocupándose de Diego y cumpliría su deseo de tener más hijos. Pero dos abortos a las pocas semanas de gestación truncaron esos deseos, y con los años se resignó a que no tendría más hijos. También los encargos empezaron a escasear, más aún para alguien que no dominaba las nuevas técnicas que surgían en su profesión: el aerógrafo primero, los programas informáticos, después. Por mucho que lo hubiese intentado, no había sido capaz de salir de las acuarelas, el gouache, la tinta china o los lápices. Por ese motivo había vuelto a pintar al óleo, con la esperanza de tomar un nuevo rumbo a su carrera.

En medio de esas reflexiones sonó el teléfono; se trataba de Jacobo y le preguntó enseguida cómo le había ido el viaje. Él le dijo que bien, y que al poco de bajar del avión había tenido que asistir a la primera reunión. No le había dado tiempo a comer salvo un bocadillo y estaba hambriento, pero por la hora prefería algo ligero en la cafetería del hotel, y pensaba acostarse enseguida porque estaba agotado.

—Esto de viajar es una tortura; no entiendo cómo le puede gustar a la gente —gruñó malhumorado, y Amelia se sonrió.

—Siempre dices lo mismo.

—Porque es verdad y, aunque me caiga de sueño, seguro que no pego ojo.

—Yo tampoco. Entre que no estás y el viaje de mañana...

—Tranquila, verás cómo te va bien.

—Eso espero.

—Tú intenta relajarte, y aprovecha para descansar de nosotros, que a veces somos unos pesados. Y por cierto, dile a tu hermana que vaya por la M50...

—Sabe ir, Jacobo; no es la primera vez.

Hablaron unos minutos más hasta que se despidieron.

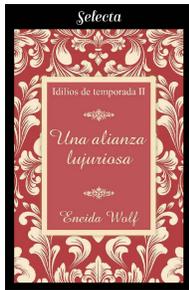
—Dale recuerdos a Silvia, y ponme un mensaje en cuanto llegues. No hace falta mucho texto,

cualquier cosa y me quedo tranquilo.

—Lo haré, no te preocupes.

Al colgar el teléfono, apagó también la música y fue a la cocina a preparar la cena.

## Era su primera temporada, y él llegó para arruinarla... ¿o no?



La reputación de juerguista perpetuo, seductor inigualable y jugador empedernido predecía a Christian Bradford en todo Londres y, probablemente, en el resto de Inglaterra.

Las madres evitaban a toda costa que sus hijas se acercasen a él, los padres rezaban para que nunca pidiese su mano y la mayoría de ellas suspiraban por él.

Pero una mala jugada hizo que perdiera gran parte de su herencia y tuviera que sentar la cabeza, empezando con buscar un nuevo negocio y terminando con zanjar ciertos asuntos turbulentos con un hombre peligroso.

Elena Connyham empieza su primera temporada aspirando a encontrar un excelente partido, pero se da de bruces con la realidad. Dispuesta a seguir viviendo entre sus libros y resignada a no encontrar a nadie digno de ella, no imagina que una aventura está a punto de llamar a su puerta... o más bien a colarse por ella.

**Eneida Wolf** es el seudónimo bajo el que escribe esta barcelonesa nacida en 1991. Graduada en Derecho, posteriormente hizo el máster de AGT. Participó en muchos de los juegos florales de su colegio y posteriormente colaboró en la revista de la universidad. Apasionada de la historia, de culturas distintas, viajera incansable y cinéfila. Lectora voraz, le gusta sumergirse en sí misma para crear distintos mundos que plasma en sus historias.

Edición en formato digital: marzo de 2020

© 2020, Eneida Wolf

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-66-1

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |



megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Una alianza lujuriosa

Capítulo 1. Conocerás a un alto, moreno y atractivo desconocido

Capítulo 2. Un bribón

Capítulo 3. Una dama

Capítulo 4. Encuentros indeseados

Capítulo 5. Socios

Capítulo 6. Señor Bradford, no le soporto

Capítulo 7. Una mujer como tú en un sitio como ese

Capítulo 8. La información es poder

Capítulo 9. No lo digas

Capítulo 10. Belleza

Capítulo 11. Sucedió en Yorkshire

Capítulo 12. Los celos

Capítulo 13. Todos tenemos un pasado

Capítulo 14. El secreto de sus ojos

Capítulo 15. Gran capitán

Capítulo 16. Un secreto

Capítulo 17. A orillas del paraíso

Capítulo 18. Bajos fondos

Capítulo 19. El cadáver

Capítulo 20. Deseos de cosas casi imposibles

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Eneida Wolf

Créditos